



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

**LOS OTROS INMIGRANTES. IDENTIDADES Y
DIFERENCIA EN LA INTEGRACIÓN CULTURAL DE
LOS VENEZOLANOS RESIDENTES EN TIJUANA.**

Tesis presentada por

Lorena Cecilia Mena Iturralde

para obtener el grado de

MAESTRA EN ESTUDIOS CULTURALES

Tijuana, B. C., México
2014

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Director(a) de Tesis: _____
Dra. Ana Lilia Nieto

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. _____

2. _____

3. _____

DEDICATORIA

A la memoria de mi amado sobrino **Abraham Emilio**
cuya lucha y fortaleza me inspirarán siempre
(2003-2013)



Al gran **Rafa Saavedra**
(1967-2013)

A José Israel

Amado esposo, amigo y colega,
por compartir y colorearme este viaje;
por ser mi impulso y mi luz.

A mi añorada **familia en Ecuador.**

Por su amor incondicional y
por su presencia, pese a mi ausencia.

AGRADECIMIENTOS

La realización de esta investigación fue posible gracias al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), instituciones que con su apoyo económico y académico, respectivamente, permitieron la puesta en marcha de un proyecto que hoy ve la luz, tras un riguroso y enriquecedor proceso de dos años.

Agradezco a mi mamá, María Teresa Iturralde por cultivarme desde la niñez el gusto por las letras y la ciencia, a través de su ejemplo, de su enseñanza y de los textos que cada semana cazaba en alguna librería y llevaba a casa, porque traían “lo más actual”, o “lo más didáctico” sobre tal o cual asignatura o temática; y por mostrarme que los desafíos se pueden enfrentar con creatividad, voluntad y carácter. A mi papá, Rovel Mena, por cultivarme la paciencia y apoyar con un simple “ve y hazlo” cada aventura que emprendo. A mis queridos hermanos, María Elizabeth, por ser mis ojos en casa y por darme ánimos a la distancia; a Rovel Jr., por su sentido del humor en los tiempos difíciles, y en especial a mi hermana Sandra, por sus consejos, su fortaleza ante la adversidad y por hacerme ver que hay lazos más fuertes que la distancia. A mis cuñados Jimmy y Jéssica por echarme porras; y a mi centenaria abuela, por insistirme que “estudie” y “siga creciendo”. También a mi hermosa sobrina Arianna por su cariño y sonrisas en mis idas y venidas de Ecuador; y a mi sobrino Abraham Emilio (+) por darme lecciones de convicción, fe, lucha y valor.

A mi esposo José Israel Ibarra González le debo la mejor razón para mudarme a Tijuana y le doy gracias por ser mi apoyo en este proceso de inmigración-integración que lleva tres años; por su amor, paciencia, desvelos, críticas, correcciones, sugerencias, sacrificios; por soñar conmigo y empujarme a hacer más. También a mi nueva familia en México, especialmente a mi suegra Sally, por su acogida y cariño en todo momento.

Mi agradecimiento a la Dra. Ana Lilia Nieto por dirigir mi tesis, por su orientación y consejos durante el largo trayecto de elaboración de este trabajo, superando las barreras geográficas; a la Dra. Olga Odgers por su guía y disposición para dialogar sobre este proyecto y sus muy acertadas observaciones; y al Dr. Shinji Hirai, por su apertura e interés hacia esta investigación y sus valiosos comentarios.

A los profesores de El Colef que desde sus líneas de investigación me ayudaron a ampliar la visión sobre los fenómenos sociales, y a Irene Becerra, por su inmenso apoyo. También a mis compañeros de aulas: Gustavo, Melina, Miguel, Carlos, Andrea, Maribel, *Rafadro*, Diana, Sandra, Eber, Carolina, Ester, René, Alfredo, Beto, Stephanie, Rafa, Damian, Kimy, Catalina, Karina e Ingrid, por las horas, días, semanas, meses compartidos; en particular, gracias a aquellos cuyas charlas fueron de aprendizaje; y cuya amistad trascendió de las clases hacia otros espacios y circunstancias, con muestras de cariño y solidaridad.

A todos quienes conforman la biblioteca de El Colef, agradezco por su apoyo en el “buceo” dentro de ese mar de conocimientos, su cordialidad e interés por responder a las necesidades como estudiantes.

Finalmente, mi reconocimiento a todos los venezolanos que me abrieron las puertas de sus hogares, trabajos y vidas para adentrarme en sus historias de inmigración, porque en cada relato y anécdota encontré reflejadas algunas de mis vivencias; porque fueron parte importante de mi auto-descubrimiento como foránea, y porque sin ellos, no habría sido posible exponer esa otra cara de la migración latinoamericana en Tijuana: la que no está de paso, la que llegó para quedarse. ¡Gracias totales!.

RESUMEN

El presente trabajo muestra los resultados de una investigación sobre las experiencias como inmigrantes de un grupo de latinoamericanos establecidos en Tijuana con el objetivo de comprender cómo viven sus procesos de integración cultural a partir de la construcción de la diferencia. Se tomó como caso de estudio a los residentes venezolanos, a fin de obtener conocimiento sobre los universos simbólicos, las negociaciones identitarias y las expectativas de estos foráneos en esta ciudad fronteriza, y para aportar una visión distinta a la inmigración de tránsito hacia los Estados Unidos. Para el análisis se recurrió a la teoría de las identidades y aportes empíricos sobre la integración. En los relatos de vida de 15 entrevistados se halló que los venezolanos construyen diferencias socio-espaciales y fronteras simbólicas con las que negocian su convivencia en Tijuana; desarrollan prácticas individuales y colectivas que reflejan sus adaptaciones y a la vez sus particularidades, y también, expresan proyectos de vida que denotan una integración poco conflictiva en un contexto que no los excluye.

Palabras clave: *Diferencia, identidades, inmigración en Tijuana, venezolanos, extranjeros en México*

ABSTRACT

The present document shows the results of an investigation about the experiences of a group of Latin American immigrants established in Tijuana, in order to understand how they live their cultural integration process, from the construction of difference. It was taken as case study Venezuelan residents to acquire knowledge on the symbolic universes, identity negotiations and the expectations of the foreigners in this border city, and also, to provide a different vision about transit's immigration to the United States. In order to analyze this immigration process the theory of identities and empirical contributions about integration concept was utilized. In the life stories of 15 respondents, it was found that Venezuelans build socio- spatial differences and symbolic borders to negotiate their coexistence in Tijuana; they develop individual and collective practices that reflect their adjustments and their particularities, and also, they express life projects which denote little conflicted integration in a context that does not exclude them.

Keywords: *Difference, identities, immigration in Tijuana, venezuelans, foreigners in Mexico.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL	2
CAPÍTULO I. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL PARA EL ESTUDIO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA DIFERENCIA Y LA INTEGRACIÓN CULTURAL DE LOS INMIGRANTES VENEZOLANOS EN TIJUANA.	14
1.1. La diferencia en la construcción identitaria	15
1.2. La diferencia en condición de inmigración. Apuntes teórico-empíricos.....	20
1.3. La integración. Recorrido conceptual y dimensiones.....	26
1.4. La integración cultural. Definición y alcances	31
CAPÍTULO II. LA MIGRACIÓN EN VENEZUELA Y EL CONTEXTO DE TIJUANA	34
2.1. Lugar de origen. Datos generales de Venezuela	35
2.2. Emigrar de Venezuela, un fenómeno reciente.....	36
2.3. México como destino venezolano	42
2.4. Tijuana, ciudad que convive con lo foráneo.....	44
CAPÍTULO III. VENEZOLANOS EN TIJUANA. CONSTRUYENDO LA DIFERENCIA, NEGOCIANDO LA CONVIVENCIA.	49
3.1. ¿Quiénes son? Trayectorias migratorias de los venezolanos en Tijuana.....	50
3.2. Diferencias socio-espaciales: entorno, frontera e (in)seguridad.....	60
3.3. Fronteras simbólicas. Particularidades y estilos de vida	68
3.4. Reflexiones finales	81
CAPÍTULO IV. ESTRATEGIAS DE INTEGRACIÓN CULTURAL DE LOS VENEZOLANOS EN TIJUANA: PRÁCTICAS Y EXPECTATIVAS	84
4.1. Estrategias individuales: usos y costumbres	85
4.2. Estrategias colectivas: relaciones sociales	93
4.3. Proyectos de vida	102
4.4. Reflexiones finales	108
CONCLUSIONES	110
BIBLIOGRAFÍA	116
Listado de entrevistas.....	123
ANEXOS.....	i

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. Esquema de análisis	12
Cuadro 2. Caracterización de los venezolanos	52
Cuadro 3. Operacionalización de conceptos.....	ii

ÍNDICE DE GRÁFICAS

Gráfica 1. Venezolanos con su bandera al pie de la Plaza Santa Cecilia, Av. Revolución	50
Gráfica 2. Venezolanos con su harina pan.	88
Gráfica 3. Arepas rellenas.	88
Gráfica 4. Restaurante venezolano en una feria gastronómica.....	90
Gráfica 5. Imagen del grupo de Facebook 'Venezolanos en Tijuana, Baja California'.	94
Gráfica 6. Venezolanos cantan villancicos durante su celebración navideña	98
Gráfica 7. Concentración de venezolanos en la Avenida Revolución.....	100
Gráfica 8. Venezolanos con carteles en la Avenida Revolución.....	101

INTRODUCCIÓN GENERAL

El presente trabajo muestra los resultados de una investigación que expone las experiencias como inmigrantes de un grupo de latinoamericanos establecidos en Tijuana con el objetivo de comprender cómo a partir de la construcción de la diferencia viven sus procesos de integración cultural en la sociedad de acogida. Ante escasas referencias y visibilidad de dicha población en una circunstancia distinta al tránsito hacia los Estados Unidos, se desarrolla un estudio de caso sobre los venezolanos residentes en esta ciudad fronteriza, con lo cual no se pretende formular generalizaciones, pero sí brindar conocimiento en torno a los universos simbólicos, las reconfiguraciones identitarias y los proyectos de vida de los foráneos que están asentados en esta urbe mexicana. En ese sentido, la hipótesis que guió esta investigación es que los venezolanos construyen diferencias socio-espaciales y simbólicas que les permiten negociar su convivencia en Tijuana, lo que les lleva a procesos de integración cultural donde expresan sus particularidades por medio de estrategias individuales y/o colectivas en sus vidas cotidianas, y a la vez, desarrollan sentidos de pertenencia y expectativas de permanencia en esta ciudad.

A partir de los relatos de vida de 15 venezolanos entrevistados y el análisis de resultados con métodos cualitativos, en este documento se abordan las trayectorias migratorias de los sujetos; las diferencias que en condiciones de inmigración construyen respecto al entorno; las fronteras simbólicas con las que marcan distinciones con la alteridad; así como las reconfiguraciones que experimentan y que dan pie a procesos de integración cultural que se reflejan en sus prácticas y proyectos de vida. El identificar las diferencias y estrategias de convivencia de estos inmigrantes, atendiendo a los significados que ellos atribuyen al mundo y a sí mismos, pone en relieve la puesta en juego de comparaciones y percepciones entre sus referentes de origen y los que se presentan en su residencia actual; sus adecuaciones y resistencias; y la importancia del contexto en las dinámicas que desarrollan en su cotidianidad.

Como antesala, es sabido que la presencia de extranjeros en México ha sido un tema abordado desde perspectivas históricas, demográficas y culturales por diversos autores que dan cuenta de las distintas corrientes migratorias procedentes de Asia, de Europa y del resto de América que han llegado al país en los últimos dos siglos (Sandoval, 1993; Yankelevich, 1998; Palma Mora, 2006; Barceló, 2009); pero concretamente, los procedentes de América

Latina empiezan a cobrar importancia a finales del siglo XX e inicios del XXI, una vez que en los censos de población de 1990 y 2000, los originarios de esta región pasan a ocupar el segundo lugar en procedencia de los inmigrantes en México, desplazando a los europeos y siendo sólo anteceditos en números por los estadounidenses (Rodríguez Chávez, 2010: 106).¹ Así, quienes establecieron su residencia permanente por causas económicas, políticas, familiares, en calidad de refugiados o de asilados políticos, o por otras razones, no solo han dejando testimonio de su aporte al país, sino también de sus experiencias de adaptación por la complejidad de la convivencia, a pesar de compartir una misma lengua, pero códigos culturales diferentes (Rodríguez y Cobo, 2012), aspecto que lleva a pensar en las sutiles –y no por ello inexistentes– fronteras culturales que surgen de la convivencia en contextos donde hay elementos comunes, a diferencia de aquellos en los que los límites son más visibles.

Cuando se habla de latinoamericanos en la frontera norte de México, sin embargo, la mirada académica se centra mayoritariamente en la migración de tránsito e indocumentada hacia los Estados Unidos, especialmente de centroamericanos, siendo escasos los trabajos sobre quienes están establecidos en la región fronteriza en los que se recojan sus vivencias como inmigrantes; a modo de ejemplo están estudios realizados en Monterrey en torno a los colombianos y el papel de su música en la construcción de su identidad social (Olvera, 2005); y sobre los venezolanos y sus procesos adaptativos en tres décadas (Rodríguez, 2008). En el caso específico de Tijuana, ciudad caracterizada por su composición poblacional de inmigrantes de todas partes de México y por su vecindad con California, solo un trabajo titulado *Tijuana, México. Integration, Growth, Social Structuring and Governance References* (Alegría, 2005), desde una perspectiva urbana, hace referencia a una migración internacional creciente en esta ciudad, a partir de la década de los 80 del siglo pasado, con una marcada presencia de extranjeros procedentes de Latinoamérica.

¹ Según este autor, se ha documentado una mayor presencia de guatemaltecos, cubanos, colombianos, argentinos, hondureños, salvadoreños, chilenos y venezolanos en tierras mexicanas en las últimas décadas, como un fenómeno que tiene vínculo directo con los hechos suscitados en esos países, como son los conflictos armados en Centroamérica durante los años 70 y 80; la guerra y la violencia generalizada en Colombia desde los 60; las dictaduras militares en Sudamérica entre 1970 y 1980, que llevaron al exilio a importantes grupos desde Argentina, Chile, Brasil y Uruguay; el aumento del flujo tradicional de cubanos luego del derrumbe del socialismo europeo y de la profunda crisis económica y social que afronta ese país desde 1990; así como el cambio radical en el régimen político de Venezuela con el ascenso al poder de Hugo Chávez en 1999.

De acuerdo con ese estudio, pocos veían a Tijuana como su destino final, pues “la gran mayoría terminó aquí tras intentar y fracasar en su cruce a Estados Unidos. Un segundo grupo lo componen quienes fueron deportados a México, de donde los servicios de inmigración estadounidense creían erróneamente que estos inmigrantes procedían; y los del tercer grupo, optaron por quedarse en México tras obtener un trabajo en el vecino país o una residencia que se los permita (*US green card*) o la ciudadanía estadounidense” (Alegría, 2005: 237-238). También en el documento *Ciudades de tránsito, guardianes del primer mundo-entre desafíos, contradicciones y compromisos* (Marconi, 2008) se reseña que hay una falta de datos reales sobre el flujo de extranjeros hacia Tijuana, y aún más, sobre cuántos finalmente se quedaron en esta urbe, lo cual hace difícil capturar las dinámicas migratorias reales; a ello se añade que “los transmigrantes de origen latino, que representan la mayoría de los migrantes que utilizan México como país de tránsito, comúnmente adoptan como estrategia para esquivar los controles migratorios, la de hacerse pasar por mexicanos” cayendo en una suerte de “invisibilidad forzada” (Marconi, 2008: s.p.).

La migración internacional hacia Tijuana, entonces, ha sido tratada desde una visión que plantea la estancia de extranjeros –latinoamericanos especialmente– en condición de tránsito, ya sea porque buscan cruzar hacia los Estados Unidos o porque vieron frustrado ese plan; y esa tendencia a considerarlos como ciudadanos de paso parece ser uno de los factores que ha invisibilizado a otros foráneos que sí escogieron a Tijuana como destino final. Otro factor de esa invisibilidad, retomando a Alegría (2005), puede ser el nivel en el que están integrados, pues con la excepción de los nativos americanos, que son cultural y espacialmente reconocidos en Tijuana, los inmigrantes de otras nacionalidades no forman grupos que estén socialmente diferenciados de la comunidad local.² Así, él plantea que los extranjeros tienen la posibilidad de integrarse por dos vías: la primera, por la similitud en la diversidad, al compartir una misma lengua (el español) y una historia común de mestizaje, en el caso de los latinoamericanos, lo que facilita que se unan a la comunidad residente si se casan con un mexicano o pasan su tiempo de ocio en sus mismos espacios (deportes, entretenimiento); y la segunda, por la diversidad social de la comunidad local, lo cual “crea un entorno propicio para

² El autor se refiere a la no existencia de un *Chinatown* (barrio Chino) en Tijuana, como sí ocurre en otros contextos de alta inmigración, pese a que esta comunidad es la más numerosa en la ciudad, después de la estadounidense.

que los inmigrantes opten por la estrategia de la integración en lugar de fortalecer su identidad nacional” (Alegría, 2005: 261).

Considerando que en los trabajos citados antes no figuran historias particulares que recojan las voces de los latinoamericanos que viven en Tijuana, una de las contribuciones de la presente investigación es exponer a través de sus relatos, que su estancia obedece a una decisión no transitoria, que aquí “hay otra sociedad que no está condicionada por el efímero sentido del paso [...] hay quien está fijo en la frontera por propia opción y destino, no solamente con el carácter de pasajeros o porteros de la frontera, sino de seres humanos que viven en ésta y la han hecho su hábitat natural y social” (Ceballos, 2007:4). El que Tijuana constituya el proyecto de asentamiento de estos inmigrantes, permite situar la mirada en las vivencias que experimentan en ella, lo cual conduce al objetivo principal de esta tesis que es comprender cómo construyen la diferencia en su proceso de integración cultural.

La relación teórica-empírica entre diferencia e integración se analiza aquí tomando en cuenta que la identidad, desde una perspectiva constructivista, implica una dialéctica de continuidad y cambio en la que se construyen límites, pero también se dan transformaciones producto de la interacción social; son dinámicas que en condiciones de inmigración se complejizan dependiendo del contexto donde se sitúa el sujeto, lo que puede traducirse en diferenciaciones con la sociedad de acogida más o menos marcadas, conflictivas o complejas. Cómo operan esas fronteras en un contexto de características peculiares como el de Tijuana, permite visualizar la integración de los extranjeros; así, hay que considerar que los inmigrantes viven “en sociedades de acogida, pero también de producción individual y colectiva de las diferencias [...] y las identidades no constituyen un postulado inmutable, apto únicamente a reproducirse o a desaparecer, pues son, en parte al menos, lo que nuestras sociedades hacen de ellas” (Wieviorka, 2003:202).

Ante la diversidad de foráneos procedentes de América Latina en esta ciudad –entre ellos, la autora de esta investigación–, se escogió estudiar a los venezolanos,³ no por una representatividad numérica [son más de 300, según el Censo 2010], sino porque resultan significativos para el análisis, por las interacciones con las que buscan un reencuentro con su

³ En el apartado metodológico se explica más la selección de los sujetos.

identidad y por sus prácticas. A estos aspectos hay que sumar que Venezuela se ubica dentro de los diez primeros países de origen de los nacidos en el exterior que residen en México en la actualidad, y también el hecho de que la migración venezolana se ha vuelto un tema de creciente interés en ámbitos mediáticos y académicos, debido a que desde finales de los 80, esta nación considerada como un polo de atracción de inmigrantes extranjeros por su bonanza petrolera, empezó a dar un giro hacia el éxodo por circunstancias económicas y sociopolíticas (Guardia, 2007; Freitez, 2011), como se explica con más detalle en el capítulo II.

En atención a los objetivos específicos, en esta tesis se presenta un perfil de los venezolanos en Tijuana: quiénes son, sus motivos para emigrar de Venezuela y escoger a esta ciudad mexicana; se identifican los marcadores con los que construyen la diferencia y con los que creen que los diferencian en la sociedad de acogida; se expone cómo viven su proceso de integración cultural, es decir, sus estrategias de negociación identitarias, sus prácticas individuales y/o colectivas, y se dan a conocer sus expectativas futuras.

Estrategia metodológica

Para la elaboración de este documento se recurrió a métodos cualitativos, por las posibilidades que ofrecen para la construcción de conocimiento científico sobre la realidad social, puesto que permiten comprender las complejas interrelaciones que se dan en determinados contextos; extraer significados de los propios sujetos, e interpretar los sucesos y acontecimientos. Bajo esta óptica, este estudio sobre los venezolanos residentes en Tijuana tiene como unidad de análisis al individuo, por ser el actor de toda interacción social (Corbetta, 2003) y se plantea desde una perspectiva fenomenológica, la cual se fundamenta en la interpretación de la experiencia de vida de la persona en un contexto sociocultural específico para comprender cómo significa y se comporta en su cotidianidad.

Al abordarse en este caso a los venezolanos desde su condición de inmigrantes, resulta útil la postura fenomenológica de Alfred Schutz (1993), en torno a que la experiencia previa del sujeto incide en su forma de apropiarse del mundo, y que por ello, cada uno se sitúa frente a la vida, le da sentido al entorno y orienta su conducta para comprender a los otros de una manera peculiar. Así, los esquemas de experiencia proporcionan contextos de significado y las

pautas culturales del grupo del que ahora es parte el inmigrante, ya no son un objeto de su pensamiento, sino un sector del mundo que debe ser dominado mediante acciones.

De estas reflexiones se desprende que para acceder a la construcción de la diferencia y el proceso de integración cultural de los venezolanos en Tijuana, es necesario conocer de los sujetos sus experiencias a través de sus narrativas, lo cual es posible mediante el empleo del método biográfico de relatos de vida, definido como “un recuento oral y personal de la vida completa o un fragmento de ella” (Velasco y Gianturco, 2012: 119), puesto que las palabras son los medios para acceder a la subjetividad y a los hechos y, además, se da centralidad al actor y se obtiene de su propia voz los significados que atribuye al mundo y a sí mismo.

Para acceder a los testimonios se empleó la técnica de entrevista y se elaboró un cuestionario organizado en temáticas que permitieran obtener de los sujetos respuestas en torno a sus trayectorias migratorias y sus experiencias como inmigrantes, lo que implica un recuento de sus vidas desde antes de salir de su país de origen y en destino; y de manera complementaria, se hizo observación participante para tener un mayor acercamiento con los informantes y a sus prácticas individuales y/o grupales, al ser una técnica que requiere la compenetración del investigador en una variedad de actividades que le posibiliten observar a los miembros para facilitar una mejor comprensión de sus comportamientos. La utilización de ambas técnicas fue definida durante el diseño de la investigación, cuya fase preparatoria comprendió la revisión de conceptos y estudios empíricos en torno a la teoría de las identidades, las migraciones y la integración, a fin de obtener algunos fundamentos que permitieran construir un esquema de trabajo acorde a las necesidades del proyecto. A este diseño se sumaron cuatro fases: la selección de los sujetos; el trabajo de campo; el análisis de resultados y la operacionalización de conceptos.

Se optó por los venezolanos como sujetos de estudio tras una exploración de campo que consistió en acercamientos con residentes procedentes de varios países de Latinoamérica con la finalidad de determinar la factibilidad del trabajo ante las escasas referencias sobre dicha población en esta ciudad fronteriza; por tanto, se trata de un estudio de caso de una minoría extranjera no visibilizada en Tijuana, tomando en cuenta que un estudio de caso fenomenológico no tiene pretensiones de generalizar, pero puede ser útil para obtener

conocimiento (Flyvbjerg, 2005: 570). Así, los resultados obtenidos no permiten ni se proponen formular tendencias universales, pero son pertinentes para mostrar cómo extranjeros procedentes de otra parte del continente viven su condición de inmigrantes en esta ciudad.

Luego de charlas informales con algunos residentes originarios de Argentina, Perú, Colombia y Venezuela en Tijuana, entre febrero y mayo de 2013, se encontró que estos últimos reunían características destacables para su elección, en comparación con los otros grupos explorados: a) Se detectó en los venezolanos interacciones en las que buscan vínculos con sus compatriotas y prácticas de reencuentro con su identidad; b) que existen conexiones entre ellos –unos más, otros menos–, que posibilitan y facilitan su localización y accesibilidad; y c) que en su mayoría, son parte de un fenómeno reciente de emigración venezolana, sobre la cual varios estudios están situando su mirada lo cual le aporta a este trabajo un componente de actualidad. Así, se establecieron como criterios de selección de estos sujetos que sean inmigrantes venezolanos, con más de un año de residencia en Tijuana; que sean mayores de edad y que tengan vínculos laborales y/o familiares en esta ciudad, indistintamente de su género y de su estatus legal migratorio. Cabe señalar que dentro de ese universo no se consideró a inmigrantes que están en la ciudad por estudios, debido a que su estancia se enmarca en una dinámica distinta de temporalidad y vivencia como extranjeros.

Para la entrada a campo, primero se recurrió a un informante clave que posibilitara el acceso a otros venezolanos en esta ciudad, para lo cual, se visitó en varias ocasiones el único restaurante venezolano que hay en Tijuana, ubicado en la colonia 20 de Noviembre, a fin de realizar observación y a la vez, obtener una primera entrevista exploratoria con su propietario. A partir de ese encuentro se estableció que el tipo de muestra de este estudio sería en cadena o “bola de nieve” por la agilidad y accesibilidad de ubicar a los sujetos a través de sus redes personales. De esa primera inmersión a campo se configuraron tres vías para contactar venezolanos: la primera, a través de las referencias que proporcionó el dueño del restaurante; la segunda, a través del grupo cerrado que, se informó allí, mantienen los venezolanos en la red social Facebook, y a la cual se pudo obtener acceso como miembro invitada; y tercera, a través de personas de Tijuana que conocieron de esta investigación y facilitaron información sobre venezolanos que eran sus conocidos; de modo que la técnica de ‘bola de nieve’ no se limitó a un escenario para evitar que los contactados sean inmigrantes muy cercanos entre sí.

En total, se reunió una base de datos de al menos 28 personas, de las cuales finalmente se entrevistó a 15: nueve hombres y seis mujeres, requiriéndose dos períodos para completar este número de encuentros: el primero, fue entre el 1 de julio al 15 de agosto de 2013; y el segundo, entre el 2 de diciembre de 2013 al 24 de febrero de 2014. Las entrevistas en su mayoría se realizaron en lugares públicos como cafeterías y restaurantes, atendiendo al tiempo que disponían los informantes, que era especialmente en sus horas de almuerzo o al término de sus jornadas laborales; otras citas se dieron en sus lugares de trabajo, para el caso de quienes son dueños de negocios; mientras que otras fueron en domicilios. En promedio, cada entrevista tuvo una duración de entre 45 minutos y una hora y media y, salvo dos casos, se tuvo que volver a pautar una cita para complementar información, porque el tiempo no ajustó para abordar la totalidad del cuestionario.

Con apoyo de la guía de entrevista se pudieron indagar algunos temas vinculados a sus ocupaciones y vida en Venezuela, las razones por las cuáles decidieron emigrar, y cuáles fueron los motivos por los que Tijuana se eligió como lugar de destino, información que permitió obtener datos para elaborar una caracterización de la muestra de estudio, así como acceder a sus trayectorias migratorias. Posteriormente se les preguntó sobre sus primeras impresiones al llegar a esta ciudad fronteriza, los choques culturales que han experimentado, qué aspectos facilitaron su adaptación y cuáles representan dificultades aún, para lograr un acercamiento a las diferencias que construyen respecto a sí mismo y a la sociedad de acogida; y finalmente se abordaron sus prácticas, qué costumbres mantienen, cuáles adoptaron y a cuáles se resisten, así como también se les consultó sobre sus expectativas en Tijuana para conocer sus proyectos de vida, todo esto, a fin de identificar sus procesos de integración.

Las entrevistas, por su diversidad de experiencias, proporcionaron suficiente material empírico para cumplir con el objetivo del estudio y responder la pregunta de investigación. A esto hay que añadir que hubo disposición de los informantes por participar en el trabajo de campo, y que no se presentaron dificultades en cuanto al acceso. Un factor que facilitó entablar empatía con ellos fue mi condición de extranjería, con lo cual se identificaron muchos de los venezolanos desde el momento en que se pautaban las citas. El mencionarles que soy ecuatoriana y que residí en Tijuana desde 2011 por estar casada con un mexicano, generaba un tema de conversación inicial que permitía ‘romper el hielo’ antes de iniciar el cuestionario

formal, puesto que se encontraban frente a alguien que, como ellos, experimenta un proceso de adaptación en esta ciudad, y esto les hacía entrar en confianza. A este punto se sumaron también la cercanía cultural y familiaridad geográfica de mi lugar de origen con el de los entrevistados, aspectos que eran resaltados por ellos cuando contactaban a otros venezolanos y les informaban que se estaba trabajando en esta tesis y que se les iba a llamar. Además de que se logró una mayor apertura para que relataran sus vivencias, esta identificación entre entrevistadora y entrevistados posibilitó charlas informales posteriores e invitaciones a participar en eventos privados y públicos, donde se pudieron tomar notas.

En cuanto al trabajo de observación participante hubo tres actividades para la recolección de datos: la celebración de un cumpleaños, en enero de 2014, en una discoteca de la ciudad; una reunión y comida en casa de una venezolana, a la que acudieron connacionales; y una manifestación convocada por los venezolanos en la Avenida Revolución, el 23 de febrero de 2014. Estos eventos permitieron obtener más notas para integrarlos a los resultados y enriquecer el análisis de sus prácticas. Se emplearon, entonces, no solo una guía de entrevista, como instrumento; sino también una grabadora digital y una libreta de apuntes, como herramientas de apoyo para los registros; y se tomaron fotografías para documentar ciertos encuentros y eventos; y se requirió a los entrevistados su autorización para utilizar fotos de sus archivos personales y sus nombres o seudónimos.

Sumado a estas técnicas, además de obtener información de los sujetos de estudio como fuentes directas, fue necesario recurrir a fuentes periodísticas y bibliográficas que permitieran elaborar los antecedentes sobre la emigración venezolana, su presencia en México, y particularmente en la ciudad de Tijuana, a fin de contextualizar esta investigación.

Análisis de datos

Debido a que las entrevistas se realizaron en dos fases fue posible hacer la transcripción de las mismas de forma paulatina, entre septiembre a diciembre de 2013, un primer grupo; y luego, de febrero a mediados de marzo de 2014, el segundo. El contar con material transcrito desde finales de 2013 facilitó detectar algunos aspectos para profundizar en las entrevistas que se hicieron en la segunda fase, así como la identificación de algunos temas para el capítulo de

resultados. Una vez que se tuvo todo el material, se elaboró una base de datos con apoyo del programa de cómputo de análisis cualitativos *Atlas.ti*, y a partir de las entrevistas se elaboraron códigos, que son unidades básicas de análisis que permiten agrupar las citas a partir de temas específicos; y luego se obtuvieron categorías, lo cual consistió en reunir aquellos códigos que comparten rasgos que posibilitan identificar patrones (Avalos y Utley, 2014).

Dicho en otras palabras, este trabajo de sistematización de las entrevistas permitió comparar dichos códigos y categorías con el esquema teórico previamente diseñado para ir al campo, e identificar así las construcciones diferenciadoras de los venezolanos en Tijuana, así como indicadores en torno a su integración cultural. Si bien muchos de los códigos obtenidos con el programa de cómputo confirmaron conceptos previos, hubo hallazgos empíricos que no se habían contemplado antes de esa sistematización y que se incorporaron en los resultados finales de la investigación.

Operacionalización de conceptos

En la codificación de las 15 entrevistas realizadas surgieron en total 90 códigos que se identificaron en los relatos de vida como observables y que al agruparse en familias permitieron hallar al menos cinco dimensiones para el análisis de la relación entre la construcción de la diferencia de los venezolanos en Tijuana y su proceso de integración cultural, con sus respectivas sub-dimensiones y componentes. De manera breve, estos niveles se describen a continuación:

- 1) Dimensión biográfica. Recoge las trayectorias migratorias de los sujetos de estudio, a través de indicadores como sus vidas y ocupaciones antes de emigrar; los motivos de salida de Venezuela, los motivos de venida a Tijuana; y una vez en esta ciudad, su estatus migratorio y económico en la sociedad de acogida.
- 2) Dimensión socio-espacial. Aquí constan sus referentes de comparación entre el contexto de origen y el de destino. Aquí se hallaron construcciones de diferencias respecto al paisaje, la frontera y la (in)seguridad;
- 3) Dimensión simbólica. Se explican las fronteras identitarias que se trazan a través de atributos particularizante, esto es, las autoadscripciones, heteroadscripciones y construcción de “los otros”; así como también los estilos de vida, mediante los hábitos de consumo.

- 4) Dimensión práctica. Se identifican las estrategias individuales y colectivas de los venezolanos en torno a sus usos y costumbres y a sus relaciones sociales, respectivamente; y
- 5) Dimensión subjetiva. Permite visualizar los sentidos de pertenencia y las expectativas futuras que conforman los proyectos de vida de los venezolanos en Tijuana.

Al vincularse estas dimensiones halladas en los relatos, con la teoría revisada previamente para sustentar este trabajo, se pudo elaborar la operacionalización de conceptos definitiva⁴ que sirvió de apoyo en la estructuración de los capítulos de resultados y del índice de esta tesis. Un resumen de este esquema de análisis se aprecia en el siguiente cuadro.

Cuadro 1. Esquema de análisis

RELACIÓN DE CONCEPTOS	DIMENSIONES (NIVELES)	SUB-DIMENSIONES	COMPONENTES (FAMILIAS)
Construcción de la diferencia	1. Biográfica	Biografía personal*	- Trayectorias migratorias
	2. Socio-espacial	Diferencia Socio-espacial	- Paisaje - Noción de frontera - Percepción de (in)seguridad
	3. Simbólica	Atributos particularizantes/ caracteriológicos*	- Autoadscripción - Heteroadscripción - ‘Los otros’
		Estilo de vida*	- Hábitos de consumo
Integración cultural	4. Práctica	Estrategias individuales	- Usos y costumbres
		Estrategias colectivas	- Relaciones sociales
	5. Subjetiva	Proyectos de vida**	- Sentido de pertenencia - Expectativas futuras

Fuente: Elaboración propia, 2014.

* Giménez, 2007

** Alarcón *et al.*, 2012

La investigación está dividida en cuatro capítulos y un apartado de conclusiones finales. El primer capítulo tiene como objetivo desarrollar el corpus teórico que sustenta y posibilita el análisis empírico de la construcción de la diferencia y su relación con el proceso de integración cultural, para lo cual, en primer lugar, se aborda el concepto de diferencia desde la perspectiva constructivista de la teoría de las identidades, que da énfasis en las interacciones

⁴ Véase el cuadro de operacionalización completo en Anexos ii

sociales en la autodefinición con respecto a un “otro”. En segundo lugar, se plantea la complejidad de esta dinámica identitaria en condiciones de inmigración y se resumen algunos aportes empíricos de otras investigaciones que han abordado este fenómeno. En tercer lugar se introduce el concepto de integración y su recorrido teórico, para finalmente situar el empleo en este trabajo de la integración cultural desde un posicionamiento multicultural.

En el segundo capítulo se sitúa el marco contextual de este estudio y para ello se expone el fenómeno de la migración en Venezuela y se ofrece una aproximación histórica que revela la vocación tradicional de este país como receptor de extranjeros y el giro que ha dado hacia la emigración desde los años 80. Se menciona el perfil de los venezolanos que han salido de ese país y algunos destinos a los que han llegado, entre ellos a México; y para cerrar, se introduce el contexto de Tijuana, a fin de ubicar la sociedad receptora en la que conviven los sujetos de estudio, pues es relevante para analizar la integración. El tercer capítulo corresponde a una primera parte de los resultados obtenidos de los relatos de vida y se divide en tres apartados. En uno se desarrollan los antecedentes de los venezolanos en Tijuana, la caracterización de estos sujetos, y sus trayectorias migratorias, a través de sus biografías. En el siguiente, se aborda la construcción de la diferencia de los inmigrantes desde una dimensión socio-espacial, se identifican sus percepciones y aprendizajes en torno al paisaje y otras dinámicas de la ciudad; y después, desde una dimensión simbólica, se identifican las elaboraciones subjetivas que surgen de sus procesos de construcción identitaria, en los que se reflejan negociaciones, resistencias y adaptaciones en su convivencia.

En el cuarto capítulo constan dos dimensiones de análisis de resultados: una práctica y otra subjetiva, para dar cuenta del proceso de integración cultural de los venezolanos en Tijuana. Conforman esta sección tres apartados: los dos primeros recogen las estrategias individuales y colectivas de los inmigrantes ligadas a la reproducción y reacomodo de sus usos y costumbres; y a sus relaciones sociales, lo que da lugar a formas de contacto entre paisanos; y en el último apartado se tratan sus proyectos de vida. En las conclusiones se recuperan los hallazgos en campo y se mencionan los aportes y líneas de investigación surgidas.

CAPÍTULO I. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL PARA EL ESTUDIO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA DIFERENCIA Y LA INTEGRACIÓN CULTURAL DE LOS INMIGRANTES VENEZOLANOS EN TIJUANA.

En este capítulo se desarrolla el corpus teórico que sustenta y posibilita el análisis empírico de la construcción de la diferencia y su relación con el proceso de integración cultural del extranjero en su nueva sociedad de acogida, en este caso, de los inmigrantes venezolanos que residen en Tijuana. En primer lugar, se aborda el concepto diferencia y para ello se hace énfasis en la teoría de las identidades desde una perspectiva constructivista, esto es, que se privilegia el ejercicio de comparación y contraste con la alteridad para la formación identitaria, de modo que no es algo fijo o terminado, sino que está en constante elaboración.

Dicho concepto se nutre esencialmente del planteamiento de Fredrik Barth (1976) quien da cuenta de la importancia de la interacción social en la creación de límites con los otros, postura desde la cual surgen otras propuestas como la de Gilberto Giménez (2007) quien ve a la identidad como inseparable de la cultura, y menciona que se trata de una elaboración subjetiva en la que intervienen atributos diferenciadores y definidores del propio sujeto; y la de Miguel Bartolomé (2008), quien emplea el término “fronteras” para explicar que estas construcciones permiten marcar la presencia de un “nosotros” distinto de los “otros” y que para ello se esgrimen un conjunto de rasgos culturales que pueden variar, ser aprendidos o modificarse. Así, esas fronteras son simbólicas y persisten en lo relacional, pero no necesariamente son excluyentes, ya que en el individuo se pueden dar reconfiguraciones.

En esta misma sección se enumeran y explican algunos elementos distintivos a los que el sujeto apela para construir la diferencia, lo cual se materializa a través de los enunciados y las prácticas; dicha dinámica se complejiza en condiciones de inmigración, aspecto que se desarrolla en el segundo apartado dando relevancia a los referentes de origen que lleva consigo el inmigrante y que contrapone con los que presenta la sociedad receptora, así como al empleo de procesos cognitivos que dan pie al ordenamiento de sus universos simbólicos, entre los que están las comparaciones en torno al lugar, la cultura y la elaboración de estereotipos. Además, se resumen algunos hallazgos empíricos de otras investigaciones que han abordado el fenómeno migratorio desde la perspectiva de las identidades y fronteras, las cuales resultan útiles para visualizar cómo las diferencias que se construyen a partir de la interacción social en

contextos específicos inciden en las resistencias y en las reconfiguraciones identitarias, y por consiguiente, permiten constatar una mayor o menor conflictividad en estas dinámicas.

Es bajo este marco que en el tercer apartado se introduce el concepto de integración y algunos enfoques teóricos que se han manejado alrededor de este término, cuyo empleo en la academia ha sembrado debates por su visión inicial de corte asimilacionista y su trayectoria hacia un enfoque multicultural. Se exploran brevemente las diversas interpretaciones en torno a este concepto, así como los matices con que puede estudiarse la integración, dada su amplitud. Con ello, en el cuarto apartado se justifica la elección del concepto en su dimensión cultural desde la propuesta de Alarcón, *et al.*, (2012) y se deja claro el posicionamiento multicultural como el que resulta útil para la interpretación de resultados de la presente investigación, así como también la relevancia de incluir el contexto de la sociedad receptora y el indicador “proyectos de vida” en el análisis.

1.1. La diferencia en la construcción identitaria

Dentro de las ciencias sociales, hablar de diferencia nos remite a uno de los conceptos más antiguos de la sociología clásica como es la diferenciación social⁵, que da cuenta de las relaciones entre individuo y sociedad, y da pie al surgimiento de otras dimensiones analíticas en las que se destacan las elaboraciones subjetivas que surgen de la idea que tenemos acerca de quiénes somos frente a los otros. Lo último atañe al estudio de las identidades, objeto de amplios debates y trabajos en la academia por las distintas matices y disciplinas que atraviesa, y el cual se introduce en esta investigación desde un enfoque constructivista⁶, por destacar la función relacional y situacional en la elaboración del sujeto, o dicho en otras palabras, al privilegiar la construcción del ser individual a partir de la interacción social. Así, la identidad

⁵ La teoría clásica de Durkheim se refiere a una cohesión social que en las sociedades primitivas está dada porque sus miembros se asemejan al compartir los mismos sentimientos y valores, mientras que en las contemporáneas, la división del trabajo crea una diferenciación social, basada en la función que cada quien desempeña como parte de un todo, es decir, se trata de una cohesión orgánica o estructural.

⁶ Las teorías iniciales manejaban un enfoque estructuralista bajo el cual se hablaba de una identidad integral, unificada e invariable (conceptos *hard*), pero es catalogada como una visión esencialista. Es Fredrik Barth (1976) en su análisis sobre los grupos étnicos y sus fronteras quien rompe este paradigma al introducir el enfoque constructivista en las identidades y mencionar que la existencia de un grupo depende de las relaciones y del contraste con otros. Más adelante, propuestas posmodernas de este enfoque señalan que la globalización ha generado sociedades con identidades fragmentadas y extremadamente fluidas (conceptos *soft*), con lo cual se suele criticar al constructivismo como relativismo. Véase Hall (2003); Bauman (2000) y Grimson (2009).

nace de la contrastación con lo ajeno, lo foráneo, lo extraño e implica hacer comparaciones para hallar semejanzas y diferencias, de tal forma que se produce un auto-reconocimiento o autoadscripción frente a un otro (Amtmann, 1997; Giménez, 2007).

Gilberto Giménez (2007) señala que la identidad es un proceso subjetivo [y frecuentemente auto-reflexivo] por el que los individuos definen su diferencia de otros sujetos y de su entorno social, y que en este ejercicio intervienen un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo. Esos repertorios apropiados por los sujetos funcionan en dos vías: son diferenciadores [hacia afuera o externos], y son definidores de la propia unidad y especificidad [hacia adentro o internos], y al entrar en contacto con la alteridad entran en operación de manera simultánea. Por ello, resalta que el concepto de identidad es inseparable de la idea de cultura, a la cual define como “*la organización social del sentido, interiorizado de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivado en formas simbólicas, en contextos específicos y socialmente estructurados*”⁷ (Giménez, 2007:56). La cultura, entonces, es una manera particular de organizar el mundo, la vida del sujeto y la convivencia con las personas, porque está constituida por una red de símbolos que les permiten conducirse y reducir la complejidad de su entorno, al conllevar reglas o especificaciones para la acción y para la validación de dichas acciones (Rosaldo, 1991); esta afirmación lleva a pensar en el conflicto inicial y quizá permanente que puede tener un individuo cuando está ante una red de símbolos que le resultan ajenos y además, en otro entorno, como ocurre en la migración, lo cual se verá más adelante.

Al plantearse que la cultura interviene como fuente de identidad y crea límites entre nosotros y los otros, es necesario hacer referencia a Barth (1976), quien en su clásica teoría sobre etnicidad introduce el término “fronteras” (*boundaries*)⁸ para resaltar que en la interacción social los límites étnicos no son conservados por un conjunto de rasgos culturales atribuidos a un grupo, pues “gran parte de ese contenido cultural que en un momento dado es

⁷ Para llegar a este concepto, Giménez hace énfasis en las diferentes concepciones sobre la cultura: la de los años 50, que la define como *pautas o esquemas de comportamiento aprendidos*, que en los años 70 cambió a *pautas de sentido*, tomando como referencia a Clifford Geertz y su metáfora “telaraña de significados”.

⁸ El autor en su texto en inglés, publicado en 1969, usa el término *boundaries*, pero en la versión en español, de 1976, éste se traduce como límites y también como fronteras. Debido a que no existe una traducción exacta, se entiende que las *boundaries* hacen referencia a fronteras entre un grupo y otro en un sentido abstracto.

asociado a una comunidad humana puede variar, ser aprendido o modificarse” (Barth, 1976:48). El que se produzcan dichos cambios, según este autor, no afecta la existencia y persistencia de las dinámicas de adscripción y exclusión; al contrario, subsiste una dicotomía entre miembros y extraños, y ello permite investigar también la forma y los contenidos culturales que se modifican. Así, explica que cuando interactúan personas de culturas diferentes, es de esperar que sus diferencias se reduzcan, porque la interacción requiere y genera una congruencia de códigos y valores, creando una similitud. Sin embargo, este contacto provoca que surjan otros criterios y señales de identificación dando lugar a que persistan las diferencias.

Según lo anterior, la cultura no debe entenderse como un repertorio homogéneo, estático e inmodificable de significados, ya que puede tener a la vez “zonas de estabilidad y persistencia” y “zonas de movilidad y cambio”, dependiendo de los contextos socio-espaciales o de “fuerzas centrípetas que les confieren mayor solidez” (Giménez, 2005:4), lo cual implica reconocer continuidades y rupturas, pero también negociaciones que dan paso a reconfiguraciones. Es aquí, como aporta Geertz (1996:55) desde una perspectiva antropológica, que se debe pensar a los sujetos en relación con su contexto histórico y espacial, pues son seres “incompletos o inconclusos” que se completan o terminan por obra de la cultura, que tienen la gran capacidad de aprender o una plasticidad para adquirir conceptos, aprehender y aplicar sistemas específicos de significación simbólica. Esta mirada posibilita entender a la identidad como algo en permanente invención, y no como un núcleo inamovible de principio a fin, que se desenvuelve sin cambios a través de todas las vicisitudes de la historia (Hall, 2003) o como si se tratara de un “patrimonio cosificado”, puesto que “los individuos procesan sus tendencias internas y reciben y asimilan las influencias externas, las combinan, recrean y transforman, no como una actitud contemplativa hacia un pasado estático, sino como una síntesis jamás concluida” (Amtmann, 1997: 9).

Esos límites a los que alude Barth dentro de una dimensión de análisis de las identidades étnicas, se pueden dar y aplicar en diversas esferas, y en ese sentido, Rosaldo (1991) explica que con más frecuencia de la que se cree, las vidas cotidianas de los sujetos se

entrecruzan por “zonas fronterizas”⁹ y muy a menudo esas fronteras sociales son prominentes en líneas como orientación sexual, género, clase, raza, nacionalidad, edad, política, vestido, comida o gusto. Es así que “la noción de ‘diferencia’ posee la ventaja de hacer que la cultura parezca muy visible a los observadores ajenos, [pero] constituye un problema porque esas diferencias no son absolutas, sino subjetivas” (Rosaldo, 1991: 185-190), y con ello se refiere a que los criterios empleados para marcar distinciones no se basan en algo que está dado o es invariable, sino que son significados por otro atendiendo a sus propias ideas, sentimientos, percepciones, lo que le ha sido inculcado, o lo que para aquel tiene sentido.

En esa misma línea, Bartolomé (2008), retomando a Barth, se refiere a estas diferencias como “límites sociales” que no remiten necesariamente a factores culturales, sino a las “construcciones ideológicas de sus protagonistas”, pero explica que se suele confundir el hecho de que en dicha confrontación se esgrimen algunos referentes culturales como rasgos diacríticos o factores emblemáticos. Así, el papel de estas fronteras es básicamente simbólico y remite a la posibilidad de “visualizar o materializar la diferencia a través de algunos enunciados concretos, como son la indumentaria, los valores, la culinaria, la lengua, la ritualidad, ciertas prácticas sociales o sistemas normativos” (Bartolomé, 2008: 67-68). Esas fronteras simbólicas, dice, anuncian la presencia de un ámbito propio, más o menos diferenciado del de “los otros”, y al estar contenido en el espacio semántico de la cultura, su texto constituye “un estilo de vida exclusivo”; en consecuencia, al ser estos emblemas materializados a través del lenguaje y de las acciones, la configuración de la diferencia se puede analizar a través de los relatos de los sujetos para identificar sus formas de enunciarse y de enunciar a la alteridad, así como a través de sus prácticas individuales y sociales.

Concretamente y tomando como punto de partida a las identidades individuales y siendo la unidad de análisis de la tesis que aquí se desarrolla el individuo, resulta útil la propuesta de Giménez (2007) en torno a los atributos diacríticos a los que el sujeto apela para fundamentar su voluntad de distinción, demarcación y autonomía respecto de los otros, y clasifica en: 1) “atributos de pertenencia social” y 2) “atributos particularizantes”. Los atributos de pertenencia social, de acuerdo con su argumentación, implican la identificación del individuo con diferentes categorías, grupos y colectivos sociales [lo que para George

⁹ En la versión original en inglés, del año 1989, el autor emplea el término “border zones”, en sentido metafórico.

Simmel serían los *círculos de pertenencia*] ¹⁰ y en este grupo, con base en estudios sociológicos, se ubica a la clase social, la etnicidad, las colectividades territorializadas [en una localidad, región, nación], los grupos de edad y el género. Algunos de estos elementos pueden tener mayor relieve y ser más visibles que otros, y ello va a depender del contexto en el que los individuos desenvuelven su vida cotidiana y también de sus relaciones sociales. Al respecto se abordará más adelante, pues es lo que articula el enfoque de esta investigación.

Los atributos particularizantes son aquellos que determinan la unidad idiosincrásica del sujeto y se pueden destacar: 1) “atributos caracteriológicos”: donde entran las disposiciones, los hábitos, las tendencias, las actitudes y las capacidades, así como la imagen que hace el sujeto del propio cuerpo. Algunos de estos elementos tienen significado individual [v.g., inteligente, perseverante, por ejemplo], y otros un significado relacional [v.g., tolerante, amable, sentimental]; 2) los “estilos de vida”, reflejado en las preferencias o en sus hábitos de consumo; 3) la “red personal de relaciones íntimas” [*alter ego*]; 4) su apego a los “objetos entrañables que posee” [v.g., una casa, un retrato, un paisaje]; y 5) su “biografía personal incanjeable” (Giménez, 2007: 62-65).

Esos marcadores de distinción que, como ya se ha insistido, surgen de un auto-reconocimiento en relación con la alteridad, requieren también ser reconocidos por los demás con quienes se interactúa para que el sujeto pueda afirmar su existencia social y pública. De esta precisión se concluye que en la construcción identitaria no solo se da un juego de diferenciarse y diferenciar, sino que también se es diferenciado; o en términos más sencillos, la construcción de la diferencia implica cómo el sujeto se ve a sí mismo, cómo éste ve a los otros y cómo los otros lo ven, y es esta conjunción la que permite al individuo o actor social adquirir “direccionalidad y sentido”. Esto guarda relación con la observación que hace Stuart Hall (2003) en torno a lo “estratégico y posicional” e incluso “performativo” de la identidad, cuando plantea que en realidad las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser, “no quiénes somos” o “de dónde venimos”, sino “en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos” (Hall, 2003:18).

¹⁰ Según Simmel, la multiplicación de los círculos de pertenencia, lejos de diluir la identidad individual, la fortalece y circunscribe con mayor precisión, porque cuanto más se acrecienta su número de círculos es menos probable que otras personas exhiban la misma combinación de grupos. Véase en Giménez (2005).

A nivel teórico, a su vez, esta dinámica lleva a pensar en “identidades semantizadas, que se configuran mediante características reales o inventadas, objetivas y subjetivas, cuya apropiación y recreación simbólica las convierten en elementos centrales para el establecimiento de demarcaciones imaginarias” (Valenzuela, 1998:32), o dicho de otro modo, generando identidades deseadas, identidades asignadas o imputadas, e identidades asumidas¹¹.

Al ser un concepto central de este proyecto la construcción de la diferencia de los extranjeros, y específicamente, de los venezolanos que residen en la ciudad de Tijuana, es necesario añadir la condición de inmigración como una situación que complejiza el contraste, además de que en el campo de los estudios migratorios, el tema de las identidades ha sido explorado desde distintas perspectivas por las situaciones que el enfrentamiento y la convivencia con lo distinto o lo extraño genera, no solo en los individuos que viven ese proceso de movilidad y asentamiento en el nuevo lugar, sino también en las colectividades que los reciben y que por ende, los construyen identitariamente. Cabe señalar que en este estudio se prefirió el empleo del concepto diferencia, en lugar de identidad, aunque están vinculados entre sí, al detectar que en las construcciones distintivas de los sujetos de estudio, se hallaron también dimensiones relacionadas con sus vivencias contextuales o socio-espaciales, de modo que la diferencia no solo se aplica a la identidad.

1.2. La diferencia en condición de inmigración. Apuntes teórico-empíricos

El cambio de lugar de residencia impone en el sujeto inmigrante una serie de retos en torno a sus experiencias frente al nuevo contexto, aunque el hecho mismo de emigrar constituye en las sociedades modernas una decisión que a menudo muestra un contacto previo o algún conocimiento del mundo hacia el cual el individuo se dirige, mucho más en la actual era de las redes y de la comunicación mundial. Precisamente, contrario a ciertas posturas que vinculan a la globalización con una homogeneización de consumos culturales, “la realidad objetiva es que las diferenciaciones se han mantenido, porque la comunicación posibilita acceder a otros mundos desde lugares distantes e incrementar la confrontación y la voluntad de imponer

¹¹ La identidad deseada es la idea que el individuo se hace respecto a lo que desea llegar a ser, sus proyectos; la identidad asignada, es la idea que se hace el sujeto de las expectativas que los otros tienen o esperan de él, y es interiorizada; y la identidad asumida es el conjunto de compromisos identitarios que asumió consigo mismo y que realiza en sus relaciones con los otros, al combinar las dos anteriores. Véase Bajoit, 2003, pp. 160-162.

límites, lo que es coherente con el carácter contrastante de la identidad que requiere de otras identidades para poder definirse” (Bartolomé, 2008:69).

En condiciones de inmigración, donde el foráneo ya no construye su alteridad desde afuera de las fronteras geo-políticas, sino al interior de esos otros espacios, diversos enfoques teóricos y trabajos empíricos dan cuenta de un proceso en el que se dan rupturas identitarias y en donde los referentes que lleva consigo el individuo al nuevo lugar juegan un papel trascendental en la significación que da a la sociedad receptora y a sí mismo, e inciden en las diferenciaciones que construye y en el modo en que busca el reencuentro con aquello que le identifica, sin que por ello dejen de darse reconfiguraciones en su modo de ser y de actuar.

Como se explicó antes, el sujeto hace uso de atributos de pertenencia y de atributos particularizantes para la distinción, pero Bartolomé (2008) contribuye a este análisis al añadir que de manera similar a lo que ocurre entre las culturas diferenciadas, puede notarse la construcción de “estereotipos referenciales con los que se aspira definir a los del otro lado de la frontera, generalmente, de manera un tanto caricaturesca y agresiva”. Cita como ejemplo, el decir que “los colombianos son narcotraficantes, los argentinos son pedantes, los brasileños son todos negros, los mexicanos son corruptos [...] etcétera”, o el que también se les adjudiquen atributos positivos o “nuestras fantasías” con expresiones como: “los argentinos son europeos y cultos, los brasileños son grandes amantes, los mexicanos tienen una identidad milenaria, los costarricenses viven en un paraíso democrático, los venezolanos son alegres y divertidos” (Bartolomé, 2008:51)

Esta idea trae a colación a Goffman (1997:13-33) quien en su análisis para desentrañar cómo opera la vida social, apunta que cuando un individuo llega a la presencia de otro, trata por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya posee; entonces, si no está familiarizado con él, como observador puede recoger indicios de su conducta y aspecto que le permitan explicar su experiencia previa con individuos similares al que tiene delante o aplicarle estereotipos que aún no han sido probados. Dicho ejercicio, sin embargo, también funciona a la inversa, puesto que el individuo tiene la capacidad de incorporar y expresar los valores oficialmente acreditados de la sociedad para producir

impresiones, un aspecto que puede ayudar al entendimiento de cómo los inmigrantes perciben o dicen ser diferenciados o vistos por la sociedad receptora.

En esa misma dirección, Tajfel (1982) desde el ámbito de la psicología, propone que toda construcción identitaria remite a un proceso de “categorización social”, el cual consiste en clasificar a las personas, acentuar e interpretar las diferencias y similitudes con base en criterios de pertenencia que pueden definirse desde ámbitos externos e internos, dando lugar a estereotipos. En los atributos externos, explica que entran aquellas categorías que se organizan desde “afuera” [desde las instituciones, por ejemplo] y funcionan como denominaciones y clasificaciones creadas para administrar grupos; mientras que en los internos, están las “identificaciones”, es decir, aquellos atributos vinculados a la conciencia de pertenencia [cognitivos], las connotaciones asociadas al valor de pertenencia, positivas y/o negativas [valorativos]; y al sentido de lo social en el individuo [emocionales] (Tajfel, 1982: 20-24).

Tales dinámicas ocurren porque, independientemente de las motivaciones para salir de su terruño, todos los migrantes se ven obligados a redefinir la vida dentro de marcos ajenos a su experiencia previa y a su proceso de socialización inicial. Esto les lleva a “enfrentarse a un mundo cuyas características y reglas les son ajenas, al que deben aprender a manejar, pero que no se sienten obligados a aceptar por no haber sido internalizadas en la niñez” (Bartolomé, 2008:57). Así, los valores y prácticas sociales que en el país de origen formaban parte de lo “real constituido” o de su “universo simbólico”¹², pueden ser cuestionados en el nuevo lugar desde la distancia que proporciona la extranjería (*Ibíd.*).

De lo anterior, se infiere que en la distinción se producen discrepancias y desfases entre la imagen o asignación identitaria que hace el inmigrante de sí mismo, de los otros y la que hacen de él los demás, y que la posición desde la cual se construye la alteridad incide en esa construcción y puede originar situaciones de segregación y discriminación. Sin embargo, estas clasificaciones, estereotipos o esquemas cognitivos que organizan la vida cotidiana en la objetivación del mundo, no necesariamente están acompañados de prejuicio o de una

¹² Berger y Luckman (1984) definen el universo simbólico como la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales; de manera que “pone cada cosa en su lugar” y posibilita el ordenamiento de las diferentes fases de la biografía individual, al ubicar todos los acontecimientos dentro de una unidad coherente: pasado (una memoria compartida), presente y futuro (un marco de referencia común para la proyección de las acciones individuales), lo que induce sentimientos de seguridad y pertenencia.

favorable o desfavorable predisposición hacia cualquier miembro, pues las fronteras simbólicas no necesariamente son excluyentes y, como reseña Wieviorka (2002:121), “la diferencia no es siempre fuente de alejamiento, *ghettización* de personas y grupos, ni desemboca forzosamente en el mantenimiento de una distancia que prohíbe cualquier inserción en la sociedad”, ya que aún en las circunstancias en que esto se da, según este autor, hay participación al menos parcial o desigual en algún ámbito del nuevo lugar.

Ese proceso de auto-reconocimiento en la interacción con la sociedad receptora, así como el empleo que hace el sujeto, en términos de Grimson (2009), de su “caja de herramientas identitarias”¹³ para la identificación del otro, se ilustra por ejemplo en el trabajo de Labrador (2001) titulado “*Identidad e inmigración: un estudio cualitativo con inmigrantes peruanos en Madrid*”, en el que usa el concepto “diferencia” para definir la fase en que el extranjero va tomando en consideración su nueva situación identitaria. Así, señala que los individuos toman conciencia de sus diferencias étnicas, culturales y personales al vivir los límites que se le imponen en el nuevo territorio, los cuales son límites con los que se les está demarcando y diferenciando continuamente.

Entre los resultados empíricos sobre la experiencia de estos foráneos, menciona que sus identidades personales son actualizadas en la vida cotidiana por medio de conductas que se adaptan a una situación u otra dependiendo de las exigencias, en primera instancia, como respuesta a una urgencia pragmática, pero que paulatinamente los inmigrantes en su búsqueda de una posición estable se ven ante la tarea de hacer una negociación, en donde se ajustan las exigencias y límites de su identidad y las del entorno donde les ha tocado vivir (Labrador, 2001:83). En ese sentido, los peruanos que residen en Madrid hablan de sus conflictos en torno a ciertos atributos particularizantes como la comida y el lenguaje [la forma de hablar], y de otros más subjetivos como el ritmo de vida y la moral sexual de los españoles, lo que al final desemboca en narrativas sobre las adaptaciones y resistencias que algunos hacen ante estos marcadores.

¹³ El autor refiere que en cada contexto, una sociedad tiene un conjunto de clasificaciones disponibles con las cuales sus miembros pueden identificarse a sí mismos e identificar a los otros, siendo algunas de esas categorías antiguas, otras emergentes, otras fabricadas en su interior o que han viajado desde otros lugares.

En otro estudio titulado “*Los canarios en Venezuela. Identidad y Diferencia*”, Ascanio (2002) pone el acento en la experiencia de los inmigrantes de Canarias que llegaron a Venezuela durante la bonanza petrolera de ese país, a mediados del siglo XX, y hace énfasis en los límites construidos por ellos en torno al habla, a ciertos estereotipos étnicos [“el acriollado” y el “mal isleño”] y al género, pues en sus relatos aparecen fronteras simbólicas en cuanto al rol de las mujeres en la transmisión cultural a los hijos, ante lo cual, se prefiere el matrimonio con una canaria, que con una criolla [de Venezuela]. También hace un recuento de sus prácticas asociativas y culturales, como fiestas, rituales religiosos y eventos gastronómicos como elementos diferenciadores que, sin embargo, no los ha excluido de la dinámica cultural del país de acogida; y además, la autora destaca el hecho de que las demarcaciones no solo se elaboran hacia la sociedad receptora, sino también dentro de la misma comunidad de inmigrantes, lo que da cuenta de la heterogeneidad de las identidades pese a tener la misma procedencia étnica-nacional.

Por otra parte, en el estudio “*Fronteras múltiples: reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina*”, de Caggiano (2003), se hace énfasis en la perspectiva constructivista y relacional para comprender en contextos pos-migratorios los modos singulares de transformación del papel de los “ejes identitarios” nacionales, de clase, étnicos y de género. Aquí se analizan los relatos de inmigrantes bolivianos y peruanos que residen en dos localidades argentinas: La Plata, en el centro del país, y San Salvador de Jujuy, ciudad fronteriza con Bolivia, y se distinguen al menos dos aspectos donde construyen su diferencia: por un lado, mediante la recreación de funcionamientos identitarios similares a los del lugar de origen, que incluso reproducen regionalismos en donde están asentados geográficamente entre los originarios del mismo país; y por el otro, hay demarcaciones en torno al género.

Sobre este último, Caggiano explica que durante el juego de auto y heteroadscripción que hacen las y los bolivianos respecto a las y los argentinos “se generan incluso imágenes que no se corresponden con la realidad, pero lo importante es que funcionan en la revisión y reconstrucción de un lugar propio en aquella dinámica social” (Caggiano, 2003, 19). Además, se detectan cambios –reconocidos por ellos en sus narrativas-, en las pautas de comportamiento a raíz de sus interacciones con el nuevo marco socio-simbólico, pautas que

son aceptadas de manera positiva o se critican, pero que en todo caso han generado reconfiguraciones en los roles que en sus sociedades de origen conferían a uno u otro género, al ponerlos en práctica de manera distinta en la sociedad de acogida.

En un contexto más cercano al que concierne a la presente tesis, está el trabajo sobre extranjeros en Monterrey resumido en los textos “*Construcción de estereotipos y dinámicas sociales entre inmigrantes extranjeros en el área metropolitana de Monterrey*”, de Doncel (2011), y “*Representación social de los regiomontanos, desde la óptica de las comunidades de Monterrey*”, de Yarto Wong (2011), pues aunque ambos se abordan bajo el enfoque de las representaciones sociales, recogen elementos de la teoría de fronteras étnicas de Barth para exponer la forma en que inmigrantes de diversas comunidades extranjeras se diferencian en relación a los regiomontanos, cómo los perciben y cómo creen que son percibidos.

Doncel utiliza los relatos de seis informantes para analizar las identidades étnicas y/o nacionales a través de los estereotipos que se formulan en “la línea discursiva de un mismo informante, los procesos de elaboración cognitivos y afectivos, y las contradicciones y conflictos que surgen” y observa que el proceso de estereotipar se hace más complejo a medida que avanza el contacto y el conocimiento de los regiomontanos, pero que sus contenidos van mutando acorde sus vínculos y procesos de integración en la sociedad receptora; mientras que Yarto Wong identifica marcadores distintivos a través de metáforas y formas de enunciar a los regiomontanos y sus prácticas, así como en torno al contexto espacial. Así, en su análisis se observan comparaciones en torno a lo culinario, el idioma y la forma de ser del regiomontano, que en varios casos son negativas, pero contrastan con las visiones positivas que tienen en torno a Monterrey como ciudad, vinculadas al desarrollo, las oportunidades y el crecimiento (Yarto Wong, 2011:127).

A todo esto, conviene señalar el planteamiento de Giménez (2001) en relación a que se puede abandonar físicamente un territorio, sin perder la referencia simbólica y subjetiva al mismo a través de la comunicación a distancia, la memoria, el recuerdo y la nostalgia, porque cuando se emigra se lleva “la patria adentro”; apreciación que permite introducir la dimensión del espacio en el análisis de la diferencia en condiciones de inmigración. Hirai (2009) en su trabajo sobre la economía política de la nostalgia, relacionada a la migración de mexicanos en

los Estados Unidos, señala que las diferencias culturales entre espacios y sociedades no desaparecen, y ello se debe a la “nostalgia del contraste” que surge cuando se está fuera de la tierra natal. Así, explica que el sujeto no hace una simple comparación entre dos lugares o dos tiempos, sino que contrastando uno con otro, narra su preferencia por cierto paisaje, estilo de vida, costumbres y relaciones sociales, y manifiesta sus propios sentimientos positivos hacia aquello a lo que pertenece o perteneció.

Así “con la nostalgia uno construye una imagen de su tierra natal en su mente en comparación entre un ‘aquí’ y un ‘allá’, o sea, entre el destino de viaje y el punto de partida y entre el presente y el pasado, pero dando más valor a los segundos términos” (Hirai, 2009:124), pero este comportamiento no implica que los individuos, con sus mismas ideas y valores, puestos frente a diferentes oportunidades ofrecidas por un diferente medio, no adopten diferentes patrones de existencia y formas de conducta (Barth, 1976), y ello se sustenta en que “vivimos en sociedades de acogida, pero también de producción individual y colectiva de las diferencias [...] y las identidades no constituyen un postulado inmutable, apto únicamente a reproducirse o a desaparecer, pues sabemos que son, en parte al menos, lo que nuestras sociedades hacen de ellas” (Wieviorka, 2003:202).

Estas reflexiones, además de resultar útiles para la elaboración del esquema de operacionalización conceptual de las variables elegidas para el análisis de esta tesis y consecuentemente para el análisis del material empírico, conducen hacia el tercer apartado de este capítulo en donde se desarrolla el concepto integración y se sustenta su empleo en su dimensión cultural para el estudio de los inmigrantes venezolanos residentes en Tijuana.

1.3. La integración. Recorrido conceptual y dimensiones

Entre las teorías que se han manejado en el campo de estudio de las migraciones, una de las más complejas han sido las vinculadas al concepto de integración, partiendo de que se trata de un término que ha tenido variedad de denominaciones: asimilación, ajuste, absorción, aculturación, entre otras, que suelen emplearse como sinónimos o para contrastarse entre ellas, y cuyo empleo ha transitado por la academia y las políticas públicas en distintos contextos

geográficos; eso sí, han tenido como punto en común entender la manera en que se lidia y se concede un lugar a la diferencia en las sociedades de acogida.

Básicamente, de acuerdo con Alarcón, *et al.* (2012), son dos los polos que han marcado la discusión acerca de la integración en las últimas cuatro o cinco décadas y están fuertemente influenciados por el contexto histórico estadounidense, entre otras cosas, por la amplia literatura especializada generada en ese país respecto al fenómeno de la inmigración. Por un lado, impera la visión asimilacionista –representada en la metáfora del *melting pot*–, según la cual los inmigrantes abandonan progresivamente sus especificidades culturales para incorporarse plenamente a la sociedad de acogida; y el otro polo es una perspectiva multiculturalista, donde se plantea que el objetivo de las sociedades receptoras no sería la búsqueda de la disolución progresiva de las fronteras étnicas, sino la gestión de las diferencias.

El primer enfoque se puede encontrar en los trabajos más clásicos de la sociología norteamericana, donde se hace hincapié en la disolución progresiva de los rasgos culturales de los inmigrantes al suponer que los individuos se asimilan y dejan de lado sus referencias anteriores, como un proceso que con el tiempo inevitablemente surgirá del contacto entre foráneos y autóctonos. Dicho modelo se remonta a la Escuela de Chicago de los años 20 del siglo XX, con figuras como Robert Park, quien planteaba que la asimilación implica un “proceso de interpenetración y fusión, en el cual las personas o grupos adquieren los recuerdos, los sentimientos y las actitudes de otras personas o grupos y, participando de su historia y de su experiencia, se fusionan en una vida cultural común” (Park y Burgess, 1921: 396). De acuerdo con esta visión, la responsabilidad del proceso adaptativo recae únicamente en los inmigrantes, y por lo tanto, ellos son los que deben esforzarse por adquirir la cultura, las costumbres y los modos de vida de la comunidad de acogida para que sean reconocidos como uno de los suyos y desaparezca su condición de extraños o diferentes.

Esta suerte de “modelo evolucionista” del inmigrante, cobra mayor relevancia con los postulados de Milton Gordon, en los años 60, quien destaca que la asimilación a la cultura y al *way of life* americanos (*Anglo-conformity*) ha sido la ideología predominante sobre la inmigración en la historia de los Estados Unidos, desde la época colonial, hasta la segunda mitad del siglo XX. Así, Gordon explica que el término es amplio y cubre una serie de

subprocesos¹⁴ por los que supone debe pasar el foráneo, siendo los más cruciales, la asimilación del comportamiento (*behavioral assimilation*) o aculturación, y la asimilación estructural. En términos generales, según esta propuesta, la aculturación es el proceso mediante el cual los inmigrantes absorben los patrones culturales de los autóctonos, desde los aspectos más superficiales, como la forma de vestir y de hablar, hasta valores más profundos como la forma de ver la vida; mientras que la asimilación estructural se produce cuando los inmigrantes –ya “aculturados”– empiezan a entablar relaciones con el grupo mayoritario de autóctonos (relaciones de tipo familiar, de amistad, matrimonios mixtos, etcétera); así como a vincularse a organizaciones, actividades institucionales, sociales, y a la vida cívica general de la sociedad receptora (Gordon, 1961).

Con el paso del tiempo, la creciente heterogeneidad de la población inmigrante en los Estados Unidos, procedente de distintos países y costumbres, y por ende, la imposibilidad de hablar de una asimilación uniforme, empiezan a enrumbar el cauce analítico hacia otras teorías, como la de “asimilación segmentada”, según la cual, unos grupos logran completar el ciclo descrito por Gordon; mientras que otros no lo hacen y se encaminan a movi­lidades descendentes (guetización) al no encajar en la sociedad, o a movi­lidades ascendentes (se asimilan en lo laboral, pero no en lo cultural). Esto lleva a centrar la atención en las segundas generaciones, en los hijos de inmigrantes nacidos o criados en la sociedad de destino, en quienes se ven posibilidades de una asimilación exitosa a largo plazo porque incorporan de manera más natural la cultura del país receptor.

Pero las distintas reivindicaciones expresadas dentro de la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos, a mediados del siglo XX, así como las denuncias de discriminación de minorías étnicas y raciales, y el surgimiento de movimientos a favor de la diversidad cultural, llevan al planteamiento de una visión multiculturalista que además empieza a ser instaurada desde el propio Estado a través del diseño de políticas públicas específicas para el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural (Alarcón, *et al.*, 2012). Dicha visión, recalca Retortillo, *et al.*, (2006), surge también como reacción a la tendencia hacia la uniformización cultural impuesta por la globalización, de modo que “bajo el término

¹⁴ De acuerdo con este autor, se dan siete fases o subprocesos: asimilación del comportamiento (aculturación), asimilación estructural, asimilación marital, asimilación identificacional, asimilación actitudinal, asimilación conductual y asimilación cívica. Véase en Gordon (1964).

de tolerancia se incentiva a los nuevos ciudadanos a vivir en su comunidad y tolerar a las otras comunidades etnoculturales existentes en el seno de la sociedad”. Es así que la identidad y los valores culturales del grupo se convierten en el pilar básico sobre el que se apoya esta filosofía e involucra lo individual o “esfera íntima” y la política del reconocimiento igualitario, o “esfera pública”¹⁵ (Retortillo, *et al.*, 2006:127).

En tanto, sobre la forma de enunciar este fenómeno, surgen propuestas para situarlo en un entorno más acorde a los tiempos actuales. Brinley Thomas y William Bernard (en Herrera Carassou, 2006:164) señalan que la mayoría de los autores están ya de acuerdo en que el concepto ‘integración’ es más apropiado que ‘asimilación’, pues este último término implica unilateralidad al sugerir que el inmigrante quedó desposeído de su vieja cultura y que “virtualmente pasó por una total renovación, desde sus vestidos hasta su ideología”. Asimismo, Bernard anota que ‘asimilación’ es un concepto que niega o ignora las múltiples cualidades que aporta el inmigrante a su nueva patria y que no tiene en cuenta la influencia que ejercen sus ideas, su talento y sus afanes en la comunidad que le ha acogido¹⁶. Por ello, insiste en que el concepto de integración es mejor para reconocer la importancia de la diferencia cultural dentro de un marco social.

En cuanto al contexto en que se emplea este concepto, hay voces que señalan que está más o menos extendido o “mejor o peor visto” según los países; por ejemplo, en Europa hay mayor tendencia a usarlo en sentido positivo, mientras que en América Latina es un término desprestigiado debido a las críticas recibidas sobre todo desde los pueblos indígenas por su identificación frecuente con asimilación o aculturación, relata Gómez., *et al.* (2005). Sin embargo, menciona que si se parte del concepto de integración, entendido como entrar a formar parte de un todo, incorporarse o unirse a un grupo para formar parte de él, se puede concluir que los inmigrantes están integrados o que la integración se ha producido; de modo

¹⁵ Al respecto, Charles Taylor (1992) en su trabajo sobre el multiculturalismo y la política del reconocimiento de la diferencia, señala que hay dos niveles en el análisis: Uno que se da en la esfera privada, donde comprendemos que la formación de la identidad y del yo tiene lugar en un diálogo sostenido y en pugna con otros significantes; y luego en la esfera pública, donde la política del reconocimiento igualitario desempeña un papel cada vez mayor.

¹⁶ En este marco cabe señalar el planteamiento de Brubaker (2001) sobre un retorno del término asimilación en la academia, pero con una concepción distinta a la clásica que se basaba en una total absorción de la cultura y en una homogeneización. Según este autor, se visualiza ahora a los inmigrantes como sujetos con autoconsciencia que se mueven en sociedades heterogéneas y que dependiendo del contexto social, cultural, económico y político se asimilan a la sociedad receptora de forma procesual, deliberada e incluso no intencionada, lo cual se puede observar de manera multigeneracional (a través de distintas generaciones).

que, “la verdadera pregunta a hacerse no es si están o no integradas o en qué medida, sino cómo lo están”, por lo que plantea indagar en el tema desde una visión cualitativa y centrada en la posición y el papel que pasa a desempeñar la persona inmigrante en el conjunto de la sociedad (Gómez, *et al.*, 2005:9-17).

Bajo este escenario, los análisis más recientes están dando cabida a aspectos como la intensificación de los movimientos migratorios, la globalización y las facilidades de conexión y comunicación global y sus incidencias sobre la integración, por ejemplo, al incorporar la perspectiva transnacional¹⁷ para documentar los efectos simultáneos de la migración tanto en origen como en destino en diferentes espacios sociales, y cuestionar la idea de que las fronteras político-administrativas de los Estados son contenedores de identidades nacionales homogéneas (Velasco, 2008). Desde esta óptica, hay que destacar que los inmigrantes, al mantener vínculos con sus países de origen, por las facilidades de transporte y medios electrónicos en este mundo contemporáneo, no solo mantienen un contacto constante con sus referentes culturales, sino que también actualizan las prácticas y valores con los que se identifican, sus ideas, símbolos, discursos, imaginarios, dando cabida a construcciones diferenciadoras que inciden en la manera en que se incorporan a la sociedad de acogida. Así, esa mirada o (re)encuentro con lo que se dejó atrás al emigrar puede potenciar el mantenimiento de fronteras simbólicas con respecto al entorno actual y, por otro lado, generar en el individuo reacomodos identitarios que armonicen con su vida presente y que les permitan seguir y encontrar sentido en ella; o como sugiere Narváez (2012:125), “resignificar sus identidades y pertenencias profundas”.¹⁸

En sí, hablar de integración como un todo homogéneo puede resultar simplificador, de ahí que tras esta breve revisión de su trayectoria conceptual en la academia es necesario destacar que, dada la amplitud que abarca, se ha optado por la especialización para delimitar su análisis. En ese sentido, Alarcón, *et al.*, (2012) propone cuatro dimensiones: a) integración

¹⁷ Esta perspectiva incorpora el concepto de “simultaneidad” para explicar la posibilidad de llevar una vida que incorpora las instituciones, las actividades y las rutinas diarias que se sitúan tanto en el país de destino como transnacionalmente”. Véase en Levitt y Glick Schiller (2004).

¹⁸ Según este autor, el transnacionalismo implica algo más allá de la evidencia del desplazamiento de personas y cosas de un origen hacia un destino, o de un espacio a otro. Más allá del hecho de movilidad se trata de una interconexión con un repertorio recurrente que normaliza su relación con los otros. Así, “negocian sus pertenencias cotidianamente sobre múltiples escenarios: la comunidad, la nación, el país huésped, el barrio, el enclave, el lugar de trabajo, la escuela, la familia”. Véase Narváez (2012), pp. 125-128.

económica, que implica el análisis de la inserción de los inmigrantes en el mercado laboral; b) integración social, esto es el grado de inclusión y movilidad que adquieren en los diversos espacios de sus nuevas sociedades; c) integración política, es decir, su percepción y participación como actores políticos, incluso en sus comunidades de origen; y d) integración cultural, entendida como la posibilidad de negociaciones identitarias. En esta última se enfoca precisamente la presente investigación y se abordará a continuación para comprender sus posibilidades analíticas y empíricas.

1.4. La integración cultural. Definición y alcances

De lo visto anteriormente, se puede notar que la integración cultural ha sido objeto de varias controversias, pues las variantes que ha tenido su tratamiento dentro del fenómeno migratorio parten de la idea de que una no integración del inmigrante representaría un problema para el mantenimiento de la identidad de la sociedad receptora [asimilación] o de que el reconocimiento de las diferencias implica una lógica en la que los sujetos deben necesariamente moverse entre sus referentes y aquellos que les provee el contexto donde están [visión multicultural]. Pero a nivel empírico, dependiendo de dónde se sitúe el lente para visualizar este proceso los resultados que se generan varían.

Como explica Gómez, *et al.*, (2005), para estudiar la integración hay que tener en cuenta tanto el aspecto individual [el del actor] como el social [el sistémico] porque están interrelacionados; es decir, si se aborda la inmigración como fenómeno y la consiguiente integración, “hay que partir de un punto de vista social, puesto que además de individuos concretos, estamos ante los grupos de los que forman parte, unos que constituyen la sociedad receptora y otros que ingresan en ella; el problema de investigación resultante en este planteamiento será qué sucede con ese ingreso, y la respuesta llevará a constatar una integración de esos grupos externos en la sociedad al pasar a ocupar un lugar en su economía, en la estratificación social, en su cultura, en su política, etcétera. Una cuestión distinta, aunque relacionada con la anterior, añade este autor, es “cómo se desarrolla el proceso de adaptación individual a la situación de inmigración en un determinado entorno social, económico, político y cultural, lo cual implica, además de estos aspectos, otras cuestiones como la identidad, aunque sin olvidar que este proceso de adaptación es mutuo entre inmigrantes y autóctonos”

(Gómez, *et al.*, 2005:16). En este marco, es importante señalar que para los fines de esta investigación sobre los venezolanos en Tijuana, el interés ha sido situar el trabajo en la segunda arista, porque es a partir de los relatos de vida y de la construcción de la diferencia de estos sujetos, que se intenta comprender cómo viven su integración cultural, los vaivenes que pueden experimentar entre la asimilación y sus resistencias, así como los puntos intermedios en los que desarrollan negociaciones.

En ese sentido, el concepto empleado en esta tesis tiene un enfoque multicultural y se sustenta en el aporte teórico del trabajo de investigación “*Mudando el hogar al Norte. Trayectorias de integración de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles*” (Alarcón, *et al.*, 2012), en el cual se señala que la integración cultural no podría ser comprendida como el abandono progresivo de los particularismos culturales de los inmigrantes, sino como el desarrollo de estrategias que les permitieran integrarse, desde su particularidad, a la red de interrelaciones y sentidos de pertenencia conflictuales. Tales estrategias, de acuerdo a este planteamiento, permitirían “transitar de una identidad cultural de origen hacia otra en la que sería posible reconocer tanto su proveniencia como la impronta de la interacción con la sociedad receptora” (Alarcón, *et al.*, 2012:60); entonces, bajo esta perspectiva, la integración cultural implica un proceso de negociación en donde los inmigrantes pueden reivindicar, adaptar o abandonar ciertas prácticas culturales particulares, y en donde operan estrategias alimentadas por sus decisiones individuales o colectivas y por el contexto donde habitan.

En el estudio citado, además de que se sitúa el contexto heterogéneo de Los Ángeles, California, considerada una región paradigmática y destino principal de la migración mexicana para entender qué significa integrarse a su área metropolitana, se agrupan las estrategias de integración cultural de los inmigrantes en cuatro ejes analíticos: 1) identidades y autodenominación; 2) integración y segregación residencial; 3) prácticas artísticas, religiosas y cívico-comunitarias [prácticas culturales]; y 4) proyectos de vida. Si bien no todas son aplicables en el estudio de los venezolanos en Tijuana, por las características de la inmigración de estos sujetos y por el contexto de esta ciudad fronteriza mexicana, como se desarrolla en los siguientes capítulos, conviene resaltar el último indicador expuesto, que según Alarcón *et al.*, (2012) es el que mejor refleja el grado de incorporación a la sociedad de acogida.

Así, dicho trabajo explica que los proyectos de vida “sintetizan, por una parte, el conjunto de pautas culturales que determinan las expectativas, los anhelos, los deseos de los migrantes”, lo que permite indagar “¿en qué medida esos anhelos son construidos a partir de la interiorización de patrones culturales de la sociedad de acogida o por el contrario corresponden a las expectativas construidas desde la lógica cultural de las comunidades de origen?”; mientras que en torno a los planes a futuro, posibilita cuestionar “¿hasta qué punto el individuo considera que la sociedad de destino constituye el espacio en el que desea –y le es posible– construir su vida y la de sus hijos, o no ve un futuro allí?” (*Ibíd.*:271). Al final, se trata de comprender a una nueva clase de inmigrante: “aquel que a pesar de su integración, es portador de una diferencia que lo singulariza con relación al resto de la población, lo cual, no implica el desprenderse de la tradición para individualizarse en la sociedad moderna, sino a la inversa, de construirse, de dar un sentido a su experiencia vivida, encontrando o reencontrando una pertenencia colectiva y puntos de referencia” (Wieviorka, 2003:127).

Este capítulo visualiza el papel que tienen en los sujetos inmigrantes los referentes de origen tanto identitarios como los de su contexto de salida, en sus procesos de integración en la sociedad de destino, referentes que en contacto con la alteridad o lo diferente –cultural y espacialmente hablando–, pueden dar lugar a adaptaciones y reconfiguraciones, pero también al mantenimiento de demarcaciones con las que constantemente se da un juego de identificación entre un nosotros frente a los otros. Dicho ejercicio no necesariamente implica situaciones de alejamiento o de exclusión, sino que reafirma la naturaleza del individuo por construir su particularidad en relación con los otros, aspecto que en situación de inmigración se traduce en mantener un vínculo, a través de los límites simbólicos, de la nostalgia y de las prácticas, con aquello que se dejó atrás físicamente, sin dejar de ser parte del lugar actual, creando negociaciones entre uno y otro referente, y a la vez, una suerte de doble adscripción o doble pertenencia.

CAPÍTULO II. LA MIGRACIÓN EN VENEZUELA Y EL CONTEXTO DE TIJUANA

Este capítulo tiene como propósito situar el contexto de origen y destino de la migración venezolana para exponer el panorama socio-económico y político del que proceden los inmigrantes de este país sudamericano y posteriormente ubicar el marco en el que actualmente desenvuelven sus vidas cotidianas, es decir, la sociedad receptora donde se localiza este estudio. Para ello, en primer lugar se exploran algunos datos relevantes sobre Venezuela, que permiten situar al país y sus condiciones de manera general.

En el segundo apartado se desarrolla una aproximación histórica del fenómeno de la migración en Venezuela, a fin de ofrecer un antecedente sobre las dinámicas que han marcado a esta nación petrolera. Se hace énfasis en su vocación tradicional como país receptor de extranjeros atraídos por su amplia oferta laboral a partir de los años treinta del siglo pasado, así como en los cambios estructurales que se fueron dando desde la década de los ochenta y que propiciaron su giro hacia la emigración, un fenómeno que según varios estudios ha ido en aumento en la última década, pues ha conllevado a la salida de venezolanos hacia distintos países del mundo, especialmente Estados Unidos y España. Aunque debe tenerse en cuenta que en la decisión de emigrar también intervienen factores personales y circunstancias particulares de los sujetos, este contexto ayuda a comprender las tendencias generales de este fenómeno, así como el perfil de quienes han optado por dejar Venezuela y las expectativas que se forjan fuera de él.

Luego se introduce al caso de los venezolanos en México, otro de los destinos elegidos por esta emigración, y donde Venezuela ya está entre los diez primeros países de procedencia de los nacidos en el extranjero que aquí residen; y finalmente, en el último apartado, se sitúa el contexto en el que se desarrolla este trabajo de investigación: Tijuana, ciudad que por su condición fronteriza y su conformación poblacional producto de la inmigración interna e internacional, ha configurado una sociedad receptora proclive a la convivencia con la diferencia cultural, aspecto que resulta relevante al analizar el proceso de integración de los foráneos.

2.1. Lugar de origen. Datos generales de Venezuela

La República Bolivariana de Venezuela (nombre oficial), con una superficie de 916,445 kilómetros cuadrados, está situada en el extremo norte de América del Sur, donde el continente se encuentra con el Mar Caribe, el cual baña las costas del Norte del país; limita al Sur con Brasil y Colombia, el Este con la República de Guyana y el Océano Atlántico, y al Oeste con Colombia. Su estructura organizativa está conformada por el Distrito Capital (Caracas), 23 estados y otras dependencias federales formadas por un conjunto de 311 islas, cayos e islotes, así como una Zona en Reclamación, espacio que se disputa hace más de un siglo con Guyana. Además, ejerce soberanía sobre unos 860.000 kilómetros cuadrados del mar Caribe y del Océano Atlántico.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadísticas (INE), la población de Venezuela es de 29.9 millones de habitantes, distribuida en 88.8 por ciento en el área urbana y 11.2 por ciento en el área rural, siendo la edad mediana de la población de 27.1 años y la esperanza de vida de 74 años. Está compuesta principalmente por mestizos y le siguen blancos, negros e indígenas, además de que posee una gran diversidad cultural por el importante componente de inmigrantes extranjeros que posee, como se verá más adelante. Según el Censo Nacional de Población 2011, 75.43 por ciento de venezolanos son considerados no pobres, mientras que 24.57 por ciento son pobres (6.97 % de ellos en pobreza extrema).

Además de Caracas, otras ciudades importantes son Valencia, Maracaibo, Maracay, Mérida, Barquisimeto, Ciudad Bolívar y San Cristóbal. Su idioma oficial es el castellano, aunque persisten algunas lenguas indígenas; y su moneda es el bolívar fuerte, la cual respecto al dólar tiene actualmente cuatro cotizaciones diferentes a raíz de una política de control cambiario que mantiene el gobierno desde el año 2003.¹⁹

¹⁹ Las cuatro cotizaciones son: la oficial, de 6,30 bolívares por dólar, con la que Venezuela realiza importaciones de productos esenciales (medicinas y alimentos); el Sistema Cambiario Alternativo de Divisas o Sicad 1, de casi 11 bolívares, con fluctuación semanal, el cual se emplea para las remesas, compras por Internet y para los viajeros que salen del país y necesitan dólares, pero los montos están limitados según las actividades (turismo, estudios, entre otras); el Sicad 2, que entró en vigencia en marzo de 2014, de entre 20 y 50 bolívares por dólar en promedio, que habilita la compra de dólares para ahorro a particulares; y el “dólar negro o paralelo”, no regulado por el Estado, que llega a cotizarse en casi 70 bolívares atendiendo a la oferta y la demanda y sirve de referencia en los comercios, lo cual ha contribuido a la alta inflación y escasez de productos que experimenta la sociedad venezolana.

Se trata de un país en el que están presentes los climas tropical, subtropical y templado, hasta llegar a los pisos de páramo y gélidos en las cimas andinas, lo que le confiere una flora y fauna variada. Su sector agrícola y ganadero se sustenta especialmente del arroz, café, maíz, caña de azúcar, plátano y productos derivados de la leche; mientras que sus recursos naturales principales son el petróleo, gas natural, hierro, oro, bauxita, otros minerales y la producción de energía hidroeléctrica; y sus industrias destacadas la de petroquímicos, refinación de petróleo, hierro y acero; aluminio, textiles, equipos de transporte y ensamblaje de automóviles.

El petróleo, no obstante, es la base de su economía: llega a constituir más del 90 por ciento de los bienes que vende el país; es el primer exportador de crudo de Sudamérica y tiene las mayores reservas de petróleo certificado del mundo en la extensa área de la Faja del Orinoco. Las operaciones de este sector están focalizadas en la estatal Petróleos de Venezuela (Pdvsa) desde 1974, cuando se nacionalizó el sector petrolero y gasífero, de ahí que, como explica Acosta (2006: 48): “Venezuela es sinónimo de petróleo. El petróleo forma parte de todos los órdenes de la vida del país. Por tanto, muchos de los procesos que se estudian en nuestro contexto, por no decir todos, llevan en su historia el efecto de este recurso no renovable”. Hablar de Venezuela, en general, es un tema de referencia actual por las transformaciones sociales, económicas y políticas que ha venido experimentado el país en los últimos tiempos, cambios que no solo han impactado en su interior, sino también en la región y más allá del continente, y entre los cuales, la migración es un aspecto de importancia histórica y coyuntural, como se verá a continuación.

2.2. Emigrar de Venezuela, un fenómeno reciente.

Durante la mayor parte del siglo XX, Venezuela se situó en la mirada internacional como un país que recibía inmigrantes de distintas partes del mundo por las oportunidades laborales que produjo su economía. En particular en la década de los 30, el país enfrentó modificaciones sin precedentes en su historia debido a la aparición del petróleo y el desarrollo de esta industria, lo que introdujo cambios que no se habían logrado antes a nivel urbano, provocando un gran desplazamiento demográfico del campo hacia las ciudades (Acosta, 2006:50). La llegada de inmigrantes extranjeros se empezó a dar en esos años con una política de “puertas abiertas” trazada por el gobierno militar del General Eleazar López Contreras, quien promulgó una Ley de Inmigración y Colonización en 1936 para llevar a cabo un Plan Global de Modernización

Económica que requirió trabajadores provenientes de Europa a fin de cubrir necesidades de mano de obra en distintos sectores.

Estudios reseñan que este país cobijó a los republicanos españoles que huían de la España franquista, pues demandaba fuerza laboral especializada, y también que después de la Segunda Guerra Mundial se registró una de las más importantes oleadas de inmigrantes en el país, compuesta de extranjeros del sur de Europa: españoles (un gran número de Canarias y Galicia), italianos y portugueses, quienes en busca de mejores días en la posguerra optaron por desplazarse a distintos países, entre ellos Venezuela, ocupando plazas disponibles especialmente en la agricultura y la construcción. Posteriormente, en 1959 y bajo un régimen democrático, se consolidó la entrada de profesionales, académicos y científicos de varios países del mundo, particularmente de Latinoamérica, entre los que destacan los cubanos que llegaron tras los acontecimientos políticos de la isla (Maestres, 2011; De la Vega, 2003; González Ordosgoitti, 1991).

La segunda gran ola migratoria se registró en los años setenta, por la bonanza económica que produjo una escalada en los precios internacionales del petróleo (el barril de crudo pasó de 2 a 12 dólares) lo que creó más oportunidades de invertir en la modernización industrial y urbana en Venezuela. Esto generó la promoción de nuevas políticas migratorias para atraer más profesionales y trabajadores especializados en esa área y tuvo su mayor impulso tras la llegada al poder de Carlos Andrés Pérez, en 1974 (Pellegrino, en Clark, 2011; Castillo, 2006). Los principales polos de atracción de esta “inmigración selectiva” fueron Caracas, la ciudad capital; los estados petroleros de la Costa y los yacimientos de minerales en el sur-este del país, donde “el escenario era de casi pleno empleo, una fuerte moneda, baja inflación y salarios extremadamente competitivos que en muchos casos igualaban a los de países desarrollados” (Pellegrino, en Clark 2011: 7).

Producto de las dictaduras en el Cono Sur, inmigrantes de Argentina, Uruguay y Chile que enfrentaban problemas económicos y persecuciones políticas, encontraron en Venezuela su segunda patria. Así, la población se triplicó entre los censos de 1970 y 1980 (Maestres, 2011) y la inmigración asumió rasgos de carácter masivo en esa década. “Los colombianos y portugueses seguían siendo las nacionalidades más predominantes, pero ya era creciente la

inmigración de otros países latinoamericanos, encabezada por chilenos, argentinos, ecuatorianos, dominicanos, peruanos y uruguayos; en sí, los latinoamericanos representaban la mitad o más de la inmigración, en lugar de los europeos” (González Ordosgoitti, 1991: s.p.).

Hasta principios de los ochenta era tal el auge económico (con un barril de petróleo que alcanzaba los 30 dólares) que el poder adquisitivo de los venezolanos permitía el incremento de los viajes de turismo hacia el exterior, especialmente a Miami; así, “mientras los nacionales invertían las divisas en dólares en la Florida, los inmigrantes latinoamericanos llegaban con las ansias de conseguir estabilidad económica” (Castillo, 2006). Pero la situación empezó a revertirse en los años siguientes. Con declives en el precio del petróleo y la caída del salario real de manera sostenida, el gobierno tomó medidas como devaluar la moneda, el 28 de febrero de 1983, hecho conocido como “el viernes negro”; y adoptó políticas públicas que condujeron al endeudamiento del Estado, generando que el país se vuelva menos atractivo y ello empezó a reflejarse en la emigración (De la Vega, 2003). Así, los flujos migratorios desde Europa se desaceleraron y comenzó a darse un proceso de retorno a sus lugares de origen por parte de los extranjeros que habían llegado en décadas anteriores: los latinoamericanos, sobre todo los del Cono Sur, regresaron a sus países tras el inicio de un proceso de democratización en ellos, mientras que en los europeos el retorno encontró justificación en las mejores condiciones que ofrecían sus países, ahora parte de la Unión Europea (Di Brienza, 1997).

En 1989, durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, la aplicación de políticas económicas recomendadas por el Fondo Monetario Internacional (congelación de salarios, reducción del gasto público, entre otras), desencadenaron una revuelta social en Caracas, el 27 de febrero, conocida como “el caracazo”, que dejó pérdidas humanas y materiales incuantificables. Al respecto, González Ordosgoitti (en Castillo, 2006:29) considera que a raíz de 1983 se explicitaron las características reales de la economía venezolana, siendo “el caracazo” la reafirmación de esta situación, pues hizo tambalear la noción de “futuro feliz” que predominaba en la sociedad de Venezuela.²⁰ Posteriormente, el 4 de febrero de 1992, el intento de golpe de Estado contra el presidente Pérez mostró un claro deterioro del sistema político y contribuyó al surgimiento de otro fenómeno: la salida de profesionales venezolanos

²⁰ Al respecto, De la Vega (2003) explica que las proyecciones de crecimiento de la sociedad venezolana fueron desmesuradas hasta los años 80, producto de una “economía artificial” que se generó por una dependencia del petróleo, lo que elevó la renta del Estado y creó falsas expectativas en la población.

en busca de oportunidades laborales. Es así que la emigración de este país se considera un fenómeno reciente y acentuado en la clase media.

El venezolano, señalan Mateo y Ledezma (2006), nunca tuvo tradición cultural de emigrante y por lo general los movimientos migratorios eran circunstanciales y temporales, de ahí que en su memoria económica, social y política, la sociedad venezolana no tenía la vivencia de la migración internacional, es decir, aquella que implica el abandono del lugar de origen por un período de tiempo prolongado o indefinido. Este fenómeno, sin embargo, se acentuó en la última década (2000-2010), entre otras razones, por una crisis, además de económica y política, de tipo social e institucional que ha gestado un cambio en las pautas migratorias de los originarios de ese país, quienes se habían caracterizado por una baja predisposición a migrar al exterior.

Guardia (2008), quien estudió la salida de venezolanos entre 1998 y 2007, señala que el ascenso al poder de Hugo Chávez desde 1999, contribuyó al crecimiento del proceso migratorio venezolano, ya que “la emigración era un fenómeno que se presentaba de manera muy esporádica, pues los venezolanos consideraban que su nivel de vida futuro no estaba en riesgo”. Añade que la gestión gubernamental del mandatario “generó en el ciudadano de clase media y alta un sentimiento de amenaza en cuanto a la seguridad e integridad de sus intereses, por lo cual optó por huir a otro país” (Guardia, 2008: 190).

Como antecedentes que pudieron propiciar el éxodo de venezolanos durante el gobierno de Chávez, Freitez (2011) explica que en el 2001, a través de una Ley Habilitante (que permite al Presidente legislar sin límites), se aprobó una nueva Ley de Hidrocarburos y Ley de Tierras junto con otras 46 leyes que contribuyeron a intensificar el clima de conflictividad política entre el gobierno y los sectores de oposición, con algunas manifestaciones extremas, como un paro petrolero en diciembre de 2002 que duró 62 días; así como un golpe de Estado en abril de 2003 que significó la separación transitoria del mandatario de su cargo. En el 2004 se llamó al país a un referendo revocatorio del mandato del Presidente, del cual Chávez salió victorioso, y en el 2006 fue reelecto para un segundo período de gobierno.

Fue entonces que empezaron represalias contra quienes representaban una oposición para el proyecto político: casi 20 mil trabajadores de la compañía estatal Petróleos de Venezuela S.A. (Pdvsa) y su filial dedicada a investigación y desarrollo, fueron despedidos por el Gobierno e inhabilitados para trabajar en cualquier empresa estatal o que contrate con el sector público; también hubo una persecución contra ciudadanos que firmaron a favor del referendo revocatorio de Chávez, pues los nombres de esas personas se difundieron en una lista para excluirlos de trabajos y beneficios sociales (lista Tascón), así que en ambos casos, muchos optaron por dejar Venezuela, siendo un alto componente profesionales y gente de clase socioeconómica media (De la Vega, 2003; Freitez, 2011:17).

A estos hechos Freitez suma la ejecución de un Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013, que introdujo directrices para el desarrollo de un Modelo Productivo Socialista;²¹ una enmienda constitucional que permite la reelección indefinida del Presidente y de todos los cargos de elección popular y otras políticas que han mantenido al país en una intensa conflictividad y polarización política y social, y en donde la violencia se ha convertido en uno de los problemas más graves.²² En consecuencia, aunque algunos indicadores mostraron cambios favorables entre 2003 y 2008, gracias a una nueva escalada de los precios del petróleo a nivel mundial, “no se tienen evidencias de la recuperación de Venezuela como país de atracción para la migración internacional”; sino que, al contrario, “el volumen de nacidos en Venezuela residentes en el exterior registró un alza entre 2005 y 2010, de 378 mil a 521 mil emigrantes” (Freitez, 2011:18), situándose entre las razones más frecuentes para dejar el país el no visualizar oportunidades de desarrollo individual y el temor ante la inseguridad personal (Mateo y Ledezma, 2006).

Uno de los principales destinos de la emigración venezolana ha sido Estados Unidos. Según el proyecto IMILA unos 33 mil venezolanos residían en ese país a la fecha del censo de

²¹ Dicho modelo implica una amplia presencia del Estado en la economía, rechazo a las privatizaciones y ejecución de políticas asistencialistas, conjugado con la ideología del Socialismo del Siglo XXI que plantea un Estado bolivariano anticapitalista. Véase en Trenado, M. H. (2008). *Venezuela: izquierda, populismo y democracia en tiempos de Chávez*, pp. 20-25.

²² La autora cita datos del Mapa de la Violencia Juvenil en América Latina, que ubican a Venezuela, después de El Salvador y Colombia, entre los cinco países que registran las tasas más altas de homicidios entre la población de 14 a 25 años.

1980.²³ La cifra ascendió a 42 mil en 1990 y para el 2000, los empadronados en ese país eran 107 mil. El Banco Mundial estimó que en 2005 había 130 mil nacidos en Venezuela residiendo en los Estados Unidos, y en 2010, se calculó que eran casi 172 mil. Así, se ha registrado que en el curso de dos décadas, a 49,513 venezolanos que emigraron les fue otorgada la nacionalidad estadounidense, 27 mil de los cuales la obtuvieron entre los años 2005 y 2010 (Freitez, 2011: 20-22).

En cuanto al perfil de los que se fueron, el National Science Foundation de los Estados Unidos daba cuenta de que en 2001, 8,800 venezolanos se encontraban trabajando en el país en actividades de ciencia y tecnología, y de estos, más de 7 mil estaban laborando en empresas o industrias (Núñez en Clark, 2011). Guardia (2008) también menciona que entre los que tomaron la residencia permanente en los Estados Unidos figuran en los primeros lugares investigadores y académicos, que constituyen la llamada “fuga de talentos”, sobre la cual se han hecho eco varias publicaciones en ese país; mientras que otro grupo lo conforman quienes recibieron asilo político, entre ellos algunos de la “lista Tascón”.

España es el segundo destino de los venezolanos por las facilidades ligadas a las afinidades culturales y a los nexos establecidos a través de los antecedentes de la inmigración española en Venezuela. Según el censo español de 1991, estaban empadronados 42 mil nacidos en Venezuela en el país ibérico, y esa cifra se elevó a 67 mil en el 2001; para el 2003 entró en vigor en España una normativa que facilitaba el proceso de reconocimiento de la ciudadanía a los descendientes de antiguos inmigrantes españoles en Latinoamérica, lo que puede haber motivado el ingreso de estos sudamericanos en ese país, de tal modo que para el 2010, el Banco Mundial reporta que había 164 mil venezolanos residiendo en España (Freitez, 2011). Esta emigración presenta un alto componente de personas con nivel educativo superior a la escuela básica y con edades comprendidas entre los 25 y 44 años, “población económicamente activa, con formación, que puede calificarse como fuga de capital humano” (Mateo y Ledesma, 2006: 263).

²³ IMILA es Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).

Otros emigrantes se establecieron en Portugal, Italia, Australia y Canadá (Freitez, 2011), mientras que dentro de Sudamérica, se incrementó el flujo de venezolanos hacia su vecino Colombia, el cual históricamente ha expulsado emigrantes hacia Venezuela. En Colombia, para el 2005 había 37 mil venezolanos, pues muchos, hijos de padre o madre de nacionalidad colombiana empezaron a emigrar allá “por la poca garantía social y de seguridad en lo personal y en lo jurídico que se vive en Venezuela”, reseña Echeverry (2011: 21), quien además explica que en 2005 repuntó este fenómeno cuando comenzaron a llegar expertos petroleros que habían sido despedidos de Pdvsa, y que para 2011, el DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) entregaba en promedio 46 cédulas de extranjería a venezolanos residentes cada día.

2.3. México como destino venezolano

Los venezolanos se encuentran entre los grupos de mayor inmigración reciente en México, a pesar de su bajo volumen total, reseña Rodríguez Chávez (2010: 116), al situarlos junto a los grupos de coreanos, brasileños y japoneses que incrementaron su comunidad en un 40 por ciento o más en los años previos al 2000 en este país. En las estadísticas históricas del Censo Nacional de Población y Vivienda de México (INEGI, 2009) se puede observar una incipiente presencia de venezolanos en la década de los 70 (eran 805); ésta aumentó en el año 2000 a 2,823 inmigrantes y a partir de ahí se ha observado un aumento de esta población extranjera, pues en el censo 2010 se registraron 10,063 personas originarias de ese país.

De hecho, Venezuela se ubica actualmente dentro de los diez primeros países de origen de los nacidos en el exterior que residen en México, al ocupar el octavo puesto²⁴ después de Guatemala, España, Colombia, Argentina, Cuba y Honduras, y muy por debajo de los Estados Unidos que está en el primer lugar (INEGI, 2011). La mayor concentración de venezolanos, de acuerdo con el Censo 2010, está en el Distrito Federal, seguido de los estados de Campeche y Tabasco, donde superan los 2 mil y mil habitantes, respectivamente. Así, hay referencias de prensa sobre venezolanos que llegaron a la Ciudad de México por razones de empleo, en busca

²⁴ El censo de registros administrativos del Instituto Nacional de Migración, efectuado en octubre del 2009, también ubica a Venezuela en el puesto ocho, pues registra que hay 10,067 venezolanos con una forma migratoria vigente. Véase en Rodríguez Chávez E. y Cobo, S. (2012) *Extranjeros residentes en México: una aproximación cuantitativa con base en los registros administrativos del INM*, p. 25.

de seguridad y de desarrollo personal, en los que se indica que en 2007 eran 263; que para 2010 inmigraron 1,664, y que el siguiente año fueron 1,283; y que por cada permiso de trabajo que obtuvo un venezolano, otro fue para al menos un familiar²⁵; otras notas periodísticas se refieren a inmigrantes laborales en Tabasco que trabajan para empresas del sector petrolero²⁶; y otras dan cuenta de su presencia y participación en concentraciones de protesta en torno a la situación política de su país en destinos mexicanos como Veracruz, Puebla, Guanajuato, Jalisco, Quintana Roo y Nuevo León.²⁷

En ésta última, un estudio etnográfico titulado *“Evolución de los procesos adaptativos de los migrantes venezolanos radicados en Monterrey de 1978 – 2010”*, señala que allí residen entre 450 y 600 venezolanos, y que la llegada de esta población ha estado marcada por tres etapas: la de predominio estudiantil (1978-1988), la de predominio de “expatriados” (1989-1999), y la de los llamados “paracaidistas” (2000-2010). Se explica que la primera etapa se dio por la percepción de los estudiantes venezolanos de que su país, en el aspecto socioeconómico, no ofrecía condiciones favorables para cursar una carrera profesional, así que optaron por terminar sus estudios en el exterior, siendo instituciones como el Instituto Tecnológico de Monterrey una de sus opciones.

En cuanto a la segunda etapa, la comunidad venezolana define como “expatriado” al individuo que es contratado por una empresa foránea y sale de Venezuela; por lo regular, estos inmigrantes ocupan puestos directivos o son técnicos altamente cualificados que disfrutan de un alto poder adquisitivo y, por tanto, de un elevado status socioeconómico. El “paracaidista”, en cambio, es un individuo que se presenta en un lugar sin haber sido invitado, sin un fin específico, que llega con sus propios recursos y busca empleo por su cuenta. “Regularmente realiza un primer viaje solo, en algunos casos con su pareja. Su interés es conocer la ciudad, ver algunas oportunidades de trabajo, ubicar un lugar de vivienda y en el caso de que tenga familia con hijos, buscar una escuela para que cursen sus estudios. Posterior a este primer encuentro con la sociedad de acogida, regularmente regresan a Venezuela por la familia para

²⁵ Véase <http://mexico.cnn.com/mundo/2014/04/17/cada-ano-mas-venezolanos-dejan-su-pais-en-busca-del-sueno-mexicano>

²⁶ Véase <http://www.tabascohoy.com/2/notas/index.php?ID=161903>.

²⁷ Véase <http://www.excelsior.com.mx/nacional/2014/02/21/944955>

venir a residir a tierras regias”, incluso algunos en la actualidad se han convertido en empresarios, fundando su propia compañía (Rodríguez, 2012: 50-76).

Los motivos de desplazamiento expresados por los entrevistados, en especial de la década reciente, tienen relación con la expectativa de una mejor calidad de vida y con la crisis sociopolítica de Venezuela, pues indican que se mudaron a Monterrey debido a que su país no es el mejor lugar para vivir. Así, “la crisis no es percibida solo como política, sino como una crisis cultural, educativa, laboral, económica y hasta de valores” (*Ibíd.*: 78). Respecto a sus vidas en la ciudad, el estudio refiere que a través de una integración intracomunitaria, los venezolanos recrean sus tradiciones para preservar su cultura de origen, al participar en celebraciones como “la parranda navideña”, donde ponen en práctica su gastronomía y rememoran sus gustos musicales; también se ha creado un mercado nostálgico de productos de ese país que es surtido por connacionales; y además, menciona Rodríguez (2008), la mayoría optó por la integración a la sociedad receptora, en el sentido de que comparten con ambas culturas, la venezolana y la regiomontana, sus tiempos de ocio y laboral.

En cuanto a Tijuana, Baja California, donde se localiza el presente trabajo de investigación, hay más de 300 personas nacidas en Venezuela, según el último censo de población; pero como se explicó al inicio de esta tesis, la elección de estos extranjeros como caso de estudio no responde a una representatividad numérica, sino a que son parte de una emigración reciente y a que desarrollan dinámicas para expresar su identidad, visibilizarse e integrarse en la sociedad receptora. A su vez, la importancia de desarrollar esta investigación en Tijuana responde a las particularidades de esta ciudad, catalogada en forma reiterada como lugar de tránsito de aquellos que buscan el llamado “sueño americano”; de ahí que es necesario comprender el contexto en el que habitan y desenvuelven sus vidas cotidianas aquellos que no están de paso.

2.4. Tijuana, ciudad que convive con lo foráneo

Tijuana, situada en el extremo Noroeste de México, se ha definido durante décadas por su condición fronteriza y por su aislamiento respecto al centro del país, por estar geográficamente situada en el punto más lejano del Distrito Federal, así como por su dinámica

de intercambio no solo económico, sino también sociocultural con su vecino Estados Unidos (Solís, 2009). Al respecto, varios autores coinciden en señalar que las fronteras –en alusión a las del norte de México– son sitios donde se convive con la otredad cultural, ya que tienen el privilegio de ser lugares de encuentros y desencuentros de culturas, lugares que llevan a la reflexión de las diferencias y de las identidades en confrontación; es decir, del sentido de lo que se es y de lo que se opta por ser, de la mismidad y de la continuidad, al situarse en una región en la que entran en comunicación varias sociedades, grupos étnicos o modos de producción diferentes (Bustamante, 2012; Ceballos, 2003; Salas, 2005).

Como explica Ceballos (1997), en la frontera se dan una serie de relaciones derivadas de la alteridad, la asimetría y los encuentros que provoca el hecho de ser puerta de paso hacia otra sociedad y cultura. No obstante, esos encuentros y confrontaciones que parecieran explicarse únicamente en relación con los Estados Unidos, “donde culturalmente hablando, lo mexicano es lo no-gringo” (Bustamante, 2012), van mucho más allá de su interacción con esta vecindad geográfica, pues en este espacio subyacen múltiples realidades que permiten refutar las posiciones homogeneizantes que creen que lo estadounidense es el único referente de alteridad para todos los fronterizos (Valenzuela, 2003: 63).

Para llegar a este último punto, primero hay que recordar que Tijuana, por su posición estratégica, se convirtió en la ciudad de paso más importante para cruzar a los Estados Unidos, proyecto final al que miles de migrantes han aspirado por décadas con la intención de integrarse a su mercado productivo. En principio, en los años 40, fue como consecuencia del Programa Bracero mediante el cual la economía estadounidense demandaba mano de obra mexicana para suplir la falta de fuerza laboral de ese país que participaba en la Segunda Guerra Mundial, provocando que muchos se desplazaran hacia Tijuana en espera de emplearse en los Estados Unidos. Después, al término de este programa, el retorno de los braceros hizo que muchos que entraron por esta ciudad fronteriza terminaran asentándose aquí definitivamente alimentando la esperanza de volver a trabajar en el vecino país.

Como explica Montezemolo (2006: 102-103) a nadie parecía interesarle la ciudad si no fuera por su conexión con ‘el otro lado’, como llaman los fronterizos a Estados Unidos; sin embargo, con el paso del tiempo esta creencia común ha sido contrastada por las estadísticas

que empezaron a contar una historia nueva: la de Tijuana como ciudad de destino, elegida por su alta tasa de empleo o como destino equivocado [pensado como temporal, pero que se vuelve permanente], y cuya cercanía a lo estadounidense ya no es la única razón de la presencia de la gente en su suelo. Fue a partir de la década de los 60, con el desarrollo de la industria maquiladora y su consolidación en los 70, que esta localidad se convirtió en tierra de oportunidades a la que han llegado emigrantes de otras regiones de México atraídos por las condiciones favorables de ocupación laboral que ofrecía.

Entre los factores que representaron un estímulo para establecerse en Tijuana, Delgado (1996) identifica: 1) que el ingreso promedio que percibía el trabajador en esta ciudad era más alto que en el resto de la República, lo que también se evidenció en los puestos de trabajo para técnicos y profesionistas; 2) que las relaciones económicas y productivas de la urbe al estar impregnadas de la continuidad con Estados Unidos, derivaron en mayores alternativas de empleo y mejores ingresos; y 3) que la elevada presencia de residentes que alguna vez fueron inmigrantes, generó redes de amistad o parentesco que han permitido a un sector de los recién llegados contar con apoyos para su inserción en esta comunidad nortea.

La migración interna, entonces, se convirtió en el pilar del crecimiento demográfico y sociocultural de Tijuana, con población procedente de Sinaloa, Jalisco, Oaxaca, Distrito Federal, Puebla, Hidalgo, Michoacán, Veracruz y de otras regiones del país, y esto ha coadyuvado a que sea representada como una ciudad abierta, joven –tiene apenas 124 años de fundación– y con una vida urbana diversa por poseer un perfil socio-espacial de múltiples otredades dentro de su territorio.²⁸ Por consiguiente, la vida en esta frontera ya no tiene solo que ver con la idea efímera de paso o de pasajero, porque se ha forjado “una sociedad que intenta llenar la vida fronteriza de sentido, una historia de mujeres y hombres que han construido e inventado otra frontera que, a contrapelo y divergente, corre paralela a la de la leyenda negra²⁹; otra sociedad que vive y muere en la frontera, que ahí educa a sus hijos, que encuentra sus propios espacios y propios tiempos para crear su cultura” (Ceballos, 2003:73).

²⁸ Se basa en estadísticas de que la población en Tijuana pasó de 283,951 personas en 1970, a 435,454 en 1980. También Cruz Piñero y Salazar (2011) señalan que a principios de los 80, alrededor del 70% de la fuerza de trabajo estaba constituida por inmigrantes en el mercado laboral de Tijuana, y que la industria maquiladora ha sido el principal sector económico que ha absorbido una proporción importante de esa mano de obra.

²⁹ Se trata de un discurso descalificador sobre Tijuana construido en los años 20 por las actividades de entretenimiento que ofrecía a los turistas de Estados Unidos especialmente, quienes enfrentaban restricciones

Además de un componente mayoritario de población mestiza de distintas regiones del país, a Tijuana también la conforma una población indígena migrante que ha crecido en las últimas décadas –de origen mixteco especialmente–, así como una comunidad extranjera compuesta por estadounidenses asentados en la costa de la península y núcleos de población de origen chino, italiano, japonés y ruso, generando una trama intercultural en la que algunos afirman sus tradiciones; otros intentan adaptarse a una ciudad movidiza donde los signos de la proximidad del otro, el extranjero, el estadounidense, impregnan la vida cotidiana, el lenguaje y los gestos, y crean una suerte de mosaico cultural (Velasco, 2003; Solís, 2008:142).

De este modo, hay distintos referentes de alteridad en su compleja formación y no solo lo estadounidense, pues a este espacio fronterizo “de copresencia de múltiples culturas” y de “multiplicación de contactos interculturales” (Giménez, 2007:181), hay que sumar la migración internacional que a partir de los años 80 se convirtió en un fenómeno creciente. Si bien la población nacida en otro país era –y sigue siendo– predominantemente de Estados Unidos, y tradicionalmente de China, en las últimas décadas ha llegado de América Latina, tanto así que para el 2004, Alegría (2005) identificó que había cerca de 8 mil nativos de otros 35 países residiendo en esta urbe, de los cuales, más de la mitad eran del centro y sur del continente, principalmente de países como El Salvador, Argentina, Colombia y Guatemala.

Sobre los latinoamericanos, este autor destaca que pocos veían a Tijuana como su destino final, al explicar que la gran mayoría terminó aquí tras intentar y fracasar en su cruce a los Estados Unidos; que un segundo grupo lo componen quienes fueron deportados a México, de donde los servicios de inmigración estadounidense creían erróneamente que estos inmigrantes procedían; mientras que un tercer grupo optó por quedarse en el lado mexicano tras obtener un trabajo en el vecino país o una residencia que les permitiera realizar actividades laborales (*US green card*) o la ciudadanía estadounidense (Alegría, 2005: 237-238). También Marconi (2008) considera que los latinoamericanos, especialmente, son “transmigrantes” que permanecen en la ciudad a la espera de la ocasión para intentar el cruce o que al no lograrlo, se vuelven invisibles de cuantificar porque se hacen pasar por mexicanos

morales en su país, como la prohibición de la venta y consumo de alcohol. Para una explicación más detallada, véase Félix (2003) *Tijuana, la Horrible. Entre la historia y el mito*, pp. 149-164.

para “esquivar los controles migratorios”, viviendo en la total informalidad.³⁰ En estas visiones, sin embargo, se vuelve a situar la migración –esta vez internacional– hacia Tijuana bajo expectativas de transitoriedad y no como un destino final.

Según datos del Gobierno del Estado de Baja California, con base en el Censo de Población 2010, el Municipio que recibió más población foránea en el último quinquenio fue Tijuana (que posee 1.5 millones de habitantes en total), con poco más de 31 mil habitantes en ese período, siendo la mayoría de sus residentes (52.9 %) nativos de otros lugares: 48.2 por ciento, de otras entidades del país; 4.4 por ciento de Estados Unidos, y en menor medida, 0.3 por ciento de otros países (GobBC, 2001: 4). En este sentido, retomando a Alegría (2005), la diversidad de orígenes regionales y étnicos en la conformación de la ciudad ha influido en la construcción de su sentido del orden social y dado como resultado “la tolerancia o la indiferencia hacia las diferencias”. A ello agrega que en su estructura social, Tijuana ha tenido exposición permanente a las personas extranjeras, sus comportamientos y culturas por su ubicación junto a los Estados Unidos –y por la inmigración de otros países– siendo esta exposición recurrente la que ha permitido que los residentes conozcan a los extranjeros, reconozcan los matices y estén acostumbrados a interactuar con ellos, creando para los foráneos un entorno propicio para la integración, a lo que se suma el crecimiento económico de la ciudad que posibilita su inserción laboral (Alegría, 2005: 259).

Hay que añadir que esta afirmación del autor desde la mirada de la sociedad de acogida, también motivó a abordar el tema con los inmigrantes en el presente trabajo, a fin de explorar si ellos coinciden con esta percepción, atendiendo a sus vivencias en Tijuana.

³⁰ La autora se basó en datos de la encuesta sobre migración en la frontera norte de México (EMIF, 2006) que señalan que un promedio de 170 mil migrantes por año llegan a las ciudades fronterizas de Baja California (Tijuana y Mexicali) con destino a Estados Unidos, de los cuales, según estimaciones locales, el 10 por ciento serían extranjeros, lo que hace presumir que lleguen a Tijuana por lo menos 10 mil migrantes internacionales por año. De ellos, calcula que unos 4 mil no logran cruzar, lo que obtiene al cotejar estadísticas del INM (Instituto Nacional de Migración mexicano) y de la Patrulla Fronteriza (*Border Patrol*) de San Diego, sobre detenciones de “no mexicanos” durante el cruce en el año 2006.

CAPÍTULO III. VENEZOLANOS EN TIJUANA. CONSTRUYENDO LA DIFERENCIA, NEGOCIANDO LA CONVIVENCIA.

En el presente capítulo se desarrolla una primera parte de los resultados obtenidos de las entrevistas y el trabajo de campo en torno a los venezolanos en Tijuana con el fin de exponer cuáles son las diferencias que se construyen en la sociedad de acogida, como preámbulo para comprender más adelante cómo viven sus procesos de integración cultural. Atendiendo a parte de los objetivos específicos de esta investigación, en primer lugar, se exponen los antecedentes de los venezolanos en esta ciudad y la caracterización de estos sujetos, donde cabe señalar que al haber escasa información documentada en lo académico, se recurrió especialmente a fuentes periodísticas y se emplearon datos recabados de la muestra de estudio. Una vez ubicados en el contexto de Tijuana, se ofrece un perfil de quiénes son los venezolanos, sus motivos para emigrar y escoger esta urbe, y en ese sentido, se elaboran sus trayectorias migratorias tomando como dimensión de análisis sus biografías personales, pues son un componente clave en su demarcación identitaria.

En el siguiente apartado, se aborda la construcción de la diferencia desde una dimensión socio-espacial, donde se verán las distinciones que hacen los venezolanos en torno al contexto de Tijuana, elaboraciones en las que entran en juego comparaciones entre los referentes de su lugar de origen y aquellos que se les presentan en el sitio donde desenvuelven su vida actual, como parte de su búsqueda de sentido. Esta sección se subdivide en tres subapartados en los que se identifican algunas percepciones y aprendizajes que experimentan los inmigrantes entrevistados en cuanto al paisaje y a las dinámicas de la ciudad.

A continuación, en el tercer apartado se trata, desde una dimensión simbólica, las fronteras que identifican los sujetos de estudio a partir de su interacción social en Tijuana, y para ello se exploran, por un lado, los atributos particularizantes, esto es, las elaboraciones subjetivas que surgen de la autoadscripción, de la distinción de “el otro” y del reconocimiento desde la mirada externa de sus rasgos caracteriológicos; y por otro, los estilos de vida, donde intervienen los hábitos de consumo. Ambos aspectos se desarrollan a través de siete subapartados que surgieron de los relatos de los venezolanos y que reflejan algunas negociaciones, resistencias y adaptaciones en su convivencia. Finalmente, se hacen reflexiones en torno a este capítulo y a su articulación con la integración cultural.

3.1. ¿Quiénes son? Trayectorias migratorias de los venezolanos en Tijuana



Gráfica 1. Venezolanos con su bandera al pie de la Plaza Santa Cecilia, en la avenida Revolución, Tijuana, en febrero de 2014. Foto: archivo particular.

La inmigración de venezolanos en esta ciudad fronteriza mexicana tiene escasos antecedentes que se remontan apenas a la última década, pues si bien en el Censo de Población y Vivienda 2000 se contabilizaban 2,823 nacidos en ese país en México, no figuran datos de residentes en Baja California, así como tampoco se hace mención a ellos en el estudio sobre la integración de los extranjeros en Tijuana de Alegría (2005), que se basó en esa estadística oficial y del cual se hizo referencia en el capítulo anterior.³¹ Es apenas en el Censo de 2010 que se registran 372 originarios de Venezuela en este Estado, mientras que en los datos del Instituto Nacional de Migración (INM) sobre extranjeros residentes con una forma migratoria vigente, actualizados hasta el 2009, consta que hay 98 venezolanos en Baja California, cifra que se basa en cuántos foráneos obtuvieron por primera vez o renovaron su forma migratoria ese año, por lo que los naturalizados, los residentes permanentes o inmigrados y posibles indocumentados escapan de su conteo.

³¹ En este estudio solo se mencionan de América Latina, a inmigrantes de Argentina, Colombia, Guatemala, Honduras, Chile, Nicaragua, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Perú, Brasil, Panamá y Puerto Rico.

En este estado tampoco existe un consulado u oficina de representación de Venezuela que disponga de datos sobre sus inmigrantes, pero es a través de información recopilada de periódicos locales que se conoce que en 2007 surgió el interés de un grupo de residentes de este país sudamericano por conformar una agrupación con fines culturales denominada ‘Asociación de Venezolanos Radicados en Tijuana’; dicha iniciativa se empezó a concretar en septiembre de 2008 a través del portal de internet www.venezolanosentijuana.org. El propósito de esta página web era contactar a los connacionales a fin de congregarse para organizar encuentros y mantener vigentes sus tradiciones, además de brindarse apoyo en trámites legales, afirmó entonces Daniel Blanco, representante de esa asociación, quien para ese año estimaba que en Tijuana había más de 50 venezolanos en esta ciudad; sin embargo, este espacio virtual se mantuvo en línea solo durante un año, por falta de seguimiento y financiamiento del sitio, según testimonios de informantes de esta investigación.³²

En abril de 2008, Blanco participó como conferencista en el seminario “La inmigración en Tijuana” organizado por El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) y el Observatorio Experimental sobre las Migraciones Internacionales en las Áreas Urbanas de América Latina. En su ponencia sobre los venezolanos y su experiencia como inmigrantes en esta ciudad, él expuso que sus connacionales no se concentran en una colonia o sector específico de Tijuana, sino que están esparcidos en diversos lugares de esta localidad; además recalcó que la mayoría de venezolanos radicados aquí llegaron siendo profesionistas y que algunos vinieron por contratos laborales y otros porque contrajeron matrimonio con mexicanos.³³ Al hacerse para esta investigación una búsqueda y seguimiento de información sobre esta población extranjera en los medios de comunicación locales, se encontró que los venezolanos han tenido apariciones en los últimos dos años, especialmente, dando sus testimonios sobre la situación política y social que atraviesa su país. En ciertos reportes, inclusive, se menciona que en la comunidad venezolana de esta ciudad hay ingenieros, enfermeras, boxeadores profesionales y propietarios de negocios³⁴.

³² Las notas se publicaron en los diarios El Mexicano y El Sol de Tijuana en mayo de 2007 y octubre de 2008.

³³ El audio de este seminario está disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=gHtwCWkAuB4#t=3>

³⁴ Los testimonios de los venezolanos en Tijuana se han generado en eventos claves de ese país, como la muerte del presidente Hugo Chávez, en marzo del 2013, y más recientemente por las protestas contra el gobierno de Nicolás Maduro desde febrero de 2014. Véase en http://stmedia.net/venezolanos-de-la-frontera#.U10_5IWSzO1 y <https://www.youtube.com/watch?v=R6knGY-JNEM>

El grupo de informantes de esta tesis, como se aprecia en el cuadro, coincide en su mayor parte con esta tendencia, al haber un alto componente de profesionistas.

Cuadro 2. Caracterización de los venezolanos

Nombre*	Edad	Tiempo en Tijuana	Profesión/ocupación
1. Lucas	38	5 años	Entrenador/ profesor de deportes.
2. Lauro	49	9 años	Administrador de empresas/ administra restaurante y dueño de una distribuidora de productos naturales.
3. Franco	45	13 años	Administrador de empresas/ Dueño de un restaurante y de una cooperativa de taxis.
4. David	44	10 años	Comerciante y también repara electrodomésticos.
5. Ivo	39	7 años	Administrador Industrial/ vendedor área construcción
6. Mauro	32	6 años	Ingeniero en Sistemas/ Programador
7. Wilfred	33	1 año y 5 meses	Técnico en Sistemas
8. Harry	39	6 años	Ingeniero, especialista en física óptica/Dueño de una Óptica, <i>Sommelier</i> .
9. Joe	23	3 años	Boxeador profesional, categoría medio
10. Susana	39	9 años	Ingeniera industrial/Dueña de un <i>Spa</i>
11. Yazmín	33	6 años	Abogada/ Documentalista en la Cineteca del Cecut
12. Denisse	30	10 años	Abogada/ socia de un despacho legal
13. Glenda	60	3 años	Docente jubilada
14. Gina	36	10 años, 7 meses	Arquitecta
15. Marina	42	11 años	Administradora de Bienes Raíces y Licenciada en Enfermería

(*) Se emplearon seudónimos para preservar la confidencialidad de sus datos.

Fuente: Entrevistas a 15 venezolanos residentes en Tijuana, Baja California, 2013-2014.

A sus características de profesión u ocupación en Tijuana hay que añadir la condición de inmigración en que se encuentran en esta ciudad, pues de acuerdo con sus relatos biográficos, la mayoría tiene o ha tenido alguna de las formas migratorias que otorga México para

garantizar la estancia legal de extranjeros: residencia temporal, residencia permanente o la naturalización. En ciertos casos la residencia les fue otorgada por los contratos de trabajo que mantienen o por sus actividades como profesionistas independientes; en otros, la obtuvieron por estar casados con mexicanos(as) o por tener hijos nacidos en territorio mexicano; mientras que entre los naturalizados hay quienes se acogieron a la doble nacionalidad por motivos prácticos, tema del que se hablará en el siguiente capítulo. Además, está el caso de un venezolano-americano que vive en Tijuana sin ninguna forma migratoria mexicana y que hace su vida entre esta urbe y San Diego, Estados Unidos; y el de otro foráneo que tuvo sus documentos en regla, pero se le venció su residencia por falta de dinero, pues requería más de cinco mil pesos para el trámite y el pago de una multa.

Otro elemento destacable en esta caracterización son los períodos que tienen residiendo en Tijuana los venezolanos entrevistados, que oscilan entre los 13 años y más de doce meses, aunque cabe señalar que dentro del grupo estudiado hay tres venezolanos que antes de llegar a esta ciudad fronteriza residieron en otras urbes mexicanas como el Distrito Federal, Puerto Vallarta y Veracruz; y el caso de un venezolano-americano que salió hace 12 años de Venezuela, vivió unos cuantos años entre Miami y San Diego, en los Estados Unidos, obtuvo la ciudadanía de ese país al casarse con una mexico-americana nacida en Tijuana, y tras divorciarse se mudó al lado mexicano. Aún así, en la mayoría de estos inmigrantes hay coincidencia con diversos estudios que hablan de una creciente salida de venezolanos en la última década y de un aumento en esa población extranjera en México durante ese período, como se explicó en el capítulo anterior. Las edades de los inmigrantes, además, oscilan entre los 23 y los 60 años, a lo que se añade que, a excepción de un caso de jubilación encontrado en la muestra, prácticamente todos, indistintamente del género, tienen trabajos remunerados o generan sus propias fuentes de ingresos económicos en Tijuana.

Al ser uno de los ejes de la distinción del sujeto su biografía personal, en relación con uno de los objetivos específicos de este trabajo se tratarán a continuación los episodios relacionados con las trayectorias migratorias de los venezolanos estudiados, es decir, aquellos recorridos que culminaron en su cambio de lugar de residencia, puesto que en los relatos sobre esas experiencias que dan origen a su condición de inmigrantes se plasman sus primeras rupturas con su mundo conocido, que dependiendo del caso, son más o menos profundas.

A partir de las entrevistas realizadas se ha podido constatar que en términos generales, en la mentalidad del venezolano el dejar su patria es un aspecto que no se contempla como el escape a una situación de pobreza que le impida satisfacer sus necesidades, sino que persiste una noción de que el venezolano preparado es el que emigra ante un panorama que no ofrece condiciones favorables para explotar su potencialidad y proyectarse un porvenir. Así, uno de los residentes explica que “es raro un venezolano tonto, un venezolano que esté jodido que salga al exterior, porque la mayoría son gente preparada” (Lauro, entrevista, 2013); o como señala otro inmigrante, en torno a que en la gente capacitada y con poder adquisitivo se evidencia este deseo de salir de Venezuela ante las circunstancias que le rodean.

Los que no tienen ese poder económico de decir: yo voy a ahorrar porque me quiero ir, ni siquiera lo piensan porque están acostumbrados a que les den, que el gobierno los mantenga, entonces, el que sí está preparado y tiene una visión de futuro, de que quiere mejorar, quiere ver las cosas mejor, ponte que no lo vea como el país completo, pero que su entorno si lo quiera ver mejor y se da cuenta de que por más preparado que esté y más ganas que tú tengas, no vas a poder hacerlo en tu país, entonces se pierde el capital humano, es un éxodo de talento. Ellos [el gobierno] los quieren [a los pobres] siempre ahí, sumisos, rendidos a sus pies, que les pidan y entonces la clase alta peleando, en guerra y el que molesta mucho preso, o los matan y tienen que salirse del país, que son muchos casos que han pasado [...] el que se va es porque puede y sabe que puede conseguir otras cosas en otro lado. (Lucas, entrevista, 2013)

La situación social y política que enfrenta Venezuela aparece en este y en otros relatos de vida como uno de los factores que ha impulsado la decisión de dejar el país. Es así que dentro de este panorama, la delincuencia, el no compartir la ideología del gobierno, un contexto de convulsiones sociales, además de una sensación de desamparo en materia de derechos civiles y jurídicos, son parte de los argumentos con los que se sustenta la voluntad de emigrar y en ciertos casos, esos elementos están imbricados, como se refleja en esta cita:

De Venezuela hace 12 años exactamente que salí. Mi papá es cubano y en cuanto él vio el gobierno que estaba entrando, él ya había vivido eso. Él fue preso político 13 años en Cuba y ya me empezó a advertir a mí. Yo era el [hijo] mayor y me dice: esto va por el mismo camino. Estaba muy joven, tenía 19 o 20 años y la situación en Venezuela cada día se ponía más difícil, mucha delincuencia, no sé si te habrán comentado mis paisanos, la delincuencia es insoportable, casi dos o tres veces fui víctima de robos y no quería vivir así y aproveché que teníamos visa de turista para Estados Unidos y así fue como llegué a Miami, estuve dos años viviendo en Miami (Wilfred, entrevista, 2013).

Otra entrevistada, descendiente de padre colombiano y madre mexicana, que residió en Venezuela durante casi dos décadas, cuenta que su vida en este país se vio limitada por su postura política, lo que llevó a toda su familia a emigrar en distintos periodos hacia México, siendo ella la última en salir de Sudamérica hace seis años. En su narrativa es posible identificar una serie de sucesos que marcaron la vida de esta nación y las repercusiones que tuvieron en las decisiones personales propias y de su entorno.

Todo estuvo genial hasta el 99 que entró [el presidente Hugo] Chávez. Yo estudiaba Derecho y al mes que el bato entró, ya 18 leyes orgánicas habían cambiado y la Constitución se iba a cambiar, el nombre del país, la moneda [...] Siempre fui antichavista, lo que yo viví de Chávez no me gustó, lo que a mi familia le tocó vivir de la revolución no fue bonito, fue una revolución de separación, de peleas, hostigamiento, amenazas, muy cabrona, porque el papá de mi ex esposo trabajó 25 años en Pdvsa³⁵ y es de esos señores que entran sacando el petróleo del mar, en el lago de Maracaibo, pasó por todos los departamentos y llegó a la gerencia, entonces luchó, empezó desde abajo, un muy buen hombre y a mí me dio mucha pena ver cómo lo llamaban a su casa, lo amenazaban de muerte. Te hacían una pregunta muy clave: ¿Estás o no estás con el proceso? Y tú decías: yo estoy con mi familia, con el trabajo, con mi país. No, era la muerte, tenías que decir sí o no. Cuando entrabas al sí, pues qué chingón, te iba muy bien, y con el no te iba muy mal, y a mí me fue muy mal [...] como yo era oposición, yo no conseguía trabajo, batallaba mucho con mis hijas [...] Decidí que yo no hacía nada allí en Venezuela y estoy divorciada, no están mis padres, estoy en una sociedad que no me gusta; fue una situación deprimente, muy fuerte, que yo terminé enferma y mi padre me llamó al hospital, me dijo ¿cómo estás? y yo le dije: estoy muy mal y no quiero seguir aquí. Nunca le había dicho eso. Me dijo: ¿te quieres venir a Tijuana?, te mando los pasajes [...] y nos vinimos, sin mirar atrás. (Yazmín, entrevista, 2013)

Si bien las razones citadas con anterioridad pueden haber pesado en la decisión de dejar el país de algunos de los entrevistados (ocho de los 15 casos de esta investigación), se dieron otros elementos que posibilitaron la concreción de esa aspiración y que se relacionan con el haber escogido a México o específicamente a Tijuana como lugar de residencia, motivos que también se pueden identificar en los otros casos ajenos al anhelo de emigrar ante la situación social y política de Venezuela. Dichos factores detonantes fueron a) contactos familiares en destino; b) razones laborales; y c) por pareja o matrimonio. Así, hay más casos de venezolanos que –al igual que Yazmín–, tenían parientes en México que les tendieron los puentes que necesitaban para emigrar, incluso pese a gozar de un estatus socioeconómico estable en Venezuela, como le ocurrió a un ingeniero que tenía negocios prósperos en Maracay e Isla

³⁵ Pdvsa es la empresa estatal Petróleos de Venezuela.

Margarita. Su esposa es mexicana y su cuñado les ayudó a establecerse en Tijuana una vez que, como él explica, por “los problemas políticos, sociales, civiles, mercantiles y jurídicos que teníamos en nuestro país decidimos tomar vuelo. Lo hice en un momento complicado, en mi momento comercial más productivo en Venezuela, pero estaba hastiado. Hablé con el hermano [de mi esposa], hicimos negociación por una de las tiendas que tenía en Tijuana y me vine directo para acá” (Harry, entrevista, 2014).

También en su hermana, que se había mudado a Tijuana años antes tras ser liquidada de su trabajo en Venezuela, otro extranjero encontró el apoyo para emigrar, una decisión que surgió ante el temor por el futuro de sus hijos, pues relata que aunque él y su esposa tenían estabilidad económica, tuvieron que dejarlo todo; en primer lugar, al notar que su niña de ocho años estaba creciendo en un ambiente que para ellos era violento: “nos dimos cuenta que estaban cambiando parámetros en los planes de estudio, por ejemplo, antes era ‘a’ de ala, ‘f’ de foca, y así, para aprender en los niños, y pasó a ‘a’ de avión, ‘f’ de fusil, ‘e’ de escopeta, entonces, si bien podíamos tener una incógnita de qué queríamos en un futuro, sí sabíamos qué era lo que no queríamos; y mi hermana también insistía: saca a los niños de Venezuela, después no se vayan a arrepentir” (Ivo A., entrevista, 2013). En segundo lugar, pesó el ver que su hijo recién nacido y con complicaciones de salud, no podía ser atendido en hospitales públicos ni en clínicas privadas por la escasez de insumos médicos: “Yo tenía trabajo, tenía estabilidad, tenía seguro, tenía todo, y no podía atender a mi hijo, esto en cierta parte nos deprimió y dijimos: sabes qué, vámonos” (*Ibíd.*)

Dentro de las razones familiares para emigrar, aunque alejadas del tema sociopolítico de Venezuela, está la experiencia de dos hermanos que llegaron a México a mediados de los años 80, porque su padre era diplomático y tenía un cargo en este país. Ambos, muy jóvenes entonces, cursaron sus estudios universitarios en el Distrito Federal; luego, cada uno se casó con ciudadanas mexicanas y emprendieron negocios; uno de ellos emigró primero a Tijuana hace 13 años e incursionó en un negocio de taxis, y años después, abrió un restaurante venezolano [el único en la ciudad]. Invitó entonces a su hermano, quien estaba residiendo en Veracruz, para que se asocie con él para administrar el negocio, mudándose él también a esta ciudad fronteriza hace nueve años. La importancia del núcleo familiar y el papel que juega en los movimientos migratorios, también se pueden notar en la situación de una maestra jubilada,

cuyas hijas emigraron primero a Tijuana, en distintas etapas y circunstancias, y quien tiempo después emigró también.

Tenía una hija que se enamoró por internet de un muchacho de Tijuana. Tuvieron en esa relación como dos o tres años, ya ella terminó sus estudios, se graduó, empezó a trabajar y ya cuando se independizó económicamente me dijo un buen día, mamá, me voy para Tijuana. Ya se vino. En ese entonces empezaron en Venezuela los problemas estudiantiles fuertes en la calle. Tengo otra hija, que ahorita tiene 24 años, y en ese entonces ella se acababa de graduar de bachiller y entró a estudiar en la Universidad Simón Bolívar de Caracas y ya andaba en la calle, ya la veo por televisión cuando estaba el gobierno amedrentando a los estudiantes y su hermana que ya estaba en Tijuana, cuando se lo comento me dice: mándame a Valentina para acá, porque ahorita en Venezuela las cosas están así. Empezaron muchos rumores de que el gobierno iba a tener posesión de los menores de edad, ella era menor de edad en ese entonces, y hablé con Valentina, no muy convencida, pero se vino. Ya tenía ella como un año o menos de estar acá, y mi hija, la que se vino primero, lamentablemente murió [...] Entonces, antes yo venía menos tiempo a Tijuana y [estaba] más en Venezuela, y poquito a poco me fui quedando, apoyando a mi otra hija [...] vendí casa, propiedad, carro, todo lo que tenía allá y estoy aquí. (Glenda, entrevista, 2014).

Como puede verse en algunos testimonios citados hasta ahora, las primeras rupturas con sus universos simbólicos se evidencian en los relatos que denotan su renuncia a “todo”, término que se traduce en una vida construida en Venezuela y la idea de empezar de nuevo, en ciertos casos desde cero, alentados muchas veces por personas de su entorno familiar o por el hecho de tenerlos como soporte en el lugar de destino. En otros casos, el tener más tiempo fuera de su patria y haberse ido en circunstancias diferentes a las de la situación social y política, les hizo vivir esos procesos de manera distinta. Como se ilustrará ahora, las oportunidades de trabajo que surgieron en el contexto de destino, fueron el nexo para que cinco venezolanos de la muestra de estudio salieran hacia México o decidieran quedarse en este país: uno de ellos, ingeniero en sistemas, con el deseo de crecer profesionalmente, cuenta que hizo contactos a través de internet con una empresa de software asentada en Tijuana y que decidió emigrar, pese a que no había contrato seguro; sin embargo, tres meses después de estar a prueba fue empleado formalmente y así lleva ya seis años, en los cuales también hizo su familia y además de su empleo fijo, tiene un negocio.

Otro venezolano que trabajaba en la aduana de ese país y en sus tiempos libres era entrenador deportivo en las ligas menores de la selección de su Estado, cuenta que vino hace

cinco años a Tijuana de vacaciones, porque unos primos que tiene en San Diego planificaron cruzar a México para encontrarse con él.³⁶ Relata que fue en esos días de descanso que le ofrecieron un empleo en esta ciudad como entrenador deportivo de un grupo de niños, aceptó y se quedó: “Llegué un miércoles y el jueves me ofrecieron trabajo y yo dije: Guao, lo que no consigo en mi país, aquí sí” (Lucas, entrevista, 2013). Mientras que un joven boxeador encontró la posibilidad de hacer una carrera en este deporte en Tijuana, ciudad desde la cual se le hizo una oferta laboral hace tres años, tiempo en el que ha competido en distintas competencias sobre el ring.

Algo similar le ocurrió a una arquitecta que se había quedado sin empleo en Venezuela, luego del paro petrolero del 2002³⁷, quien supo de una amiga venezolana de la misma profesión que había hallado trabajo en esta ciudad fronteriza, la cual le invitó a probar suerte; así, llegó en agosto de 2003, “con una visa de turista y una maleta llena de ilusiones”, dice. “Mi primer empleo lo obtuve en octubre, en una empresa pavimentadora; con ellos estuve trabajando casi año y medio y a través de ellos tramité yo mi permiso de trabajo y ya fue cuando decidí quedarme aquí en Tijuana” (Gina, entrevista, 2014). Además, está el caso de una ingeniera, quien afirma que quería huir con su hija de la inseguridad de Venezuela, porque su esposo fue asesinado en Caracas por el robo de su auto. Mientras ella trabajaba en un casino, recibió la oferta de trabajar en un *brinco*³⁸ en Guadalajara; una vez allí, conoció al gerente del casino de una cadena de hoteles, quien era venezolano y le ofreció empleo en Puerto Vallarta. “Trabajé tres años en el campo de golf del hotel *Four Season* y ahí conocí a mi marido actual y me dice: *coño*³⁹ es muy lejos Puerto Vallarta, porque él vive en California, y dijo: múdate a Tijuana a ver si te gusta, y llegué y me gustó” (Marina, entrevista, 2014). En el caso citado arriba, el no contar con visa estadounidense y tener como pareja a un residente de California, quien actualmente busca asentarse en el lado mexicano, fue la circunstancia que llevó a esta venezolana específicamente a esta ciudad fronteriza con los Estados Unidos, luego de pasar por otras ciudades del país.

³⁶ El entrevistado no tiene visa estadounidense.

³⁷ Referente a este tema, véase en el Capítulo II, página 39.

³⁸ En México se conoce con este nombre a los casinos ilegales.

³⁹ Dependiendo del contexto, el término ‘coño’ es una expresión de asombro, extrañeza, enfado, o también se emplea para referirse a alguien. Ejemplo: ¡Este coño estaba desaparecido!

También están las experiencias de mujeres que emigraron de Venezuela porque se casaron con residentes de Tijuana, como el de una joven que conoció a su esposo por internet, aunque años después se divorciaron; sin embargo, ella estudió Derecho en esta ciudad y se quedó ejerciendo la abogacía; también está la anécdota de una ingeniera industrial que hizo sus prácticas profesionales en una empresa maquiladora durante seis meses, quien el día que regresaba a Venezuela conoció en el aeropuerto de Tijuana a un agente federal de migración, el cual se convirtió tiempo después en su esposo, lo que le hizo volver definitivamente a esta urbe, donde lleva ya nueve años y es dueña de un negocio.

Razón distinta y la única encontrada en esta muestra, fue la de un venezolano que trabajaba como vendedor en Caracas, quien dice no haber pensado que terminaría en Tijuana porque su deseo inicial era emigrar a los Estados Unidos. Según su relato, él trabajaba en el comercio a unas cuerdas del Palacio Presidencial en su país y “se presentaban protestas políticas, marchas de la policía, se formaba un alboroto, y ya estas condiciones me estaban presionando a que buscara otra cosa” (David, entrevista, 2013). Tenía un amigo en California que le había ofrecido irse a vivir allá y tramitarle sus papeles a través de la iglesia evangélica a la que pertenecían; pero tiempo después, su contacto le informó que mandó a buscar a la esposa y sus dos hijas, a quienes les habían dado la visa americana, pero que debían pasar por Tijuana. “Me dijo que si le hacía el favor, si las acompañaba y que yo podía solicitar la visa por México. Me vine con ellas, ellas pasaron al otro lado, yo pedí la visa, no me la dieron [...] que debí hacerlo desde Venezuela. Fue frustrante, porque las personas que me iban a ayudar se olvidaron de mí y ya me quedé [...] afortunadamente me cobijé en la iglesia, me brindaron donde vivir y luego empecé a trabajar” (*Ibíd.*).

Tomando como referencia al grupo de estudio, se puede plantear que los venezolanos llegaron a Tijuana porque la consideraron su destino final, de modo que esta ciudad fronteriza no es el lugar en el que se quedaron porque fracasaron en el plan de ir a los Estados Unidos, salvo la excepción antes mencionada, sino que Tijuana constituye su proyecto de estancia en sí; además, es relevante el papel que ha jugado el capital social de estos inmigrantes, puesto que echaron mano de lazos familiares y conexiones fuera del país para decidir hacia dónde emigrar, y, de cierto modo, tener alguna certeza de futuro o porvenir lejos de la situación social y política de Venezuela; de hecho, ya establecidos aquí, independientemente de su

estatus migratorio, estos extranjeros se han insertado al mercado laboral e incluso han generado sus propias fuentes de ingresos y empleo. Para los fines de este trabajo de investigación, sin embargo, se hace énfasis en el proceso de integración cultural de los venezolanos y no se profundiza en su inserción desde una perspectiva económica, una condición que aunque también tiene un componente significativo en la permanencia de ellos en esta ciudad, se verá reflejada en combinación con otros factores que se desarrollarán en el próximo capítulo.

Siendo uno de los objetivos de esta tesis el conocer qué diferencias construyen los venezolanos y cómo creen que son diferenciados en la sociedad receptora, a continuación se expondrán y analizarán los datos obtenidos al respecto en el trabajo de campo, para lo cual se organiza la información en dos dimensiones: una socio-espacial, que comprende las distinciones que hacen los inmigrantes en torno al contexto de Tijuana; y otra simbólica, donde se abordarán los marcadores identitarios que surgen de la interacción social.

3.2. Diferencias socio-espaciales: entorno, frontera e (in)seguridad

Como se mencionó en el capítulo teórico-conceptual, el cambio de lugar de residencia provoca en el sujeto que emigra un reacomodo de su universo simbólico y, por tanto, en la relación que establece con la sociedad receptora; de ahí que en su trayecto hacia la condición de inmigrante se producen sus primeras rupturas, aspecto visto en el apartado anterior al revisar sus trayectorias migratorias. Ahora bien, ya en el lugar de destino, los venezolanos en Tijuana empiezan a tejer una serie de construcciones vinculadas al entorno social y espacial, elaboraciones en las que entran en juego comparaciones entre los referentes de su lugar de origen y aquellos que se les presentan en el sitio donde desenvuelven su vida actual como parte de una búsqueda de sentido. Es importante destacar que algunas de estas distinciones se dan en el momento de llegada y que otras se han ido configurando con el paso del tiempo y con las experiencias del día a día. Un ejemplo de hacia dónde se encamina el análisis de esta sección se engloba en la siguiente cita:

Para empezar, a mí me metieron un miedo, pero en broma, me decían: en Tijuana no hay McDonalds y sí, veo que hay muchos. Ahora, en Venezuela se acostumbra que casi todo es verde y la geografía de aquí me chocó mucho. Llegar a una playa donde no te puedes bañar, a

una parte donde no haya verde, llegar a un clima que está a veces bajo cero, que a veces de noche es de día, osea son las 8 de la tarde, esas cuestiones no dejan de a veces llamar la atención, qué raro es; aparte que llegué en unas condiciones que en verdad dije qué pasa aquí, porque llegué en octubre del 2007, hubo unos incendios muy famosos en California, en San Diego, y todo esto estaba lleno de cenizas, todo Tijuana, por todas partes. Me daba risa porque los taxistas decían: pinches gringos, que quieren construir un muro, pero que lo construyan hasta el cielo para que se traguen su humo [ríe], entonces, esa situación estaba fuerte y yo decía, porque no conocía, cómo puede un incendio en otro país afectar tanto a este y pues ahí supe que estamos muy cerca [de los Estados Unidos]. Eso por un lado. La cuestión de los secuestros estaba fuerte; de hecho me tocó presenciar un secuestro como al mes de haber llegado. Nunca lo había vivido *face to face*, fue una impresión muy fuerte. Hubo una balacera también y yo decía: qué es que pasa en este pueblo. Y los famosos Vientos de Santana, yo salgo a pasear al perro y casi salimos volando, entonces, este tipo de cosas que tú nunca las habías vivido, comienzas a vivirlas una tras otra y te choca, pero pues uno lo asume como parte de que la vida cambió, todo es diferente y así le sigues. Luego entró el invierno, entonces te podrás imaginar: venimos de una temperatura de 28 grados promedio todo el año en Venezuela y llegas aquí con ese bajón de temperatura de una vez, te pega fuerte (Ivo, entrevista, 2013).

Con base en este testimonio y en el análisis de los demás relatos de los venezolanos se desprende que existen, en términos generales, tres componentes en los que los informantes coinciden al hacer diferenciaciones socio-espaciales: 1) El paisaje; 2) La noción de frontera; y 3) Su percepción de (in)seguridad. En el primero se detectaron indicadores como ciertos imaginarios que tenían en torno a la ciudad antes de llegar y, especialmente, las narrativas que hacen los venezolanos al hacer comparaciones sobre la estética del paisaje, donde intervienen sus observaciones objetivas y subjetivas, éstas últimas ligadas a expresiones de nostalgia por el lugar de origen. En el segundo ítem se mencionan sus experiencias en relación con la condición de Tijuana como ciudad fronteriza, donde el tema de la interacción con los Estados Unidos y el cruce hacia ese país genera relatos distintivos con respecto a la sociedad receptora; mientras que en el último, se aborda su conocimiento, comparación y percepción en torno a la (in)seguridad en Venezuela y en Tijuana, lo cual se fundamenta en sus vivencias de pasado y presente, entre un contexto y otro.

Hay que destacar que tras la decisión de mudarse a Tijuana, el conocimiento previo sobre el nuevo lugar de residencia en la mayoría de los casos de este estudio fue escaso, y que se basó en nociones generales que tenían sobre México a partir de productos de consumo que llegan a Venezuela, como las telenovelas y películas mexicanas, así como a través de información de medios de comunicación (televisión e internet) y referencias de otras personas,

criterios que ellos pueden constatar o enmendar a partir de su instalación en la ciudad y su interacción con el entorno. A continuación se exponen y analizan en los tres niveles antes descritos las diferenciaciones socio-espaciales expresadas por los inmigrantes.

“¿En qué desierto me metí!”. El paisaje, contrastes y añoranza.

Se mencionó en el marco teórico que entre los objetos entrañables a los que está apegado el sujeto está el paisaje y que por ende, es parte de su distinción identitaria (Giménez, 2007), de ahí que en condiciones de inmigración el recurrir a este espacio delimitado en la memoria resulta vital en el ordenamiento del nuevo contexto de referencia. A partir de estas comparaciones, en los fragmentos narrativos de los venezolanos residentes en Tijuana se pueden notar al menos tres referencias vinculadas al paisaje: el clima, las playas y lo estético, elementos que suelen intercalar entre sí para formarse una visión subjetiva de la ciudad, como se ilustra en los siguientes pasajes.

Veía a Tijuana en mi imaginación como un poblado escaso, un barrio chico, con cuatro casas por aquí, cuatro casas por allá, pura tierra, nada verde. Bueno, así como es, que no hay monte, pero no lo consideraba poblado, pensé que Tijuana era un lugar muy perdido en la frontera, que era un desierto tirado, donde nadie va, ni automóviles. Tal vez lo asocié con algunas películas mexicanas, pero sobretodo porque en Venezuela pasaban un programa que se llamaba ‘Ocurrió así’, y pasaron por ahí un barrio de Tijuana y para mí era un pueblo abandonado, muy seco. Y cuando llegué me encontré que aquí sí hay civilización (David, entrevista, 2013)⁴⁰.

Tijuana, la miraba en la Internet y decía guao, qué feo está. Yo vivía en una isla que se llama Margarita en Venezuela y decía: está bien feo, pero bueno, ni modo [ríe], me voy para allá porque estoy enamorada. Cuando llego aquí digo: guao, yo me la imaginaba de otra manera, tal vez no tan fea. Aparte, yo viajé en un día; a las seis de la mañana yo estaba en la isla, tomé el avión y estaba a 36 grados centígrados, pero llego aquí y estoy a menos dos [grados], a las seis de la tarde el mismo día y digo ¿*What?* No, no puede ser [...] La verdad es que fue un *shock* tremendo; no es una ciudad muy bonita, es una ciudad que no es verde así como la isla o como uno está acostumbrado allá, que vive uno cerca del trópico y uno ve muchos árboles frutales y ese tipo de cosas que aquí no hay. Fue muy difícil (Denisse, entrevista, 2013).

Llego en verano [a Tijuana], en pleno clima seco y yo me quedé: ¡*Oh my God*, en qué desierto me metí! (Gina, entrevista, 2014).

⁴⁰ Este testimonio corresponde al del único inmigrante encontrado en la muestra que vino a Tijuana con el propósito de ir a Estados Unidos, pero no logró su proyecto.

Lo primero que hice cuando bajé del avión fue [pensar] qué horrible está esta ciudad [ríe]. Físicamente, lamentando mucho, está muy seca. Faltaría más, creo que más árboles, que no estuviera pintada o no hubiese basura. Físicamente me asustó mucho cuando realmente llegué a vivir; por lo menos cuando [hice] las prácticas industriales lo vi como algo temporal, pero cuando ya fue con mi esposo y me dijo: esta es tu casa, ay Dios (Susana, entrevista, 2013).

Se puede apreciar en estos discursos calificativos como “no es bonita”, “seca” o “no verde”, que de forma reiterada se mencionan para explicar el impacto inicial o una visión que aún perdura respecto a la ciudad, pero a la que están habituados o ahora ven con humor; dichas comparaciones entre una geografía de abundante vegetación y clima cálido, y una topografía desértica y temperaturas extremas en Tijuana, son vinculadas a partir de sus referentes de origen con el adjetivo “feo”; por un lado, al constituir éste un escenario que se escapa de su realidad constituida o de su universo simbólico interiorizado en la niñez ;y por otro, por la distancia de observación que les proporciona la extranjería.

En ese ejercicio de retrospectiva hacia el lugar que dejaron, resulta inevitable la evocación de imágenes de añoranza o el que se produzca una nostalgia de contraste, una forma muy común de manifestación de la nostalgia hacia su terruño entre los ausentes (Hirai, 2009), como la que hace Harry cuando describe el clima tropical de Venezuela, como “extremadamente húmedo y muy delicioso”, con unas playas que “no importa la hora en que tú te metas, siempre vas a tener un agua agradable” (Harry, entrevista, 2014); o como Marina, quien además de mencionar sus balnearios, dibuja el contexto de su paisaje con las interacciones que allí se dan y dice extrañar el “*bochinche*⁴¹ que se forma [...] porque en las playas de aquí es otra cosa; por más caliente [que esté el clima], todo el mundo está sentado y no sé, viendo para el cielo, y allá no, es música por todos lados, todo el mundo bailando allí en la playa, todos tomando, hablando y se te acercan” (Marina, entrevista, 2014).

Pero hay otro rostro de Tijuana que también es reseñado por los informantes para expresar un lado de la ciudad que se contrapone al de su imaginario de lo estético, pero que sugiere una aceptación y gusto por su actual contexto, como al referirse a una ciudad “desorganizada, pero muy noble, con gente hermosa, gente atenta [...] que me hicieron ver una Tijuana muy humilde, muy bonita” (Harry, entrevista, 2014), o inclusive al encontrarle

⁴¹ Dicho término se usa en Venezuela para referirse a diversión, a hacer fiesta o barullo.

similitud con su lugar de origen: “Mira, Tijuana está un poquito como Caracas, tiene dos caras: la más *nice*, que es la de La Cacho, el Hipódromo, y la otra cara fea que es la que me tocó estar” (Glenda, entrevista, 2014); o como cuenta Marina, al comentar que una amiga le advirtió que la ciudad era horrible: “Yo esperaba una cosa muy fea y digo: *chama*⁴², pero si Caracas está peor, Caracas tiene también mucho *rancho*⁴³ [...], pero a mí me gustó Tijuana (Marina, entrevista, 2014). En este sentido, el apreciar otros aspectos de la sociedad receptora más allá de lo físico y el equipararla con su referente de origen, constituye una manera de expresar que en el lugar actual hay elementos rescatables que posibilitan adaptarse.

Noción de frontera. “El otro lado ¿qué es eso?”

Cuando llegué aquí y pregunté ¿qué es eso de allá? -es Estados Unidos-, dije: cómo va a estar Estados Unidos aquí, y me dicen: sí, eso es lo mejor, que estás cerca (Joe, entrevista, 2014).

Sobre la dinámica fronteriza de Tijuana, aspecto que se trató en el capítulo de contexto, un hallazgo de esta investigación fue que de los 15 informantes entrevistados, apenas dos dijeron haber tenido conocimiento previo al respecto: el caso del venezolano que llegó con la intención de ir a los Estados Unidos, para quien esta ciudad era una estación; y el de un inmigrante que vivió en San Diego, pues había venido varias veces de visita. En cuanto a los demás, aunque pocos habían leído o escuchado que Tijuana estaba cerca de los Estados Unidos, las actividades y fenómenos vinculados a su ubicación estratégica junto al vecino país les eran totalmente desconocidos. Por consiguiente, ello se tradujo en anécdotas que algunos recuerdan con humor, como la que vivió Denisse, en diciembre de 2003, al llegar a la ciudad y ser interrogada por los agentes de migración. “Me dijeron: – ¿Quién te patrocinó el viaje? –: mi novio, – ¿Y a qué vas? ¿A cruzarte al otro lado?–, y lo que yo pensé en ese momento fue: ¿qué es el otro lado? yo no sabía qué era eso” (Denisse, entrevista, 2013).

La misma pregunta sobre cruzar le hicieron a otra venezolana en el aeropuerto sin que ella entendiera de qué se trataba, pues confiesa que no sabía que Tijuana era “la frontera más transitada del mundo, no sabía que tenían que hacer tantas colas para cruzar al otro lado, o sea,

⁴² *Chamo* o *chama* se usa para referirse a un niño(a) o adolescente, chico(a), amigo(a), dependiendo del contexto.

⁴³ En Venezuela se llama rancho a las invasiones o asentamientos de construcción improvisada y que no cumplen con los criterios básicos de habitabilidad y seguridad.

yo me vine un poco desinformada, me vine prácticamente a la aventura” (Gina, entrevista, 2014); mientras que otro inmigrante cuenta que la gente le decía: “¿te vas a cruzar, te vas a aventar? Y yo decía, ¿para dónde? No entendía este *showcito* de brincar la frontera, ni nada, pues si no lo has visto no lo entiendes, porque no eres de aquí” (Harry, entrevista, 2014). Es así que en su experiencia cotidiana, poco a poco los venezolanos fueron adquiriendo noción sobre el fenómeno migratorio de la ciudad y sobre la vida binacional, y en ese aprendizaje se fueron habituando a la vida fronteriza y participando de algunas de sus dinámicas, una de ellas, la del cruce hacia los Estados Unidos.

Aún así, cabe señalar que del total de sujetos de este estudio, apenas seis mencionaron tener visa estadounidense al ser entrevistados; otro dijo poseer pasaporte europeo, lo que le permite entrar a ese país; y otro, tener la ciudadanía americana. Los que tienen visa, salvo un caso que ya la traía desde su país de origen, la tramitaron ya viviendo en Tijuana con el fin de cruzar de vez en cuando para hacer compras o turismo, o como en el caso de un boxeador profesional, para poder participar en competencias deportivas en el vecino país. Mientras que el argumento de los que no tienen visa, fue el no haber intentado el trámite o no tener ningún interés en ello, incluyendo el caso de una venezolana cuya pareja reside en California. A estos datos, hay que notar que en el análisis de las respuestas de los que cruzan y los que no, hay coincidencias en torno a un no anhelo de vivir en “el otro lado”, aspecto en el que construyen su diferencia con la sociedad receptora, al referirse a las ideas sobre migración que tienen los mexicanos o que se tienen en Tijuana con respecto a los Estados Unidos, ideas que, según afirman, no son parte de la vida y del contexto del venezolano: “Nosotros no crecemos con esa idea, sabemos que sí, que existe Estados Unidos, y si se da la oportunidad, pues conocer Disney, Miami, cosas así, pero no es un fin con el que crecemos como la gente de aquí, porque desde chiquitos están escuchando eso” (Denisse, entrevista, 2013), o como opina Mauro, que al estar Venezuela distante de los Estados Unidos, ir hacia ese país para vivir no se ve como un deseo o una oportunidad cercana.

Nunca estuvo en mi mente, así como que voy allí [a Tijuana] porque voy a estar cerquita de los gringos. La mentalidad sobre la migración en México es otra y eso me impactó, porque toda la gente era: tú te vas a cruzar al otro lado [...] porque aquí la migración es gente muy pobre que se va a Estados Unidos a ver si la arma y digo: no, para salir de Venezuela es carísimo, hay que ahorrar un buen dinero [...] y venirme bien preparado. Te digo, la gente que es pobre en

Venezuela ni piensa en su vida en salir, en cambio aquí en México la gente pobre piensa en cruzarse la frontera a como dé lugar. Eso culturalmente para mí fue difícil explicarle a cada persona, porque a veces me tachaban con esa idea (Mauro, entrevista, 2013).

Otro aspecto detectado es que quienes tienen la experiencia de cruce también hacen comparaciones entre el contexto de Tijuana y el de los Estados Unidos, y construyen distinciones en las que se atribuyen características positivas al hecho de vivir en el lado mexicano, como el poder compartir un mismo idioma (el español); y el gozar de un ritmo de vida menos agitado y tenso que el del vecino país, criterios que basan en sus propias percepciones o en las que otras personas con experiencia de vida allá les han comentado.

Percepción de (in)seguridad. “Aquí puedes andar más confiado”.

Dependiendo del tiempo en que salieron de Venezuela o el que tienen en Tijuana, la manera en que perciben la (in)seguridad en ambas ciudades, es un aspecto de constante referencia en los relatos de los inmigrantes; en efecto, aunque se trata de un tema que no se contemplaba en el cuestionario guía de esta investigación, fue revelador que en sus diferenciaciones socio-espaciales más de la mitad de los entrevistados lo incluyeran como parte de sus experiencias cotidianas de ‘aquí’ y ‘allá’, del pasado y presente, por lo cual este tema se añadió a este apartado por tener relación con los objetivos de la tesis.

Una venezolana cuenta que cuando se venía a vivir a Tijuana, sus amistades en Venezuela comparaban la situación de esta ciudad fronteriza con la de Ciudad Juárez, al referirse a los asesinatos de mujeres, e intentaban convencerla de que desistiera de su idea; otra afirma que unos días antes de emigrar, vio en la televisión una noticia sobre una matanza de policías en Tijuana y eso le asustó, pero que una vez instalada en esta ciudad, al interactuar con su entorno y con el paso del tiempo experimentó algo diferente.

En Venezuela, yo no podía estar sola en el centro de la ciudad en las noches, podía ser que me robaran, que me asaltaran, quién sabe qué cosa, y cuando yo llegué aquí [a Tijuana], traía una psicosis, porque yo me montaba en los taxis y andaba toda asustada. Osea, tú tienes que cambiar mucho la mentalidad cuando llegas aquí y no solo me pasó a mí, yo creo que a muchos les pasó esto, porque te vas dando cuenta de que la situación no es igual. Yo lo terminé de comprobar en un trabajo que tuve cerca de la colonia Roma; yo no tenía carro y tenía que agarrar taxi hasta el centro y de ahí el taxi hasta la casa. Los primeros días, yo [estaba]

horrorizada, me bajaba de la *calafia*⁴⁴ casi que corriendo con el bolso debajo del brazo, pensaba que me iban a robar, es la psicosis tan fuerte que uno trae; ya después empecé a calmarme, pero sí, vine con esas ideas de inseguridad, y que guarda los anillos y guarda los aretes, que te van a quitar la oreja (Gina, entrevista, 2014).

En su relato, la comparación con Venezuela denota que en su residencia actual experimenta una sensación de seguridad que no tenía en su país y un cambio en las pautas de comportamiento que traía interiorizadas desde su contexto de origen. La misma percepción es señalada por otros connacionales, con frases como: “aquí yo puedo salir, no estoy pendiente de que me van a robar el carro, aunque sí roban, pero no al nivel de Venezuela, aquí puedes estar más seguro, más confiado” (David, entrevista, 2013), o aquella de “aquí, no pasa nada” que expresa Glenda, al contar la seguridad que siente en una práctica cotidiana como la de “ir por la calle, *chateando* con el celular. En mi descuido hasta he dejado el carro abierto, la puerta abierta en la casa, es más, una vez dormí con la ventana abierta [de la casa] y no pasó nada [...] eso de que Tijuana es insegura yo lo refuto” (Glenda, entrevista, 2014).

En esa misma línea, algunos venezolanos hacen diferenciaciones en torno al nivel de inseguridad que han experimentado entre ambos contextos, y lo cercano o lejano que han sido para ellos esas vivencias, como por ejemplo cuando hacen referencia a la crisis de violencia que se registró en Tijuana a finales de la década pasada, situación que aunque les preocupaba, tuvo un impacto distinto, porque dijeron sentir que la inseguridad en un conflicto por narcotráfico afecta a cierta parte de la sociedad, a diferencia de los perjudicados que deja la delincuencia común. “Aquí vi muertes, muchas cosas horribles que no había visto en mis 40 años de vida, pero eso realmente ni me intimidó, ni me hizo huir de la ciudad. Si eres consciente y sabes que no andas metido en problemas y que los que se están matando son mafiosos, entonces no hay razón” (Lauro, entrevista, 2013), o como se argumenta en este otro testimonio: “tal vez nosotros no tengamos un narcotráfico tan fuerte, pero es peor, tenemos un hampa común que te roba porque le gustó tu reloj o porque le gustó un anillo, un zarcillo, tu carro, por lo que sea, y aquí por lo menos, es un efecto colateral o si estás metido en un problema de narcos, pero si no, puedes sobrellevar una vida, porque aquí inseguridad como tal, comparado por lo menos con mi país, no la hay igual” (Harry, entrevista, 2014).

⁴⁴ Calafia es una manera popular de nombrar al bus de transporte público en Tijuana.

Sobre el mismo tema, otra venezolana cuenta que la última vez que estuvo en su país fue hace seis años, y que no ha vuelto porque aquella vez fue asaltada, a lo que añade que su familia en Caracas le recomienda que no vaya porque hay mucho riesgo de secuestro para quien llega del extranjero; mientras que otro inmigrante afirma que en los seis años que lleva viviendo en Tijuana, nunca le han robado. “A mí se me ha hecho bien tranquilo, no hay tanto robadero como en Venezuela [...] yo aquí no he sentido peligro” (Mauro, entrevista, 2013).

Ese sentirse “más seguros” o “más confiados” manifestado por los entrevistados, también es un factor que contribuye a su adaptación al contexto que ofrece Tijuana, donde el cambio hacia una situación diferente, pero que les genera bienestar o cierto grado de tranquilidad, en comparación con las experiencias que tenían internalizadas, acrecienta sus expectativas de permanencia y de integración a la sociedad receptora.

3.3. Fronteras simbólicas. Particularidades y estilos de vida

En este apartado se hará referencia a los elementos a los que apelan los venezolanos para construir la diferencia desde una dimensión simbólica, esto es, las fronteras que crean a partir de sus interacciones sociales, pues como se sustentó en el capítulo teórico desde una perspectiva constructivista, la identidad es situacional y relacional (Barth, 1976), y en condición de inmigración dicha dinámica se complejiza porque entran en juego otros universos simbólicos. Así, a continuación se desarrollarán los resultados obtenidos en dos subdimensiones tomadas de la teoría, concretamente, los elementos con lo que el sujeto marca su distinción, entre ellos: a) los atributos particularizantes, esto es, las elaboraciones subjetivas que surgen de la autoadscripción; de la distinción de “el otro”; y del reconocimiento desde la mirada externa de rasgos caracteriológicos; y b) los estilos de vida, donde intervienen los hábitos de consumo (Giménez, 2007).

En cuanto a los atributos particularizantes, se hallaron principalmente construcciones vinculadas a las relaciones y las expresiones afectivas; distinciones en torno a los roles de género; al sentido de patriotismo; y sobre el venezolano que la sociedad receptora identifica; mientras que en los estilos de vida, las narrativas giran en torno a las diferencias culinarias; a “la rumba”; y a la forma de hablar. Es necesario señalar que en los relatos sobre las

demarcaciones identitarias, los entrevistados hicieron uso de adscripciones étnico-nacionales (el mexicano/ el venezolano) y de género, para establecer comparaciones, las cuales se enmarcan en los atributos con los que el sujeto marca su pertenencia social; además de que señalaron ciertos estereotipos y asociaciones cognitivas para objetivar aspectos culturales y distintivos de la alteridad. Otro punto destacable es que al indagar sobre las particularidades de la otredad, la mayoría de sujetos expresaron dificultades para definir al tijuanaense, ante la diversidad cultural y de orígenes de quienes habitan en esta ciudad, de modo que preferían referirse de manera general al mexicano o a los mexicanos que han conocido en Tijuana.

El identificar estas fronteras simbólicas resulta importante para entender los primeros choques y conflictos identitarios, así como el reconocimiento de la diferencia y los aprendizajes, adaptación, resistencias y negociaciones que experimentan los venezolanos en la sociedad de acogida, entendiendo que los límites no necesariamente son excluyentes, ni barreras infranqueables, sino que son el punto de partida de su proceso de integración cultural.

Expresiones afectivas

La manera de relacionarse y las formas corporales y verbales de expresar afecto son materia de recurrente referencia en los relatos que hacen los venezolanos para mencionar los choques culturales y hasta malentendidos que han experimentado en sus interacciones sociales en Tijuana, vivencias que –aunque anecdóticas– permiten visualizar ciertos procesos adaptativos realizados para no obstaculizar la convivencia. En diez de las 15 entrevistas realizadas, hubo coincidencias en ilustrar que es parte de la idiosincrasia del venezolano el mostrar su alegría y su calor humano a las demás personas y en los espacios públicos, cualidades que se traducen en el ser “relajados” y efusivos en la forma de saludar, al hacer amigos y al tratar con alguien, incluso si apenas lo conocen. En ciertos testimonios se habla de este tema al explicar cómo fueron sus primeros contactos con la sociedad de acogida, lo que como resultado les dejó instaurada la idea de que la gente en Tijuana es menos expresiva en comparación con ellos.

Sin ofenderlos. Me han tratado muy bien y no tengo queja como tal, pero recuerdo que yo quería saludarlos y como en mi país se saluda muy abiertamente, un abrazo, así [hace el gesto de abrazar y cierra los puños] abrazo-abrazo, cuerpo con cuerpo, pecho con pecho, y entonces cuando los quise saludar, me saludaban de ladito o el ‘cómo estás’, pero no había ese contacto

con el cuerpo. Tal vez en Venezuela, no sé en los demás países, pero los abrazos son muy cálidos, o tal vez era el grupo en el que yo me estaba moviendo y de ahí me imaginé: ay qué duros, son muy secos. No se dejaban abrazar, sentí un rechazo y no era un rechazo, es que su cultura es así, su estilo (David, entrevista, 2013).

Somos muy cariñosos con la gente [...] el mexicano es como más frío. Eso sí me ha chocado un poquito, entonces me tuve que ir adaptando poco a poco como ellos son. Antes yo llegaba y veía una persona y era beso en el cachete y abrazo, y veía que de repente me empezaban a mirar mal (Wilfred, entrevista, 2013).

Puede observarse en estas citas que las demostraciones de contacto corporal son asociadas por los venezolanos con calidez y con ser afectivo, por lo que una actitud distinta a ésta significa para ellos dureza o frialdad, a lo que se suma una respuesta por parte de ‘el otro’ que les obliga a modificar su actitud para evitar malos ratos, pues existe en sus construcciones la noción de que se trata de algo cultural. En las mujeres, especialmente, este ha sido un tema crucial para recomponer su manera de expresarse en la sociedad tijuana y concretamente en sus relaciones con el género opuesto, ya que además del lenguaje corporal, una costumbre del venezolano es tratar a la gente con palabras que denotan mucha confianza hacia los demás.

En efecto, a través de las entrevistas y del trabajo de observación en campo se pudo constatar que entre paisanos, e incluso cuando los venezolanos se dirigen a mexicanos con los que existe más confianza, emplean expresiones como “cariño”, “mi amor”, “negrita”, “papi” “mami”, “*pana*”⁴⁵, sin que hayan de por medio parentescos o relaciones maritales, puesto que se enuncian dentro de un ambiente de camaradería. Así, por ejemplo, Susana quien está casada con un mexicano, narra el conflicto que tuvo los primeros años con su esposo por esta forma de relacionarse con la gente en sus actividades cotidianas. “El trato con la gente no fue malo, pero sí fue apático hacia mí. Nosotros, aunque no conozcamos a la persona ya estamos sonriéndole, entonces él [su esposo] me decía: ¿y por qué te ríes con todo el mundo?, y ¿por qué dices al cajero que te está cobrando ‘mi amor’?, no es tu amor; osea, te va a venir echando los perros y te va a faltar el respeto. Fue un choque muy fuerte” (Susana, entrevista, 2013).

Otra venezolana dice que acostumbrada en su país a saludar de abrazo y beso a quien recién le presentan, empezó a abstenerse de ello en Tijuana cuando notó que era vista con sorpresa, como si las personas se preguntaran “¿y esta vieja qué?” (Gina, entrevista, 2014);

⁴⁵ ‘Pana’ significa amigo, camarada o buena gente.

mientras Denisse, describe que el ser “confianzuda” es algo que ha aprendido a moderar, siendo “un poco más seria con los hombres aquí en Tijuana, porque [...] me he dado cuenta que mal interpretan el ser alegre [...] he aprendido de entrada [a mostrar] mi carota de perro, porque no quiero que piensen que me estoy resbalando o algo así, porque antes me pasaba muy seguido [...] y en la universidad mis amigos eran los que me decían: mira, no debes ser así, porque uno piensa que le estás aventando el calzón” (Denisse, entrevista, 2013).

En estas anécdotas es notable que las miradas sancionadoras o las que sugieren un cambio de actitud provienen del círculo íntimo o de gente cercana a las inmigrantes en la sociedad de acogida, lo cual incita en ellas una necesidad de modificar su manera de ser para no entorpecer las relaciones con los demás y evitar que se interprete su actitud como coquetería. Es decir, la mirada del otro llega a incidir en su pauta de comportamiento, lo que guarda relación con lo señalado en el capítulo teórico sobre las identidades semantizadas, que llegan a generar compromisos identitarios que son asumidos con respecto a los otros (identidades asumidas).

Las diferencias que hacen los venezolanos también se describen en torno al exteriorizar las emociones y el ser “amiguero”. Sobre el primer punto, Glenda refiere el haber asistido con otras venezolanas a conciertos y juegos de béisbol locales, y notar que en dichos eventos ellas eran las que gritaban, se ponían de pie o cantaban, y que el resto de personas “estaban allí, mirando [el espectáculo] impávidas” (Glenda, entrevista, 2014); y respecto al segundo punto, hay entrevistados que perciben que el mexicano en Tijuana es reservado, que se dedica a sus cosas y eso lo vuelve menos sociable, como Lauro, quien cuenta que en la cuadra donde reside no conoce a nadie, “ni al vecino de al lado, ni al del otro lado, ni al del frente; he vivido en varias partes de Tijuana y la gente es así. Y en Venezuela no, conoces al del frente y te saluda, te habla, te pita y te invita a su casa, te abre las puertas, el venezolano es así, amiguero, más abierto” (Lauro, entrevista, 2013); o Yazmín, cuando dice sentir que “aquí es una sociedad fría, distante. No lo veo en un mal punto, yo también he entrado ya en esta rutina de que estás en tu trabajo, tus cosas, y ya” (Yazmín, entrevista, 2013).

Ahora bien, en cuanto a la autoadscripción de “amiguero”, existen lecturas distintas en los propios informantes, pues en ciertos relatos se menciona esta característica como visible en

el venezolano de antes, en comparación con el de la actualidad que “es desconfiado, que tiene como más malicia por el estilo de vida que hoy lleva” (Harry, entrevista, 2014), porque “el venezolano actual es una persona que está a la defensiva todo el tiempo, pero es debido a la inseguridad, a la escasez” (Gina, entrevista, 2014). Así, en las demarcaciones también se consideran variaciones identitarias en los sujetos de su propio contexto de origen por condiciones externas, de acuerdo con sus interpretaciones, y esto conlleva a visualizar que en sus comparaciones de presente y pasado, se perciben cambios en la sociedad que se dejó atrás, cambios que ya no se corresponden con lo idealizado o con aquello a lo que se perteneció.

Adicionalmente, hay que destacar que en las apreciaciones de los venezolanos sobre ‘los otros’ en Tijuana y en frases señaladas arriba como “no era rechazo”, “me han tratado muy bien” o “el trato con la gente no fue malo”, se evidencia que para ellos el que sean poco expresivos no implica que sean excluyentes, lo que resulta importante para el análisis de cómo desarrollan sus relaciones sociales en la sociedad receptora, como se verá en el capítulo IV.

Roles de género y desencuentros culturales

Si bien la dimensión de género no es un eje central de análisis de este trabajo de investigación, es necesario presentar cómo en los relatos de los entrevistados las construcciones culturales en torno al rol de hombres y mujeres son objeto de demarcaciones en sus relaciones con la sociedad receptora, diferenciaciones que se dan a través de sus experiencias y desencuentros en este ámbito y que se corresponden con los valores cultivados y aprendidos en sus marcos simbólicos. Lo que sustenta especialmente este subapartado, es el manejo de estereotipos vinculados al género, pues constituyen categorizaciones sociales generalizadoras con las que se suele definir al otro en las dinámica identitarias.

Los resultados pueden resumirse en dos indicadores estereotípicos hallados: 1) el machismo, mencionado por más de la mitad de los entrevistados como un rasgo de la sociedad mexicana que dicen haber experimentado en su convivencia e ilustran con las figuras de hombres controladores y mujeres sumisas; y 2) mujer ‘suelta’, como según sus relatos se suele ver en la sociedad receptora a una mujer que es independiente y extrovertida, rasgos que ellos destacan en la venezolana. Estas construcciones estereotípicas se detectan cuando mencionan

los conflictos que estas formas distintas de ser provocan en las relaciones de pareja, los matrimonios mixtos y al socializar en ciertos contextos, como se ve en estas citas.

Mira, nosotros los venezolanos, si estamos en una fiesta, osea, yo puedo bailar con la esposa de mi amigo y no hay problema, pero aquí te miran muy feo, casi que te matan [ríe]. Fíjate: tenemos una amiga venezolana casada con un mexicano y le gusta a ella bailar y él es de esos mexicanos de Sinaloa, bien machote, y en una reunión que tuvimos, mi esposa lo saca a bailar. Luego, él estaba sentado, miraba [...] le hacíamos gracia para que bailara y nada, y ya después hablando con él, se me queda mirando así como diciendo ¿qué pasó? [...] le digo: ¿te pasa algo? No, tú sabes qué me pasa, que yo creí que tenía que aguantarme que tú sacaras a mi esposa [a bailar]. Yo nunca me esperé esa respuesta (Ivo, entrevista, 2013).

Me sentí presa dos años con mi pareja, porque él no quería que fuera sola ni al supermercado, no quería que sacara licencia, la visa a Estados Unidos, porque qué iba a hacer yo allá; para todo era un pero, no sé si era él o todo mexicano es así, pero fue mi caso. Dice un dicho: la mula no es de cerca, sino que está afilada, entonces esos dos años fueron difíciles, yo me sentía que no era nadie, era llorar y llorar, hasta el día que dije: bueno, vine a esta tierra para hacer algo, con él o sin él. Soy una profesional. Todo lo empecé a hacer a escondidas [...] se fue de viaje y aproveché, saqué primero la licencia, luego el carro, todo lo tengo es gracias a mí [...] ya me importa un churro lo que él piense [ríe] (Susana, entrevista, 2013).

Hay una diferencia muy grande entre el que está casado con una mexicana, al que está casado con una venezolana, hay una distancia del suelo a la luna, porque la mujer venezolana es *echadora de vainas*⁴⁶, le gusta tomar, las fiestas, bailar; sí hay mexicanas así, pero no es el común denominador [...] las mexicanas, me ha tocado que dicen: no me gustan este tipo de reuniones, porque las venezolanas son muy pasadas. Las ven muy sueltas, porque cuando llegan ellas dicen: ¡ay mi amor! ¿Cómo estás? y te besan y te abrazan, pero la mujer mexicana lo ve mal (Lauro, entrevista, 2013).

En cuanto a estos pasajes, es necesario rescatar el lugar de enunciación para entender sus marcos de comparación. En el primero, se trata de un venezolano, cuya pareja es de su misma cultura de origen; en el segundo, una venezolana casada con un mexicano; y en el tercero, un venezolano casado con una mexicana. A estos datos hay que sumar otras diferenciaciones que se dan en los relatos en torno a la mujer ‘suelta’ y tienen que ver con la forma de vestir, pues cuando describen a las mujeres mexicanas, los informantes exponen cualidades como recatadas, conservadoras, sencillas y pudorosas; y en el caso de las venezolanas, que son “menos penosas” (Mauro, entrevista, 2013) o “menos tapaditas” (Glenda, entrevista, 2014), lo que atribuyen a sus costumbres de influencia caribeña.

⁴⁶ Echadora de vainas en el contexto de esta oración, significa que le gusta hacer bromas.

Se distinguen entonces dos maneras de encarar esas tensiones en torno a la vestimenta: una de diferenciación o resistencia, como la de Marina, quien cuenta que cuando se va de rumba, siempre “le ven feo” su forma de vestir, pero que ella no se ha limitado: “yo me sigo vistiendo igual” (Marina, entrevista, 2014); y otra de asimilación, como la de Gina, una arquitecta que dice tener que reprimirse en ese sentido por el trabajo que desempeña dirigiendo obras civiles y por tanto, a trabajadores del sexo opuesto, porque “aquí en Tijuana, con shorts, *camisetitas* no puedo andar. Siento los ojos, las miradas y son de morbo. Eso lo puedo hacer en San Diego o en Venezuela, pero en Tijuana yo siento que no, no me siento tranquila [...] aquí como te ven, te tratan” (Gina, entrevista, 2014). En otras mujeres de la muestra se encontró también la inclinación hacia una u otra postura.

Es así que de la revisión de los relatos donde se construyen estas diferencias estereotípicas, es posible establecer que en sus valores internalizados en torno a los roles de género se dan continuos cuestionamientos frente a aquellos que se presentan en la sociedad receptora. Esta situación da lugar, por un lado, a resistencias que se pueden expresar en los hábitos, manteniendo esas fronteras simbólicas y atendiendo a una particularidad que no se desea cambiar; y transgrediendo incluso las lógicas de “los otros” y del lugar de residencia actual, como se ve en el tema de dar cuentas al marido o en la vestimenta de las mujeres; y por otro lado, asumiendo lo que impone el contexto para no tener conflictos en la convivencia, para integrarse o ser parte de esas lógicas, aunque se manifiesten esos límites con expresiones como “reprimirse” o en el caso de los hombres, al destacar positivamente la idiosincrasia de la mujer venezolana, pese a estar casado con una mexicana.

El sentido de patriotismo

Algo que los venezolanos en Tijuana destacan de la sociedad de acogida es el sentido de patriotismo sembrado en las personas, una distinción que hacen de los mexicanos y que ven reflejado en su forma de celebrar las fiestas patrias como el Grito de la Independencia y en el “amor a los símbolos patrios que se inculca con énfasis desde la niñez” (Denisse, entrevista, 2013), lo cual comparan con su contexto de origen y les parece admirable.

Para David, la fiesta de ‘El Grito’ es “impresionante”, porque “todo el mundo se alista para eso; pero en mi país no; allí el 5 de Julio [Día de la Independencia en Venezuela] es solo vacaciones, es feriado y vámonos a la playa y aquí no, aquí van a los desfiles y eso me gusta” (David, entrevista, 2013); mientras que otro venezolano, cuya hija es mexicana, dice ir a los actos de su escuela y contagiarse cuando ve el saludo a la bandera. “Todos los padres, todo el mundo lo hace igual, y pues hasta aprendo a hacerlo yo. No lo siento de corazón, lo hago por conducción, por imitación, pero ese tipo de cosas me gustan mucho. Los venezolanos no lo hacemos así, somos un poco más relajados, más despreocupados, desgraciadamente” (Harry, entrevista, 2014). Es así que el sentido de patriotismo es una carencia que se detecta en la interacción con “los otros” y que no solo se cuestiona sobre su entorno de origen desde el contexto de residencia actual, sino que también se reconoce y se emula en su vida cotidiana en Tijuana; empíricamente, esto explica los planteamientos constructivistas en torno a que las identidades son performativas, porque al estar en constante construcción, toman aquello que no se es o que está en el afuera constitutivo para completar ese proceso.

Chávez, mujeres bellas y petróleo, el venezolano desde la mirada de ‘el otro’.

Me presento y dicen: ‘ay, qué bonita, como todas las venezolanas’, o que el petróleo y que Chávez. Como que en realidad no hay mucha información en Tijuana, se conoce muy poco de nosotros y yo creo que los venezolanos tienen una cultura digna de darse a conocer.

(Yazmín, entrevista, 2013)

Se destacó anteriormente que en la construcción de la diferencia el auto-reconocimiento identitario no puede prescindir del reconocimiento del otro para que el sujeto pueda afirmar su existencia social y pública, dinámica que surge de la interacción social. Ahora bien, durante el trabajo de campo, los informantes hicieron hincapié en otro tipo de adscripciones que reciben frecuentemente de la sociedad de acogida, y que no provienen precisamente de atributos particularizantes que surjan del contacto directo de la sociedad de Tijuana con ellos, sino que se trata de referentes obtenidos de información previa. De este modo, en prácticamente todas las entrevistas se mencionó que se los asocia de manera recurrente con el fallecido presidente Hugo Chávez; con las mujeres bellas; y con el petróleo, imágenes de las que se deslindan o

que reafirman, según el caso. Así, cuando se trata de petróleo⁴⁷ en los relatos de vida se puede apreciar un auto-reconocimiento de la identidad del venezolano con ese producto; se dice que petróleo y Venezuela son sinónimos, porque es parte de la cultura, porque “es un tema muy frecuente, del que todo el mundo habla, del petróleo, la gasolina, uno extraña la pasión con que se vive eso, es parte de uno” (Ivo, entrevista, 2013).

En cuanto a mujeres bellas⁴⁸, dicha adscripción imputada es asumida por los y las informantes y se observa en las narraciones donde refieren que el venezolano presume de ello: “A nosotras eso nos halaga y me preguntan: ¿todas las mujeres son bonitas? más que todo los caballeros, por eso del Miss Universo” (Susana, entrevista, 2013); “Les digo que sí, que hay chicas lindas, que las feas son las que mandamos a concursar” (Harry, entrevista, 2014); o al señalar que la mujer venezolana cuida mucho su imagen externa, porque “aunque una esté dentro de la casa limpiando, hay que estar maquillada, vestida, *entaconada*⁴⁹” (Glenda, entrevista, 2014); aunque también hay quienes lo refutan irónicamente al decir que es “un mito” (Marina, entrevista, 2014) o que “hay mucho bisturí” (David, entrevista, 2013).

Por el contrario, cuando se les asocia con el tema político a través de la identificación con Hugo Chávez, los relatos oscilan entre el humor que ello les causa y el desagrado, pues es una imagen que para ellos no constituye un referente de identidad. En ciertas entrevistas, es notorio el que tratan de deslindarse de esa figura diciendo que “la política y el país está así, pero no uno” (Joe, entrevista, 2014), o evitando confrontar cuando reciben comentarios positivos o negativos de los líderes del país sudamericano [Chávez o el actual presidente, Nicolás Maduro]. “Creo que es la actitud sana que tenemos que asumir los que estamos afuera [de Venezuela], no pelear porque soy chavista o tú eres *escuálido*⁵⁰; primero, nadie nos tiene que etiquetar; y segundo, yo soy venezolano desde antes que llegara Chávez [...] entonces, me desentiendo de esa parte y lo menos que se pueda tocar el tema” (Franco, entrevista, 2013).

⁴⁷ En un estudio sobre la dimensión psicosocial del petróleo en Venezuela se afirma que en este país se sembró el petróleo en la gente, anímica y tangiblemente. Véase Acosta (2006).

⁴⁸ Tras la creación del certamen Miss Universo en Estados Unidos, en 1952, Venezuela se ha convertido en el país con más coronas de belleza ganadas: suma siete, la más reciente de 2013. Por consiguiente, la asociación entre esta designación de ‘la mujer más bella del mundo’ con las venezolanas es recurrente en el imaginario global, pues se trata de un referente ampliamente difundido y un evento bastante mediático.

⁴⁹ Entaconada es una expresión popular en México para referirse a la mujer que usa zapatos de tacón alto.

⁵⁰ El término ‘escuálidos’ fue empleado por el ex presidente Hugo Chávez para descalificar a sus opositores; mientras que los ‘chavistas’ son sus seguidores, etiquetas que se mantienen en el gobierno de Nicolás Maduro.

Hay que añadir que el discurso de Franco tiene como trasfondo un conflicto de estigma identitario que los venezolanos han enfrentado y siguen viviendo en su país, y del cual difícilmente pueden desprenderse fuera de las fronteras venezolanas⁵¹. En las entrevistas y en charlas informales durante el trabajo de campo, fue posible recabar comentarios en torno al peso que las etiquetas de *chavistas* o de *escuálidos* tiene en el contexto y en la vida del venezolano, especialmente por las divisiones que han llegado a generar, no solo en la sociedad venezolana, sino también dentro de los núcleos familiares en los últimos 15 años. Es que independientemente de la figura del chavismo, el tema político de Venezuela atraviesa las biografías personales de gran parte de los inmigrantes, lo que incluso, ha generado ciertas dinámicas entre paisanos en Tijuana, como se verá en el próximo capítulo.

En sí, en este apartado se puede dilucidar que la existencia social de los venezolanos en la sociedad receptora se afirma mediante referentes comunes que “los otros” hacen de ellos, los cuales, si bien pueden o no empatar con el auto-reconocimiento de estos inmigrantes, les ubica dentro de una identidad colectiva que les hace particulares frente a aquellos que no comparten esas adscripciones, es decir, de los mexicanos de Tijuana.

Del picante y otros choques gastronómicos

Me quedó un trauma y todo lo que me ofrecen yo [pregunto] ¿tiene picante? Y aquí es muy típico eso de decirte ‘eso no enchila, no pica nada’ [...] al picante no me adapto, la comida mexicana es rica, pero eso es lo que me cuesta [...] Las tortillas, en Venezuela tampoco se comen. Yo de hecho como tortillas cuando salgo a la calle o me invitan unos tacos o llego a la casa de alguien, las agarro, pero normalmente, dentro de mi mercado, yo nunca meto tortillas, porque no estoy acostumbrada, prefiero seguir comiéndome mi arepa⁵², mi pan, mi plátano, mi pedazo de yuca (Gina, entrevista, 2014).

En el análisis de las entrevistas, sale a la luz que la comida mexicana es el tema que acapara los relatos de los venezolanos al hablar de las dificultades que como inmigrantes han tenido

⁵¹ En Estados Unidos se identificaron más de 17 grupos conformados por inmigrantes venezolanos en apoyo al Presidente Chávez en el exterior, como la Coalición de Chicago por Venezuela, el Círculo Bolivariano de New York; entre otros. Como contraparte, hay asociaciones como la Organización de Venezolanos en el Exterior (Orvex) compuesta por residentes “que se han sentido perseguidos por disentir de la ideología de la Revolución Bolivariana [...] La función de estos grupos, ha sido la de crear una identidad comunitaria entre los venezolanos de reciente inmigración en ese país” (Guardia, 2007).

⁵² La arepa es una comida típica de la gastronomía venezolana, hecha a base de harina pan (harina de maíz o de trigo), tradicionalmente se come rellena. Se asemejan a las gorditas mexicanas.

que sortear en Tijuana o en México, y al respecto, se hace especial alusión al picante y a las tortillas con que se sirven los platillos, dos productos que no son parte de la base alimenticia en la cultura de Venezuela, país que tiene entre sus ingredientes básicos la “harina pan”, el arroz, la pasta, y mezclar lo salado y lo dulce en las recetas, según los informantes. Así, las anécdotas con el picante en los inicios de su asentamiento en México son vistas para la mitad de los entrevistados como una prueba superada, como se aprecia en esta cita: “cuando llegué a Tijuana probaba algo de chile y se me inflamaban los labios, me ponía rojo y me caía bien pesado, y ahorita si no tienen un toquecito de chile ciertas cosas pues, no es que lo pido, pero me gusta cuando lo tienen, porque antes devolvía todo” (Harry, entrevista, 2014); o en el caso de Lauro, quien cuenta que como su esposa es mexicana, su cuñado le “hacía maldades con el chile cuando iba a visitarla a Villahermosa, y yo tirándome de muy macho le echaba y aprendí a tolerarlo” (Lauro, entrevista, 2013). Mientras que para la otra mitad de la muestra, el picante constituye una costumbre que difícilmente se podrá adoptar, incluso, pese a un largo tiempo de residencia en México.

A estas narrativas se añaden otras diferencias construidas en torno a lo culinario que se siguen viendo como chocantes, como la práctica de manipular la comida o “eso de agarrar todo con las manos” (Ivo, entrevista, 2013; Harry, entrevista, 2014); el que los platillos sean “muy grasosos” (Susana, entrevista, 2013) o poco variados, según esta opinión:

Mira, yo soy muy comelón, yo como de todo, pero noto es que todo es igual: taco, taco, taco; burrito, burrito, en cambio allá en Venezuela si no consigues arepas hay tequeños⁵³, si no hay tequeños hay cachapas⁵⁴, si no hay cachapas hay cachitos⁵⁵, si no hay cachitos hay bollitos⁵⁶, hay muchas cosas ¿entiendes? Y aparte con lo que acompañas las comidas. Allá hay muy variado las salsas, todo lo que se te ocurra: salsa de ajo, de tomate, de queso, de cebolla, de queso amarillo, salsa de pimentón, de camarón y todo aquí es chile y guacamole y entonces, ahora yo hago mi salsa de ajo y cuando me voy a comer, ahí me la llevo, saco mi salsa de ajo (Lucas, entrevista, 2013).

Salta a la vista en este y en los demás relatos analizados que los venezolanos, al igual que sucede con el paisaje, visto en un apartado anterior, expresan nostalgia por los platos típicos

⁵³ Los tequeños son bocaditos de masa de harina de trigo rellenos de queso blanco frito, que tienen forma de deditos. Se sirve en las fiestas y reuniones, como “*pasapalos*” (para pasar o acompañar las bebidas).

⁵⁴ Cachapas: muy parecidas al panqueque, son hechas de “*jojoto*” (maíz o elote muy tierno molido).

⁵⁵ Cachito: pan relleno de jamón y queso, típico de las panaderías venezolanas.

⁵⁶ Bollos: bolas de masa de harina de maíz precocida rellenas con carne de res, cerdo o pollo, cocinados luego en agua o en una salsa a base de tomates.

de su país de origen –la arepa venezolana aparece en todos los relatos–, una añoranza que muestra el fuerte contenido simbólico que tiene la comida para los inmigrantes, lo que les lleva a buscar modos de reproducirla en el nuevo lugar de residencia. Sobre este tema se profundizará en el siguiente capítulo, por la importancia que tiene en sus estrategias de integración en Tijuana.

La “rumba” y gustos musicales

El primer año que estuve aquí fui a una fiesta, ellos le llaman *el party* y me dije guao, me voy a cobrar estas fiestas, pero todos sentados, escuchando música ‘*tiquirín*’, ‘*tiquirín*’, ‘*tiquirín*’ y tomando cerveza y yo [diciéndome] ¿cuándo van a bailar? Pónganme una salsa, un merengue. No, yo dije, como a las 2 [de la madrugada] agarré, me levanté y me fui, ya me estaba durmiendo, nada que ver con la costumbre de nosotros de que es a todo volumen la corneta, cerveza, bailando, echando bromas; aquí es dos personas por aquí, dos personas por allá, el grupo por allá. Es su cultura, pero a mí me resulta aburrido ¿verdad?, para ellos es lo normal, así como para ellos será que nosotros somos muy alborotados (Lucas, entrevista, 2013).

Cuando al venezolano se le pregunta por aquello que lo define, el ser fiestero está entre las primeras cualidades de su lista, de modo que el gusto por el baile, por cierto tipo de música y la celebración con bullicio, se traducen en un solo término: “rumbear”. Parte de las fronteras simbólicas que construyen estos inmigrantes en Tijuana, precisamente se sustentan en esta forma de vivir las reuniones sociales y festejos, al comparar la música norteña o la banda, con los ritmos caribeños (salsa, merengue y bachata, especialmente); también el bailar y la manera de hacerlo; así como las interacciones que se dan en estos encuentros tanto en la cultura de origen como en la actual. En este sentido, se pueden identificar dos discursos en los informantes: uno, el de quienes dicen añorar sus rumbas, pero que ya se adaptaron a lo norteño porque “es lo que hay” (Susana, entrevista, 2013) o “se aprende a disfrutar de otro modo” (Marina, entrevista, 2014); y otro que refleja un deseo de nunca acostumbrarse, específicamente a la música de banda y a los narcocorridos, porque no les gustan o no los soportan (Harry, entrevistas, 2014; Glenda, entrevista, 2014; y Wilfred, entrevista, 2013).

En estos relatos se pueden vislumbrar movi­lidades y persistencias culturales que responden a decisiones y motivaciones individuales. Por un lado, los sujetos toman lo que está disponible, se lo acepta como una imposición y como parte de que se está en otro lugar, pero también hasta se llega a disfrutar de la diferencia, sin que ello implique distanciarse de sus

referentes de origen; mientras que por otro lado, se opta por la persistencia de límites que se traducen en el deseo de no asimilar gustos musicales que les resultan ajenos o con los que no se siente identificación, como un mecanismo para mantener ámbitos culturales propios o exclusivos. La rumba se considera parte del estilo de vida del venezolano, de acuerdo con la mayoría de relatos, y ello implica que en los cumpleaños y fechas especiales se incluya esta práctica; así, hay narrativas donde se hace énfasis en lo distinto que se viven las festividades en Venezuela y en Tijuana, como se ejemplifica a continuación:

La primera Navidad mía aquí, me salí a la calle y mis papás ¿A dónde vas? pues es Navidad, voy a la calle [...] yo estaba en Playas [de Tijuana], salí y lo que veía era neblina y silencio. No había fiesta, no estaban las puertas abiertas en las casas, no había música, no había gente en la calle y yo era así: ¿qué? ¿Y esto? ¿Es la playa? ¿Dónde están los negros, las matas de coco, los tambores, el ron? eso fue un choque. Poco a poco me he ido adaptando [...] he conocido gente chida de Veracruz, del sur, que son muy bailadores y muy fiesteros y con ellos salgo, pero de Tijuana, nada, no bailan nuestros ritmos, en eso sí, la cultura venezolana es muy diferente a la cultura tijuana. Y sí, añoro irme para allá [Venezuela], salir y estar hasta las seis de la mañana tocando tambores y bailando, bebiendo, cantando, llameando,⁵⁷ no sé si yo aquí estoy en el grupo equivocado, entonces me he vuelto muy solitaria (Yazmín, entrevista, 2013).

Forma de hablar. “Nosotros no hablamos, gritamos”

Un rasgo caracteriológico que destacan los venezolanos entrevistados es su forma de hablar a pesar de que comparten el mismo idioma con la sociedad de acogida. Se autoreconocen como escandalosos, que parece que todo el tiempo están gritando, lo que sumado a su acento caribeño, hace que en Tijuana se los distinga, no como venezolanos, pues muchos no identifican su procedencia al hablar, pero sí como inmigrantes que no son mexicanos. Al ser el lenguaje el medio articulador de las interacciones, el uso de palabras del léxico mexicano o tijuana es algo que han ido adquiriendo rápidamente, motivados por sus relaciones en la vida cotidiana y para evitar obstáculos en la comunicación, lo que en sí no ha representado mayores dificultades de adaptación, así como tampoco lo ha sido el aprender el significado que ciertas expresiones venezolanas tienen en Tijuana, para evitar malentendidos.

Al respecto, son comunes las anécdotas en torno a frases como “te doy la cola” (te doy *raite* o aventón); y “echémonos unos palitos” (tomemos unos tragos); así como también el

⁵⁷ Aquí la entrevistada se refiere a las fogatas que se hacen al aire libre.

haber tenido que moderar el uso de palabras como “verga” o “coño”, que en Venezuela son comunes para expresar sorpresa o malestar, y se emplean en todo momento. Como explica un informante: “hay palabras que son parte de tus raíces, pero realmente como no las utilizas, porque en el vocablo con la gente que convives no lo oyes a cada rato, lo vas dejando ahí, a un lado. A veces lo utilizas cuando quieres resaltar y que se den cuenta que tú no eres de aquí, ‘y coño, cómo está la vaina, está chévere’, pero ya lo dices para que la demás gente vea y te diga: ¡ah!, este no es de aquí” (Lauro, entrevista, 2013).

La incorporación de expresiones lingüísticas del contexto mexicano por parte de los venezolanos fue observable en la mayoría de las entrevistas, lo que refleja cómo el nuevo lenguaje adquirido, además de facilitar las relaciones sociales en su vida cotidiana, les amplía su visión del mundo al comprender los contextos y referentes desde los cuales se manejan los términos y sus contenidos, al igual que también, el no manejo de las mismas palabras, de manera intencional o espontánea, les permite mantener límites con los otros y marcar su pertenencia con su sociedad de origen. Aquí vuelve a entrar en juego lo performativo de la identidad, que se mencionaba en otro apartado, pues si bien en la mayoría de informantes se notó que no hay una pérdida de su acento caribeño, excepto por un caso, el uso de las nuevas palabras es notable en sus interacciones con “los otros” no venezolanos, pero se dejan de lado cuando se está entre connacionales.

3.4. Reflexiones finales

En este capítulo se pudieron identificar las trayectorias migratorias de los venezolanos en Tijuana, donde se destaca, de acuerdo con los sujetos estudiados, que se trata de una inmigración reciente, con no más de 15 años en esta ciudad fronteriza; existe en estos sujetos una noción de que el venezolano preparado o profesionalista es el que emigra, lo cual coincide con los datos recopilados en torno al fenómeno migratorio de ese país sudamericano. También se observa que los venezolanos eligieron a Tijuana como su destino final y no como un lugar de paso ante un proyecto fallido de llegar a los Estados Unidos, salvo un caso; y además, que hicieron uso de su capital social o conexiones fuera de Venezuela para emigrar. Por un lado, empujados por la situación social y política del país, y por otro, valiéndose de lazos laborales, familiares y de pareja que contribuyeron a la elección de esta ciudad mexicana.

A continuación, se abordaron diferencias socio-espaciales detectadas en los relatos de los informantes, en donde la comparación con sus referentes de origen y el aprendizaje sobre el contexto de Tijuana, han dado pie a la construcción de sentido en el nuevo entorno. Como se vio, las distinciones en torno al paisaje están cargadas por la añoranza hacia el clima y el verdor del lugar de origen; el desconocimiento sobre “el otro lado”, incluye demarcaciones en torno a la realidad migratoria de los venezolanos frente a la de los mexicanos, así como un aprendizaje e incorporación a ciertas dinámicas que caracterizan a esta ciudad; mientras que la percepción de los venezolanos sobre la (in)seguridad ha dado paso a una marcada preferencia por el contexto actual, al experimentar un ambiente que para ellos es más seguro.

En cuanto a las fronteras simbólicas se identificaron aspectos que para los inmigrantes han representado choques culturales, como la forma de expresar afecto y de socializar en la sociedad de Tijuana que para ellos resulta seria o algo fría; los desencuentros en torno a los roles de género, a través de figuras estereotípicas como el machismo y la mujer ‘suelta’, adscrita a ‘los otros’ y a las venezolanas, respectivamente; así como los que se generan por la manera distinta de festejar y los gustos musicales en esta ciudad fronteriza, en comparación con la “rumba” venezolana. Están también las diferencias gastronómicas y las dificultades de adaptación que persisten en parte de los inmigrantes en torno al picante y las tortillas; el anecdótico y rápido aprendizaje del léxico de Tijuana para no obstaculizar la comunicación; y la identificación del sentido de patriotismo como algo admirable y que se imita de los mexicanos. A lo anterior se suman las heteroadscripciones que los venezolanos dicen recibir de la sociedad receptora; algunas, imputaciones que son asumidas por ellos como la del venezolano, sinónimo de petróleo, por estar arraigado en la población del país sudamericano; y el que las venezolanas son mujeres bellas, al reafirmar un rasgo identitario que se autoadscriben en torno al culto a la belleza femenina en ese país.

Como se puede vislumbrar, los resultados dan cuenta de las experiencias de los inmigrantes en su contexto de residencia actual, pero también de cómo sus identidades se han ido reconfigurando en su vida cotidiana a través de ciertas adaptaciones, unas más sencillas, más pragmáticas o urgentes, ante la necesidad de no estropear sus relaciones sociales y de moverse sin mayores dificultades en su actual universo simbólico, como ocurre con el aprendizaje de términos lingüísticos y las expresiones afectivas que especialmente las mujeres

deben moderar. Pero además, se evidencia cómo persisten resistencias que se traducen en el mantenimiento de fronteras simbólicas, especialmente en cuanto a los roles de género, donde el machismo es rechazado y genera discrepancias en los matrimonios mixtos.

La mirada del otro llega a incidir en ciertas pautas de comportamiento, lo que guarda relación con dos factores: por un lado, un deseo de encajar en las lógicas del contexto de residencia; y por otro, como un requerimiento para evitar conflictos en las interacciones, como ocurre en ciertos casos con la forma de vestir de las mujeres. Así, se producen negociaciones donde entra en juego una suerte de performatividad que les posibilita conectar con la sociedad de acogida cuando se mueven en ese mundo simbólico, pero a la vez reafirmar sus particularidades y mantener sus vínculos de pertenencia con sus referentes de origen cuando se mueven en sus ámbitos privados o entre sus similares.

La añoranza, como se da con el paisaje, por ser un espacio delimitado en la memoria, resulta vital en el ordenamiento de su nuevo contexto de referencia, y constituye un elemento que es idealizado, al igual que la gastronomía y la ‘rumba’, pero estos dos hábitos, a diferencia del paisaje, sí posibilitan apropiaciones y reproducciones, como se verá en el siguiente capítulo referente a las estrategias de integración.

CAPÍTULO IV. ESTRATEGIAS DE INTEGRACIÓN CULTURAL DE LOS VENEZOLANOS EN TIJUANA: PRÁCTICAS Y EXPECTATIVAS

En ese capítulo se desarrollarán las estrategias que desarrollan los venezolanos en Tijuana en su proceso de integración cultural, es decir, las prácticas a través de las cuales expresan su identidad, así como también aquellas que reflejan la impronta de sus interacciones con ‘los otros’. Como se sustentó en el capítulo teórico, para esta investigación se contempla el concepto de integración desde una perspectiva multicultural, esto es, que a diferencia de las teorías asimilacionistas, los inmigrantes no necesariamente abandonan sus particularidades en la sociedad de acogida (Alarcón, *et al.*, 2012). Se trata, entonces, de un proceso en el que los venezolanos transitan entre tácticas de asimilación y de resistencia, y llegan a crear puntos intermedios o negociaciones identitarias en su vida cotidiana.

Hay que considerar dentro de este capítulo que en las dinámicas de los venezolanos el contexto socio-espacial de Tijuana juega un papel fundamental en sus reproducciones y reconfiguraciones identitarias, pues como se verá más adelante, no se trata de una sociedad en la que estos extranjeros sientan que deben ocultar totalmente su diferencia; a esto se suman las expectativas y aspiraciones que los sujetos construyen en el lugar de residencia. Tomando en cuenta algunos marcadores diferenciadores obtenidos de los relatos de los venezolanos respecto a su convivencia como inmigrantes, así como otras narrativas y aspectos observados durante el trabajo de campo, a continuación se presentará cómo viven sus procesos de integración cultural los venezolanos en esta ciudad, para lo cual se tomarán en cuenta dos dimensiones: una práctica y una subjetiva.

Dentro de la dimensión práctica se desarrollarán las estrategias individuales de los venezolanos, ligadas a la reproducción y al reacomodo de sus usos y costumbres en su vida como inmigrantes. En esta sección, se desarrollará especialmente un subapartado sobre las negociaciones culinarias, por ser un tema central en los relatos de los sujetos de estudio; mientras que en otro segmento se verán sus estrategias colectivas, en donde entran en juego sus relaciones sociales tanto con la sociedad receptora, como con sus connacionales, lo que da pie a algunas formas de contacto entre paisanos y al entendimiento de los significados que ellos otorgan a esos encuentros. En cuanto a la dimensión subjetiva, se tratarán los proyectos de vida, que comprenden sus sentidos de pertenencia y expectativas futuras.

4.1. Estrategias individuales: usos y costumbres

Antes de entrar en detalle en torno a las estrategias de los venezolanos para integrarse culturalmente a Tijuana, es necesario señalar que en la mayoría de los informantes hay relatos en común en torno a que deben adaptarse a la cultura mexicana para sobrellevar la vida en el actual lugar de residencia, pero también se manifiesta un deseo y búsqueda de no perder sus vínculos con la identidad de origen y tratar de mantener ciertas prácticas que se hacían en Venezuela. En algunos venezolanos este último aspecto está más marcado que en otros, y ello no necesariamente está ligado al tiempo de residencia en Tijuana. Pudiera pensarse que quienes tienen menos años viviendo en esta ciudad fronteriza se muestran más apegados a su cultura de origen, y que quienes llevan más años están más ‘mexicanizados’; pero como se mostrará a lo largo de este capítulo, esos comportamientos se deben más bien a una voluntad personal de asimilarse o de negociar sus diferencias, así como también a las posibilidades que el contexto socio-espacial les ofrece y permite. Ahora bien, en torno a sus usos y costumbres, la manera en que transitan entre lo venezolano y lo mexicano, o en la que reafirman su venezolanidad, culturalmente hablando, se pueden apreciar en estos relatos que pertenecen a inmigrantes que llevan diez, nueve y seis años en esta ciudad, respectivamente:

Como dice el dicho: en donde fueres, haz lo que vieres, entonces, yo igual sigo comprando mi harina pan, mi diablito⁵⁸, hago mis empanadas, mis arepas, igual, pero no como en Venezuela que tú te despiertas y de entrada, diario, a desayunar arepas o empanadas, aquí no, aquí ya he adoptado otras costumbres. Me desayuno fruta, como tacos, pero sí de vez en cuando me preparo mi pabellón⁵⁹, mi asado negro [...] Sí trato, no dejo de escuchar música de mi país, no dejo de vestirme como me gusta y como creo que así se visten en Venezuela, o cosas así. [...] Pero claro, tengo que adaptarme a lo que aquí se vive. (Denisse, entrevista, 2013).

Hago mi comida en casa, mi música no la dejo. Todas las mañanas me levanto y levanto al vecino a las siete de la mañana con mi salsa [ríte]. (Susana, entrevista, 2013)

El amor por Venezuela lo llevamos en casa todo el tiempo. Tenemos la bandera, hacemos arepas, tomamos ron de Venezuela, soy como adicta a ese tipo de cosas, clichés que amo [...] a mí no me puedes poner unos tambores sin que todo se me mueva, la salsa también ha venido con nosotros y la música llanera⁶⁰ suena en casa. (Yazmín, entrevista, 2013)

⁵⁸ Es un alimento para untar a base de pernil y lomo de cerdo. Su nombre procede de la marca: *Devil Ham* (jamón endiablado) luego *Diablitos Under Wood*, y aunque hay más marcas, los venezolanos les llaman a todas *diablitos*.

⁵⁹ El pabellón consiste en *caraotas* (frijoles negros), carne *mechada* (deshebrada), arroz blanco y *tajaditas* (rebanadas largas de plátano maduro frito)

⁶⁰ Es parte de la música folklórica venezolana.

Nótese aquí que los entrevistados hacen mención a prácticas que están relacionadas con sus hábitos y consumos y que constituyen fronteras simbólicas visualizadas en el capítulo anterior: por un lado, está la gastronomía y el hecho de reproducirla en Tijuana, tema que se desarrollará en el siguiente subapartado; y por otro, la música que les gusta o con la que se identifican, y este patrón se repite en más relatos que dan cuenta de que son actividades que están circunscritas al ámbito privado.

Negociaciones culinarias

La gastronomía es un tema predominante en los relatos de los informantes, no solo como un marco diferenciador con respecto a la sociedad receptora, sino también como objeto de adaptación y de dificultades, así como de estrategias que les llevan a reproducir sus prácticas culinarias en Tijuana. El procurar preparar platillos venezolanos en casa, actividad que se señala en todas las entrevistas, implica una salida a la añoranza constante por los sabores de su tierra, algo que funciona mejor en los hogares donde la familia está compuesta por venezolanos o en donde el inmigrante reside solo, porque se siente en libertad de preparar los alimentos que le gustan. “Claro, uno tiene que adaptarse, porque si no te vas a morir de hambre, pero como uno sabe cocinar, entonces no pues, voy a hacer lo que yo quiero, a mi gusto y en mi casa” (Joe, entrevista, 2014); mientras que en aquellos hogares donde hay matrimonios mixtos o hijos nacidos o criados en México, son inevitables las negociaciones culinarias, como cuenta Mauro, casado con una mexicana: “mi esposa casi ya no come chile, porque yo le digo, poquito, poquito, entonces llegamos a un punto medio. Ella antes comía mucho chile y yo nada, entonces ahora comemos tratando de equilibrar todo, costumbres mexicanas y venezolanas” (Mauro, entrevista, 2013); o como David, quien explica que su esposa se acostumbró a cocinar arroz para acompañar las comidas, como se acostumbra en Venezuela, a cambio de que él ya acepta las tortillas.

Esta conexión que se observa entre la gastronomía y la identidad del venezolano no es ajena a la que experimentan otros extranjeros en otros contextos de estudio cuando residen fuera de sus sociedades de origen, y ello se debe a que la comida se enmarca en una práctica cultural con la cual los individuos expresan su peculiaridad y a la vez, evitan el olvido de sus orígenes. Trabajos etnográficos sobre la relación entre la comida y los inmigrantes, reseñan

que el consumo de ciertos alimentos constituye un ritual en la vida cotidiana que contribuye a la negociación de una pertenencia y a la reconciliación con lo “mítico” que representa el hogar del que se distanciaron geográficamente (Rabikowska, 2010:378-396); de acuerdo con esta visión, en la elaboración de la comida y su consumo se proyecta el concepto del hogar, entendido como un estado de normalidad que se recupera ante las condiciones de vida que son desestabilizadas en la emigración, de tal modo que su preparación alivia el sentido de fragmentación o ruptura que provoca el desplazamiento y restaura la unidad imaginaria de los migrantes con su lugar de origen, al punto de que es idealizado mediante las prácticas y los rituales de consumo. Así “el inmigrante intenta reconstruir su modelo culinario original en el país de acogida: ingredientes, utensilios, preparación y presentación” (Abu-Sams, 2008:188), tarea en la que entran en juego adaptaciones a los artefactos que se encuentran disponibles. En principio, cuando se entra en contacto con una sociedad y una cultura diferente, la alimentación se adapta ante la falta de ciertos ingredientes y utensilios, pero con el tiempo, “al conseguir gustos y sabores casi idénticos a los del país de origen, se logra convivir con la cultura alimentaria de la sociedad receptora y se alza con fuerza como un signo que marca la identidad” (Abu-Sams, 2008:178).

Este ejercicio puede ser más fácil de llevar en contextos donde hay una alta concentración de originarios de un mismo grupo étnico, ante el surgimiento de restaurantes, tiendas y mercados donde hallar los productos nostálgicos. En el caso de los venezolanos en Tijuana no se puede hablar de la existencia de un mercado étnico físicamente visible en esta ciudad, pero sí de prácticas que se dan en la búsqueda de ingredientes para la recreación de sus platillos. Un alimento que todos mencionan preparar frecuentemente en casa es la arepa, que la equiparan con la tortilla mexicana por la importancia que tiene en la cultura gastronómica de sus orígenes; y en ese sentido, cómo obtener la harina pan, el elemento base para su preparación, es la pregunta obligada de todo venezolano de reciente inmigración en la ciudad, y la información que los más antiguos saben proporcionar. De acuerdo con los relatos de quienes tienen más tiempo de residencia en Tijuana, antes se podía hallar este producto en El Torito, un supermercado que estaba en la 5y10⁶¹, “pero lo quitaron, y bueno, te imaginarás que

⁶¹ La 5y10 es el nombre con que se conoce a un cruceo de Tijuana, atravesado por puentes peatonales y vehiculares, de mucho movimiento comercial y de transporte público. Debe su nombre a una antigua tienda que vendía artículos de 5 a 10 centavos de dólar, la cual se usaba de referencia para ubicar la zona.

sufría todo el mundo” (Marina, entrevista, 2014); es así que la única forma de obtener este ingrediente actualmente es en supermercados de Estados Unidos, lo cual, para quienes tienen visa implica tomarse un tiempo para el desplazamiento, y para quienes no, el hacer sus pedidos a cónyuges, parientes, amigos o a otros venezolanos que puedan cruzar.



Gráfica 2. Venezolanos con su harina pan. Foto: archivo particular



Gráfica 3. Arepas rellenas. Fuente: www.tuzonacaracas.com

A pesar de estas circunstancias, hay inmigrantes que afirman, de manera irónica, que conseguir la harina pan viviendo en Tijuana es más fácil que en Venezuela, donde hay problemas de escasez de productos básicos. En tanto, otros platillos típicos del país se pueden elaborar adaptando ciertos ingredientes locales:

Las arepas es lo que nunca me falta en mi casa. Siempre me traen la harina de San Diego, que no se consigue en Venezuela, pero aquí sí. Yo, si tengo harina puedo comer mis arepas todos los días y soy feliz. -¿Y el resto de la comida venezolana?- Con lo de aquí. A veces puede que consigas, nosotros le llamamos caraotas, aquí lo llaman frijoles negros, entonces: caraotas, arroz, carne deshebrada, que para nosotros es mechada; la tajadita, que es el plátano maduro frito, entonces ese ya es un plato típico de Venezuela, un pabellón. Y sí, mi esposa lo prepara, pero lo demás comemos mexicanito, con lo que hay aquí (Lucas, entrevista, 2013).

La preparación de los platos típicos, entonces, es un ritual en el que la integración de ingredientes locales y propios, no solo posibilitan negociaciones culinarias en la sociedad receptora, sino también la reproducción de una costumbre mediante la cual se materializa la nostalgia. En el capítulo anterior, sobre los choques gastronómicos, se pudo apreciar que los platillos a base de granos, con mezclas de sal y dulce, acompañados de arroz, de plátano, yuca, entre otros productos, son parte de la añoranza de los venezolanos y de su lista de compras; y aunque no todos se pueden conseguir, se pudo conocer en conversaciones informales durante el trabajo de campo, que algunas tácticas suelen ser encargarse en ciertos mercados productos que rara vez llegan, o pedirlos con ciertas características. Esto ocurre por ejemplo con el plátano macho, que debe consumirse en ciertos platillos cuando su cáscara está verde, por la consistencia y el sabor salado que tiene, para lo cual, hay quienes piden el producto sin madurar que suele almacenarse en las bodegas días antes de que salgan a la venta para los consumidores de Tijuana, quienes los consumen cuando están amarillos.

También es notable que la elaboración de la comida venezolana no solo involucra al inmigrante, sino también a los miembros de su entorno, como ocurre en los matrimonios mixtos; o con los amigos mexicanos a quienes se invita a probar sus platillos, como explica un informante al referirse a sus vecinos; e incluso se inculca a otros, ajenos a su cultura, para mantenerla: “Enseñé a la muchacha [empleada doméstica] a que hiciera sancocho, porque la sopa de aquí es diferente; [ella] hace la sopa como en Venezuela, hace la pasta como en Venezuela, la comida la dejé igualita” (Marina, entrevista, 2014). Acudir al único restaurante venezolano que existe en Tijuana, en la colonia 20 de Noviembre, es otra táctica que suelen adoptar algunos connacionales para reencontrarse con su comida, aunque el menú del país de origen es limitado. La dificultad de penetrar con la gastronomía venezolana en el consumo tijuanaense, a decir de su propietario, les obligó a ofrecer una carta mixta, de comida mexicana y venezolana a los comensales. Pero en el trabajo de campo se pudo constatar que el lugar es

un referente, no solo de los venezolanos radicados en esta ciudad, sino también de connacionales que residen en California, cuando están de paso del lado mexicano.



Gráfica 4. Restaurante venezolano en una feria gastronómica realizada en Plaza Galerías de Tijuana, en julio de 2013. Foto: Lorena Mena.

En el siguiente testimonio, en cambio, se aprecia una toma de conciencia en cuanto a la pérdida continua de las costumbres culinarias por la cotidianidad en la que se vive, y además de la harina pan y las arepas, se menciona a las hallacas⁶², comida típica de las fiestas navideñas en Venezuela, y cómo ha variado la costumbre de consumirlas:

Cada vez me acostumbro más a la comida mexicana, creo que antes si no teníamos la harina pan, que la adquirimos al *otro lado*, no dormíamos, porque había que hacer un viaje expreso a buscarla, pero hoy en día, si no tengo, bueno, a ver cuándo la compro que cruce, me da flojera, entonces poco a poco. Anteriormente yo no pasaba un diciembre sin hacer hallacas, los últimos dos años no las hemos hecho, las compro, las hago con otros amigos, y antes era religioso hacerlas en casa, entonces sí, poco a poco nos hemos ido, desgraciadamente, desapareciendo a esto, por comodidad, por facilidad, por lo que tú quieras (Harry, entrevista, 2014).

Puede verse entonces cómo el contexto de la sociedad de acogida y el acoplamiento a la dinámica del cruce hacia los Estados Unidos que ofrece Tijuana, de manera directa o indirecta condicionan y posibilitan ciertas prácticas culinarias venezolanas a través de la provisión de ingredientes; así como también se evidencia una suerte de acomodo a lo que está disponible en

⁶² La hallaca se asemeja al tamal mexicano, pero su preparación es más elaborada e implica un ritual que involucra a toda la familia.

la ciudad provocando que se asimile la cultura gastronómica del lugar y a la vez se intente reproducir la propia lo más parecido posible, lo que permite que se den negociaciones gastronómicas más o menos frecuentes, dependiendo de los sujetos; además, como se verá más adelante en otro apartado, este ritual también es un componente significativo de las actividades grupales con connacionales, lo que refleja que la culinaria es una práctica que actualiza y preserva la identidad individual y pone de relieve la pertenencia a una identidad colectiva que diferencia a los inmigrantes venezolanos de “los otros”.

Espacios para rumbear

A diferencia de lo culinario, que se da mayoritariamente en la esfera privada, el bailar o irse de rumba es una práctica que se busca hacer fuera de casa y en ese sentido, algunos informantes mencionan el haber encontrado lugares en Tijuana –aunque son escasos– para hacerlo a su manera, y con ello se refieren a sitios donde el concepto de entretenimiento es diferente al de la música norteña, pues se pueden escuchar y bailar ritmos tropicales. Como explica un informante, el frecuentar este tipo de lugares les permite moverse con confianza en un terreno que sí conocen, a diferencia de donde se toca música de banda. “Es bravo bailar así o decirle a una mujer: ven vamos a bailar, porque tú no vas a saber bailar eso, entonces es bonito poder llegar a una parte donde digas, aquí sí hay salsa, merengue, reggaetón, bachata, la cumbia venezolana o colombiana, como se baila en nuestro país” (Joe, entrevista, 2014).

En el capítulo anterior, se vio que hay añoranzas por la música tropical y discursos distintos en torno a los géneros musicales norteños: unos de adaptación porque “es lo que hay”, y en otros el deseo de nunca acostumbrarse; de ahí que el contar con espacios para expresar su particularidad es una manera de desfogar esa nostalgia. En efecto, durante el trabajo de campo se hizo observación en una de las discotecas referidas y frecuentadas por algunos venezolanos en esta ciudad, situada a pocos metros del Centro Cultural Tijuana (Cecut): el *Menéalo Night Club*; allí, un viernes de enero de 2014, se celebró el cumpleaños de una de las entrevistadas, festejo al que se pudo asistir para constatar la dinámica de la rumba. Algunos apuntes que surgieron de esa noche de fiesta se describen a continuación:

Pasan de las diez de la noche. Para empezar, el ambiente del lugar es sugerente: hay palmeras ficticias a los lados de la pista de baile; varias pantallas de televisión colocadas, unas junto a otras, en las paredes laterales que transmiten videos musicales de artistas y grupos de música tropical; una zona de bar que simula una cascada y que recorre las botellas de licores que están en exhibición; mientras, un *Disc Jockey* invita a cada instante a los asistentes a la pista. Repite una especie de eslogan: “bienvenidos a la catedral de la salsa” y reitera que esta es “la única discoteca latina en Tijuana”. En el fondo de la pista se levanta una tarima y sobre ella, varios hombres de una orquesta alistan sus instrumentos musicales, mientras una veintena de parejas bailan al son de una bachata que inunda el ambiente. La cumpleañera, quien luce un vestido ajustado color negro, más arriba de sus rodillas, recibe a sus invitados en la mesa apartada para ella, con vista privilegiada al escenario: hay dos venezolanos más, con sus parejas mexicanas, y varias amigas de Tijuana; además está su novio, un mexicoamericano residente en Los Ángeles. A las once de la noche empieza el show en vivo. La orquesta inicia con el género salsa y los de la mesa del festejo -y los de otras alrededor- salen a la pista. La cumpleañera baila con su novio unas cuantas canciones, pero en varias ocasiones a lo largo del show musical, también sale a la pista con sus amigos venezolanos y demuestran sus destrezas para el merengue, las vueltas, los movimientos de cadera, mientras piden más canciones a la orquesta. Más tarde, los de la rumba, echan bromas en la pista y concursan entre sí, por quien llega más “hasta abajo”, al ritmo de un reggaetón. En una pausa, el vocalista de la orquesta toma el micrófono, y empieza a tomar una especie de lista de asistencia: “¿dónde están los colombianos?, -aquí, ¡uuuuu!, gritan desde una mesa- “¿y los peruanos?” –una pareja levanta sus brazos- ¿de dónde más tenemos?”, pregunta. “Venezuela”, gritan en la mesa de la cumpleañera; “Cuba”, se oye desde otra; y vuelven a invitar a la pista. El resto de la noche, todo es baile. En un momento, la venezolana festejada alcanza a ver a su novio que está sentado, pidiendo unas cervezas y secándose el sudor del rostro. Son casi las dos de la madrugada, y en tono burlesco ella dice a sus amigos que siguen en la pista: “ya se le acabó la batería”, refiriéndose a su novio. Durante la siguiente hora, él, con su mirada, parece decirle que ya deben irse, pero ella le sonrío y sigue bailando. La escena se repite, hasta pasadas las 3, cuando ella solicita su cuenta de consumo y empieza a despedirse de sus amigos, porque su novio debe manejar hasta Los Ángeles; todos empiezan a despedirse también, pero antes de cubrirse con un abrigo, ella se despide de la pista con un último baile.

Este pasaje permite apreciar una reafirmación de la autoadscripción del venezolano como amante del baile y de la música tropical, un ritual en el que también se manifiestan otros atributos particularizantes como son la puesta en escena en el vestir y las expresiones afectivas. Todos estos elementos operan como las piezas de un juego que termina siendo compartido por otros individuos con la misma afinidad, aunque de distinta procedencia, y que se dan en un espacio que les resulta cercano o similar a sus referentes, en el que la mirada y las prácticas de los otros permiten un reconocimiento social y a la vez un auto-reconocimiento identitario. El lugar, además, se identifica como diferente, en comparación con los que ofrece el contexto de la sociedad receptora.

4.2. Estrategias colectivas: relaciones sociales

En los apartados anteriores se abordó cómo en su vida cotidiana los venezolanos desarrollan estrategias individuales para reproducir sus prácticas culturales y negociar con la diferencia, ya sea en el ámbito privado del hogar, así como en espacios donde la mirada del otro está presente para reafirmarse identitariamente. Ahora bien, en las entrevistas fue posible identificar que en sus relaciones sociales los inmigrantes no limitan sus interacciones y ello se debe a las distintas esferas en las que se mueven en Tijuana: laborales, familiares, el vecindario, entre otras, lo que les lleva a experiencias de convivencia diversas y a afirmar que su círculo de amistades es heterogéneo, es decir, que lo componen tanto mexicanos como venezolanos. Incluso, hay casos en que los connacionales son vistos como conocidos con los que se comparte una adscripción o pertenencia común y a los que sólo se acude para recordar sus orígenes, puesto que en sus vidas particulares se han logrado lazos de amistad más fuertes con gente de fuera de su grupo étnico-nacional; así como también hay quienes dicen estar más abocados a sus familias y otras amistades y simplemente no se juntan con otros venezolanos, porque no lo ven necesario o porque no tienen tiempo. El detalle de estos aspectos citados se desarrolla a continuación en dos sub-apartados vinculados a las estrategias colectivas de los venezolanos en Tijuana: 1) las formas de contacto entre paisanos; y 2) el significado de reunirse entre coterráneos.

“No puedo ser la única venezolana aquí”. Formas de contacto entre paisanos

Conocí a la primera venezolana, que se llama Yahaira, dos años después de estar aquí. Yo estaba traumada, frustrada, no encontraba un solo venezolano y yo decía, joder, cómo puede ser posible, aquí no hay ni un solo venezolano, yo no puedo ser la única. Y la conocí dos años después, porque yo estaba trabajando en la 5y10, en una zapatería, y pasaba y me di cuenta porque ella llevaba una chamarra de Venezuela. Yo le empecé a preguntar cosas y bueno iban tres chicas con ella, y ya, nos conocimos y nos hicimos amigas. (Denisse, entrevista, 2013)

Inmediatamente, apenas llegué acá a Tijuana, coloqué un anuncio, yo creo que al día siguiente que llegué, en internet: ‘soy venezolano y busco venezolanos en Tijuana’ y el mismo día me respondieron dos personas, bueno tres. Una, no vivía en Tijuana, sino en Cabo San Lucas y los otros dos en Tijuana. Y al día siguiente, cada uno teníamos como diez o 15 días de haber llegado [...] Nos encontramos en el *Sanborns* de la Zona Río e hicimos amistad. Luego descubrimos que había otro y otros, nosotros nos reconocemos en todos los lugares del mundo por como hablamos, somos gritones (Harry, entrevista, 2014).

En los relatos acerca de sus primeros años en Tijuana, la mayoría de entrevistados manifestó que experimentó la inquietud de saber si en esta ciudad mexicana residían más connacionales. Para algunos, el hallazgo de paisanos tardó bastante tiempo; para otros ocurrió rápido y de forma inesperada; mientras que hubo otros casos en los que un interés personal por buscarlos les llevó a recurrir a internet para facilitar esa tarea. Así, por distintas vías se establecieron los primeros contactos, a lo que se sumó un sitio web www.venezolanosentijuana.org⁶³ creado en 2008, aunque solo funcionó un año. La difusión boca a boca, es decir, las referencias de unos hacia otros; y la apertura hace casi cinco años del único restaurante venezolano de la ciudad, el cual sirve de enlace entre ellos y para quienes llegan por primera vez a la ciudad, también han permitido el enlace.



Gráfica 5. Imagen del grupo de Facebook 'Venezolanos en Tijuana, Baja California'.

Más recientemente, la estrategia se ha volcado también a la red social Facebook, a través de grupos creados en los últimos dos años, donde además de paisanos de Tijuana, interactúan venezolanos que residen en otras ciudades de México y en San Diego, Estados Unidos⁶⁴. En este espacio se suelen hacer publicaciones relacionadas con el país de origen, ofrecerse productos venezolanos, solicitarse información sobre trámites migratorios, ofertas de trabajo,

⁶³ Véase la referencia sobre este sitio web en el Capítulo III, página 51.

⁶⁴ Se hallaron al menos tres grupos en Facebook: “Venezolanos en Tijuana, Baja California”, “Venezolanos en Tijuana”, y otro denominado “Colombianos y venezolanos en Tijuana, Baja California”. Hay venezolanos residentes que son parte de los tres grupos, pero también inmigrantes que están solo en uno, o en dos.

así como convocar a ciertos eventos. Como es sabido, a través de Internet se acortan distancias, pero también se configuran espacios de interacción que dan pie a comunidades virtuales que en el caso de los migrantes, permiten reforzar sus nexos con su sociedad de origen (lazos transnacionales) y también con quienes comparten referentes culturales en el lugar de destino y en otros lugares a los que los venezolanos han emigrado.

El contar con un sitio de encuentro en el ciberespacio y emplear las tecnologías de comunicación para agruparse, no solo que reafirma su pertenencia social, sino que también genera redes de relaciones y un intercambio de “cotidianidades *on line*”⁶⁵ que les permiten actualizar sus identidades y rituales. Ahora bien, hay que destacar que independientemente de las formas de contacto entre paisanos, hay motivaciones y circunstancias que configuran escenarios para llevar a la práctica esas relaciones en Tijuana, como parte de una necesidad de reencuentro con puntos de referencia comunes, en un escenario en el que se convive con otra cultura y se lidia con la nostalgia por los orígenes. Cómo se verá a continuación, en sus relatos los inmigrantes expresan el sentido que tiene para ellos estos encuentros con sus connacionales.

Significados de reunirse entre coterráneos

El estar en contacto con otros venezolanos en Tijuana está cargado de significados que guardan relación con la construcción de la diferencia y algunos marcadores de distinción identificados en el capítulo anterior, como son las autoadscripciones en torno a las expresiones afectivas, la gastronomía, la rumba y la forma de hablar; así, estos elementos aparecen nuevamente en los relatos de los inmigrantes cuando se les indaga sobre qué representa para ellos el reunirse con sus coterráneos en esta ciudad. Como señala una venezolana, “es una manera de conectarme otra vez con mi país y de no extrañar tanto a mi gente, mi cultura, a las personas que hablan con mi acento, cosas así, me reúno con ellos porque sí, es algo que extraño” (Denisse, entrevista, 2013); o también es “la necesidad de patria, de sentirnos todavía que estamos en Venezuela, el poder hablar y que todo el mundo te entienda, el compartir los mismos ideales, maneras de ser al modo venezolano” (Gina, entrevista, 2014).

⁶⁵ El término es empleado en una investigación sobre migración transnacional y el uso de nuevas tecnologías de comunicación de los inmigrantes ecuatorianos en España. Véase en Ramírez (2007:8).

Pero es necesario destacar que se trata de una práctica que no todos viven de la misma forma, pues en ciertos venezolanos radicados en Tijuana, es más profunda la intensidad y el significado de esos encuentros, al punto de que se compara a los paisanos con “la familia que no tenemos, pero que escogemos” (Ivo, entrevista, 2013); o se los ve como un soporte: “me dio la oportunidad de decir: quédate aquí y sigue, porque hay gente aquí, apoyándote. No son tu familia, pero son los tuyos” (Susana, entrevista, 2013). Mientras que para otros informantes el recurrir a sus connacionales, si bien sirve para recordar, no constituye el único lazo afectivo que da sentido a sus vivencias en Tijuana, lo cual es parte del propio proceso de reconfiguración y encuentro de sentido en el lugar actual:

Ya cuando tienes mucho tiempo, es difícil seguir solo con los venezolanos, porque cada uno tiene su vida; entonces, tengo muy allegados, conocidos y desconocidos venezolanos, pero creo que mi relación de día a día, es más con otras personas que las de mi país. Claro, trato de reunirme con ellos, para los recuerdos, para hacer ciertas cosas, nos hablamos y todo eso, pero el resto, es mentira, y este es mi punto de vista, es mentira que yo quiera vivir en Tijuana en un ambiente venezolano completamente, eso sería ilógico (Harry, entrevista, 2014).

En este aspecto, los círculos de amistades de los inmigrantes son heterogéneos, y si bien algunos venezolanos expresan que sus mejores amigos o “panas” en Tijuana son connacionales, otros dicen lo mismo respecto a los mexicanos, y además, hay quienes afirman no frecuentar tanto a sus coterráneos, conocer a pocos o estar distanciados de ellos, posturas en las que intervienen factores como el estar ocupado en las rutinas diarias; los círculos en que se mueven; los roles asumidos en su actual residencia; y algún desencuentro personal. En el grupo estudiado, de hecho, se detectaron ciertos relatos que evidencian que no todo es armonía entre los coterráneos; así, un entrevistado señala que ese tipo de reuniones entre ellos “se prestan para el chisme”; otro, que “no somos enemigos, sino que cada quien en lo suyo. Unos nos invitamos a cumpleaños, somos más familiares, y allá es más la cerveza, la fiesta, pero es el estilo de cada uno”; o también existe un reconocimiento de que “cada quien jala con quien tiene más afinidad. De repente lo hemos platicado entre nosotros: oye, fulanita, qué mal cae *coño*, pero ni modo, es paisano, entonces lo toleras y lo invitas a las reuniones y viene”.

La construcción de la diferencia, entonces, también se va forjando entre los propios venezolanos, al generarse revalorizaciones en cuanto a sus gustos e interacciones, lo cual en parte se asocia con los estilos de vida y las relaciones que ahora llevan en la sociedad de

acogida, y actividades que comparten con otros miembros del actual contexto, creándose así, nuevos sentidos de pertenencia social.

Ahora bien, en torno a los encuentros entre paisanos se pueden distinguir al menos dos motivaciones que conllevan a las interrelaciones: la primera, celebraciones compartidas; y la segunda, la situación socio-política que atraviesa Venezuela. Respecto a las celebraciones, hay coincidencias en cuanto a los tipos de conmemoraciones que les convocan, como son los cumpleaños y las fiestas de Navidad y de Año Nuevo; aunque también se han adoptado celebraciones mexicanas, como se refleja en este testimonio:

Los 24 o el 31 nos reunimos para celebrar la tradición venezolana. La comida típica es la hallaca, el pan de jamón, la ensalada de gallina, los dulces, cosas así, y es igual la ilusión para los niños. Aquí está muy arraigado eso de que llegue *Santa Claus*, pero en Venezuela nos han acostumbrado a que llega el Niño Jesús, hemos tratado de mantener con los *chamitos* ese toque [...] y nos reunimos también uno o dos días en diciembre para preparar las hallacas, es como una tradición el modo de prepararlas: el guiso, los ingredientes se hacen en un día, se cocinan, se congelan para ya tenerlos para el 24 y el 31 ya listos, de calentar y servir, eso es parte de la tradición y aquí en Tijuana, es lo que más celebramos. Sí mantenemos también lo del Día de la Madre venezolano, que es el segundo domingo de mayo, aunque aquí en México es el 10 de Mayo; pero el 5 de julio que es la Independencia de Venezuela, aquí en Tijuana no me ha tocado que nos reunamos para festejar; más que todo son los venezolanos en San Diego [quienes lo celebran], porque también con los años más bien hemos adoptado tradiciones de aquí. En Venezuela no partimos la rosca [de Reyes] y acá sí; allá no comen tamales al pie de [la virgen de] La Candelaria⁶⁶, y acá ya nos acostumbramos a comer tamales, entonces es parte de la cultura de aquí (Gina, entrevista, 2014).

También en otros relatos se menciona que celebran el Grito de la Independencia de México, en septiembre, y que en este evento, al que acuden amistades venezolanas y de Tijuana, no solo se comparte gastronomía mexicana, sino que también se usan atuendos y símbolos como sombreros charros, bigotes, los colores de la bandera de México, entre otros objetos y se arma una rumba. Las reuniones generalmente se realizan en casas de venezolanos, aunque también se han efectuado en el restaurante Caracas Ranas. En suma, el mantenimiento de las tradiciones venezolanas en encuentros entre paisanos y la adopción de otras, pertenecientes al contexto mexicano, permiten visualizar cómo en el proceso de integración los inmigrantes no solo transitan entre ambas culturas, sino que también se apropian de elementos distintivos de

⁶⁶ La celebración de la Virgen de la Candelaria es originaria de las islas Canarias, la cual es venerada en algunas regiones de Venezuela, por la gran inmigración de canarios a ese país desde mediados del siglo XVII.

la sociedad de acogida. Estas prácticas reafirman construcciones diferenciadoras mencionadas en el capítulo anterior por los sujetos de estudio, como son, por un lado, el sentido de patriotismo que admiran de los mexicanos, ante un reconocimiento de que las fiestas patrias venezolanas no se celebran en grande, como sí han visto que ocurre en México; y por otro lado, está la preferencia por el estilo venezolano en las fiestas de diciembre, que encuentran más acogedor que el de Tijuana y que les permite recrear una tradición en un espacio donde todos conocen y participan de la misma dinámica.



Gráfica 6. Venezolanos cantan villancicos durante su celebración navideña en casa de una paisana, a mediados de diciembre de 2013. Foto: archivo particular.

Aparte de las conmemoraciones, un tema que ha generado más de un encuentro entre los venezolanos asentados en Tijuana, ha sido la situación socio-política que vive su país. En los últimos dos años, especialmente, eventos coyunturales como las últimas elecciones presidenciales, donde fue reelecto por tercera vez el presidente Hugo Chávez, en octubre de 2012; la muerte del mandatario, en marzo de 2013; y las protestas contra el gobierno de su sucesor, Nicolás Maduro, desde febrero de 2014, han sido la excusa para reunirse entre coterráneos, ya sea para presenciar juntos las transmisiones noticiosas, o también para dar sus testimonios en medios de comunicación locales, en torno a lo que está ocurriendo en esa nación sudamericana, como se lee a continuación:

Venezolanos radicados desde hace tiempo en la ciudad de Tijuana se reunieron en un restaurante que les recuerda los sabores de su país de origen, el Caracas Ranas ubicado en la colonia 20 de noviembre. Comieron arepas; en la charla a cada momento era más notorio el acento caribeño que llenaba el lugar, la plática versó sobre las calles de su infancia, el olor de la cocina de la abuela, el béisbol, el boxeo, la rumba e inevitablemente la política y es que para algunos la palabra Venezuela es sinónimo de política. En este rubro algunos dicen van a extrañar a Chávez, otros comentan que su muerte no es una pérdida y que con ella Venezuela gana [...] Ahora estos venezolanos de la frontera esperan que las cosas pasen, tienen duda sobre lo que vendrá luego de las honras fúnebres del comandante y que la normalidad emerja en un país que camina a ritmo de salsa y bachata, sobre una de las mayores reservas petroleras en el mundo. Dicen extrañar a su gente, sus costumbres, pero ahora que se encuentran en este país las posibilidades que les ha brindado el norte de México no están nada mal.

(Síntesis TV [reportaje de televisión], 8 de marzo de 2013)

Como se aprecia en este fragmento y además se ha podido recopilar de otras fuentes de información, el asociar a los venezolanos con los hechos políticos de su país resulta inevitable, y ello no parte únicamente de una heteroadscripción imputada por la sociedad de acogida con base en el consumo de información de los medios de comunicación masivos. Hay que recordar que en los relatos expresados en el capítulo anterior, en torno a cómo son vistos por “los otros” en Tijuana, los venezolanos señalaban que la gente los identifica con Chávez o con la política de su país, y ante esa mirada, ellos manejaban un discurso de distanciamiento con esos referentes, argumentando que para ellos no son de su agrado, ni son parte de su identidad; pero en la práctica es precisamente a través de los acontecimientos políticos que se han visibilizado frecuentemente en esta ciudad.

En estas líneas, retomando a Giménez (2007) se evidencia cómo la identidad es un proceso subjetivo que se construye con base en repertorios apropiados por los sujetos en diferentes niveles, unos son internos y definidores de la propia especificidad, y se da cuando los venezolanos, de manera individual, se autoadscriben como desligados de la imagen política de su país; mientras que otros repertorios son externos, y se observan en el reconocimiento o la heteroadscripción que hacen los otros al vincularlos con la política, como un elemento que los agrupa o que les da una identidad colectiva; este último aspecto, en la dialéctica entre venezolanos y “los otros” se termina asumiendo de manera grupal para afirmar su existencia social en Tijuana, pero fuera de esa dinámica, en la vida cotidiana e individual, es algo que se busca no externalizar.

En estas prácticas colectivas relacionadas con la situación política de Venezuela, además, se confirma también lo situacional y posicional de la construcción identitaria (Hall, 2003), porque para ser visibles no solo se agrupan ante acontecimientos que trascienden las fronteras de su país, sino que inclusive, se apropian de espacios públicos representativos para expresarse. Lo último fue posible observarlo durante la presente investigación, pues coincidió que en el período de trabajo de campo se iniciaron varias protestas en Venezuela en contra del gobierno, las cuales, entre febrero y julio de 2014, dejaron 43 muertos y más de 60 detenidos. Esta situación de crisis social en el país sudamericano, provocó que los venezolanos en Baja California se convocaran a una concentración pacífica en la Avenida Revolución, en Tijuana, el domingo 23 de febrero de 2014, para sumarse a otras manifestaciones que se organizaron a través de internet y se programaron ese fin de semana en otras ciudades del mundo donde residen venezolanos, lo que refleja cómo la comunidad virtual que hay entre los venezolanos llega a hacerse tangible cuando sus interacciones se materializan en encuentros cara a cara, además de que se vuelven visibles ante la sociedad receptora, al estar plagadas de una serie de elementos distintivos frente al otro (no venezolano) que observa.



Gráfica 7. Concentración de venezolanos en la Avenida Revolución, el 23 de febrero de 2014.
Foto: Lorena Mena

A esta concentración asistieron más de 100 connacionales, quienes lucieron objetos nostálgicos que tienen en sus hogares y que constituyen símbolos de su país, como su bandera,

camisetas de la selección de fútbol –“la vinotinto”– y de sus equipos de béisbol; y sombreros y gorras con los colores amarillo, azul y rojo de su tricolor nacional. Además, se identificaron con carteles con leyendas que decían: soy venezolano y vivo en Tijuana; entonaron cánticos de su lugar de origen, como “Viva Venezuela, mi patria querida”, en cuya letra se ensalza la figura del prócer Simón Bolívar y se habla del pueblo libre; se gritaron consignas en contra del presidente Nicolás Maduro, y se corearon arengas como “y no, y no, y no me da la gana, una dictadura igualita a la cubana”, con las que al final, pidieron que vuelva la calma a Venezuela. El acto duró cerca de dos horas y no solo convocó a la prensa, sino que también atrajo la atención de los tijuanaenses.



Gráfica 8. Venezolanos con carteles en la Avenida Revolución. Foto: archivo particular.

Se ha visto entonces que entre las estrategias de los venezolanos para su integración cultural, la voluntad de los inmigrantes por ser parte de la sociedad de acogida, expresada en un entendimiento de que hay que adaptarse a ciertos patrones para que fluya la convivencia, muestra su apertura hacia lo que está disponible para apropiárselo, pero también para adecuarlo a la práctica de sus particularidades. Ello se traduce en el aprovechamiento de las dinámicas y espacios que ofrece Tijuana para proveerse, por ejemplo, de ingredientes para sus costumbres culinarias y materializar la añoranza; y para rumbear a su manera o aprender a hacerlo al estilo de “los otros”; así como también para introducir aspectos culturales que en principio les eran ajenos a sus vidas cotidianas y además, hacer visible su diferencia en lugares

que son representativos para su alteridad y asumiendo una identidad grupal política que les es imputada, pero que les hace reconocibles en la sociedad de acogida.

En sí, se puede afirmar que la integración cultural de los venezolanos no presenta mayores conflictos y se da de manera fluida en términos generales, pero que hay ciertas fronteras simbólicas que persisten en torno a las expresiones afectivas, la rumba, roles de género y lo culinario. En estos elementos, todavía se generan resistencias que, en mayor o en menor medida, solo evidencian que los límites entre individuos y entre grupos culturales diferentes se siguen creando en la interacción, aunque ciertos contenidos culturales se hayan modificado, y que ello no entorpece la convivencia en la sociedad de acogida, al menos en este caso de estudio. Lo anterior da pie para reflexionar sobre la importancia que tiene no solo la postura de los inmigrantes en torno a cómo llevar sus vidas fuera de su lugar de origen, sino también el contexto socio-espacial en el que residen para ejecutar sus planes migratorios, tema que se abordará en el siguiente apartado.

4.3. Proyectos de vida

En el capítulo teórico se mencionó que uno de los indicadores que mejor reflejan el grado de incorporación a la sociedad receptora, es el de los proyectos de vida (Alarcón *et al.*, 2012), esto es, aquellos planes que sintetizan las expectativas y anhelos de los migrantes, así como sus metas a futuro en la sociedad de destino. De ahí que para el caso de los venezolanos, se analizarán dos componentes detectados en los relatos, como son: sentidos de pertenencia y expectativas futuras. Cabe señalar que en el primer punto, los observables fueron los vínculos que los informantes expresaron tener hacia su país de origen y hacia el lugar actual; su estatus migratorio; la percepción del trato al extranjero; y los hijos ‘mexicanizados’; mientras que en el segundo, fueron útiles indicadores como la percepción sobre calidad de vida y percepción de progreso en Tijuana, y la idea sobre el retorno a Venezuela.

Sentidos de pertenencia

El sentirse venezolano, pero a la vez parte de Tijuana, está presente en las narraciones de los entrevistados evidenciando las distintas pertenencias que la condición de inmigración

proporciona a quienes viven lejos de sus lugares de origen. En este aspecto, los vínculos que se mantienen con la sociedad que se dejó atrás geográficamente, y aquellos logrados en su residencia actual, marcan la cercanía con ambos mundos o una doble pertenencia. Con Venezuela, el mantener nexos fuertes allá, como es la familia, determina ciertas prácticas: comunicaciones a través de las tecnologías modernas que lo hacen posible (internet, redes sociales, *Skype*, *whatsapp*, entre otros), así como viajes periódicos a su país, aunque en ciertos casos, hay quienes no han vuelto a Venezuela desde que emigraron, por el costo económico que ellos implica o por sus ocupaciones actuales. Otro contacto con el país se da a través de los periódicos venezolanos y los canales de noticias internacionales para estar al tanto de los acontecimientos, aunque en su mayoría, las fuentes directas son sus familiares.

Las distintas opciones para mantener nexos transnacionales precisamente inciden en la incorporación de los venezolanos en Tijuana, pues ese ir y venir –virtual y presencial– hacia sus referentes culturales, genera que sus elaboraciones distintivas se sigan dando, porque no hay un desprendimiento total con el lugar de origen, sino que se está al día con lo que allá sucede, y simultáneamente, se continúa con el proceso adaptativo, de resistencias y de reacomodos en la sociedad de acogida; hay actualizaciones constantes. En esas idas y vueltas, incluso, la construcción de la diferencia también ocurre con respecto a la sociedad de la que se emigró, y lo último es observable en ciertos entrevistados que han visitado su país, quienes relatan sentir que ellos cambiaron, pero Venezuela no; o que no logran encajar donde antes se sentían cómodos; o que la gente les dice que se han “mexicanizado”. Mientras que, al volver a Tijuana, cuentan que experimentan sensaciones de nostalgia por esa cercanía reciente con su pasado, o que regresaron cargados de venezolanidad.

Pero la vida en Tijuana también sigue y como se vio en los apartados anteriores, las relaciones sociales y la convivencia con los otros, van configurando otros universos de pertenencia día a día, y dando paso a negociaciones identitarias. Así, al hablar de esta ciudad fronteriza, los venezolanos coinciden en dos cualidades que les generan vínculos con ella: que es noble y que acoge, de modo que, en general, hay una percepción de que en Tijuana ser extranjero no es un problema, porque se es un inmigrante más dentro de la heterogeneidad cultural que conforma a esta ciudad fronteriza. Al respecto, se revisó en el capítulo de contexto, que una de las características que parece tener esta urbe, por su condición de

vecindad con los Estados Unidos, y por estar compuesta de inmigrantes de diferentes partes de México y de otros países, es que está acostumbrada a lidiar con la diferencia. Esta es una idea que en la práctica confirman los sujetos de esta investigación con testimonios como los siguientes:

Aquí he encontrado honestamente muchas cosas que no he encontrado en Venezuela, sin dejar de sentir lo mío ¿no?, como venezolano, mis raíces y todo, pero aquí, siento que me adapté [...] He sido querido por Tijuana, soy una persona querida aquí, tengo muchos amigos en Tijuana [...] y por el hecho de ser venezolano la gente como que tiene admiración por mí [...] por ser venezolano me dan mucha entrada [...] todo el mundo me dice el *pana* y me siento muy parte de Tijuana, por la aceptación que he tenido (David, entrevista, 2013).

Tijuana es una ciudad que tiene diversidad de culturas y a mí me enorgullece formar parte de esa diversidad, de un montón de gente que uno conoce aquí, de Panamá, El Salvador, Guatemala, Estados Unidos, de todos lados he conocido gente. Sí me siento parte de esta cultura (Mauro, entrevista, 2013).

Se me ha facilitado todo, hay muchísima gente que apenas tu abres la boca y te dicen, tú no eres de aquí, yo siento, no sé qué te han dicho los demás, pero yo siento que como extranjero tenemos un poquito más de posibilidades, o no sé si es la chispa, o porque hablas diferente, lo que sea, pero sí siento que tenemos un poquito más de chance. -¿*Chance en qué sentido?*- Es que la gente es muy abierta al extranjero, no sé si está acostumbrada a que pasa tanto extranjero, pero es mucho más abierta, a lo mejor tienen en mente de que vienes de lejos y a lo mejor necesitas mucho más [ayuda] que el que está aquí, el trabajo o lo que sea, pero sí, yo siento que me da más oportunidad Tijuana siendo extranjera (Marina, entrevista, 2014).

En Tijuana fue sencillo [hallar trabajo], entonces a los que veían que la venezolana, o el cubano, o la guatemalteca, como que se abren, se abren muy cabrón (Yazmín, entrevista, 2013).

En sí, en la exploración de estos y otros relatos no se hallaron opiniones en las que se manifieste haber experimentado algún tipo de exclusión; y aunque, como se vio en el capítulo anterior, hay narrativas que señalan a los mexicanos de Tijuana como menos sociables o serios en sus relaciones afectivas, la visión de la sociedad en general es que arroja al foráneo, que hay un buen trato por parte de su gente. Ahora bien, ese discurso no se mantiene cuando se hace referencia a las autoridades de migración y a los trámites que como extranjeros deben realizar, e incluso, en cuanto a las limitaciones que tienen en lo legal por esa misma condición. Estos pasajes de las entrevistas revelaron otro observable de este sub-apartado que explica el estatus migratorio de la muestra de estudio.

Cuando los sujetos hablan de su adscripción étnica-nacional, hay venezolanos que comentan que también son mexicanos porque se naturalizaron, mientras que otros que están en condición de residentes temporales o permanentes, dicen buscar nacionalizarse. Pero los motivos para hacerlo oscilan entre un deseo de residir permanentemente en Tijuana (tres casos), y el resto se divide en estas respuestas: para acabar con el tedioso trámite de cada año (dos casos) y por las trabas legales los demás. Sobre este último punto, los venezolanos mencionaron una prohibición que tienen los extranjeros para adquirir propiedades a su nombre, terrenos y casas especialmente, en la zona fronteriza y en áreas de playa mexicanas, lo cual evidencia que en el sentido de pertenencia, desde una perspectiva legal, el naturalizarse responde a razones prácticas y funcionales.

Finalmente, otro factor que también genera vínculos con la sociedad de acogida son los hijos. Algunos inmigrantes tuvieron hijos en Tijuana y aseguran que ellos les están enseñando a ser mexicanos; mientras que otros, cuyos descendientes nacieron en Venezuela, pero fueron traídos a Tijuana cuando eran muy pequeños, cuentan que ahora están ‘mexicanizados’, y que ello dificultaría un eventual retorno a su país de origen, porque los descendientes están totalmente adaptados, como se refleja en la siguiente anécdota:

Mi hija y yo practicamos *Tae kwon do*, y a veces hemos pensado en si regresarnos a Venezuela, pero una de las cosas que ella evalúa es su *tae kwon do*, entonces yo le digo: hija, tú representarías a Venezuela en *Tae kwon do* en un evento y me dice: No. Y yo le digo: ¿por qué? Papá, a mí Venezuela no me ha dado nada del *tae kwon do*, yo todo lo que sé, lo sé por México, todo lo que he aprendido lo he aprendido en México, y todos los que me han apoyado y me han ayudado en todos los sentidos son de México, y los que no son de México, son americanos, o son coreanos, lo que sea, entonces pa’ qué” [...] mi hijo el pequeño aprendió a hablar aquí. Él habla mexicano, sí, tiene sus palabras venezolanas porque está conmigo, pero ya dice ‘mande’ y esas cuestiones de acá. Me sorprendió mucho mi hijo cuando tenía cuatro añitos, que agarra y hace así [el gesto de enrollar con las manos] con una tortilla y yo me quedo ¿*What?* es mexicano (Ivo, entrevista, 2013).

Expectativas futuras

Además de los sentidos de pertenencia, las expectativas futuras de los venezolanos residentes en Tijuana son un aspecto importante dentro de sus proyectos de vida, pues constituyen los cimientos para la continuidad o para la redefinición de sus planes migratorios. Bajo ese

paraguas, hay dos temas que predominan en sus relatos: sus percepciones sobre su calidad de vida y la idea de retorno a su país. Sobre el primer punto, las comparaciones entre el entorno social de Tijuana con el de la sociedad de origen son inevitables, y en ese marco, citan un no deseo de vivir los conflictos socio-políticos que actualmente se dan en su país; y por otro, el tema de la inseguridad, del cual ya se hizo referencia en el capítulo III.

Es así que para inmigrantes como Harry, el haber salido de Venezuela le ha posibilitado asegurar que su hija no crezca “en un ambiente hostil. Muchos me dicen: cuando se acomode todo, vuelven a Venezuela. Y yo digo, sí, pero de visita. Aquí estoy sembrando un futuro, estoy arando un terreno, ¿para volver a comenzar?, no; entonces, yo creo que no puedo decir de esta agua no beberé, pero creo que estoy donde quiero estar” (Harry, entrevista, 2014); mientras Marina valora lo alcanzado en México en cuanto al estilo de vida ganado. “La calidad de vida que llevas aquí, se me hace imposible llevarla en Venezuela, con todo y que tenga mucho dinero. La calidad de vida me refiero a que no andas asustado en la calle, no estás así, que me van a robar, que me van a matar, eso no pasa aquí, definitivamente aquí no pasa, y espero que nunca pase. Me duele Venezuela, pero creo que ya México me ganó” (Marina, entrevista, 2014); Denisse, en cambio, cree que la situación política la hubiera limitado en su país: “Si yo me hubiera quedado en Venezuela igual hubiera sido abogada, porque eso no tenía discusión, pero creo que tal vez se me hubiera hecho difícil, como siempre se me ha hecho difícil comulgar con las ideas del gobierno, y en Venezuela si tu sales adelante, si te dan una casa pronto, si consigues un crédito rápido es porque eres chavista; si no eres chavista te ponen muchas trabas” (Denisse, entrevista, 2013).

En el caso de Lucas, ha sido la relativa facilidad de adquirir ciertas posesiones lo que destaca de esta ciudad, pues siente que no habría logrado obtenerlas en el mismo lapso de tiempo si hubiera seguido en Venezuela: “Tengo aquí cosas que en mi país no las hubiera tenido, porque sí, ganaba bien y todo, pero aquí ganando menos y administrándote bien ya tienes carro” (Lucas, entrevista, 2013); y algo similar señala Mauro, cuando se refiere a la independencia que genera el que desde muy joven se pueda rentar apartamento en esta ciudad:

Haz de cuenta que yo tenía 26 años y tenía buen trabajo, pero vivía con mis papás porque allá es carísimo una renta: te hablo de mil dólares hace cinco años, por una habitación tipo estudio y en una zona fea, y en cambio aquí se me hizo bien suave que la gente de 18, 19 años ya

puede rentar un apartamento y es barato, osea, 200 dólares, 150 dólares y puedes tener esa mentalidad de independencia desde joven [...] en Venezuela, para un carro tienes que empeñar tu sueldo como cuatro años (Mauro, entrevista, 2013).

En sí, se percibe a Tijuana como un lugar de oportunidades o en el que las posibilidades de crecer, en lo personal y en lo profesional y económico son más factibles; y discursos similares se encuentran en otros relatos en los que se habla de negocios y trabajos prósperos, lo que parece indicar que la integración económica tiene un peso importante en la decisión de quedarse. Pero, a lo largo de las entrevistas, se pueden encontrar que factores como la percepción de estar más seguros en Tijuana frente a la ola delictiva en Venezuela, sus relaciones afectivas en esta ciudad (parejas, hijos, amigos), y el hecho de sentir que en Tijuana son bien tratados, también se ubican en la balanza.

Entonces, una idea de retorno a Venezuela está fuera de sus proyectos de vida. Del total de entrevistas, solo en un caso se habló de esa posibilidad si la situación de su país cambia, pero se argumentó el hecho de no haberse casado o tener familia en Tijuana como un factor que facilitaría un retorno y la readaptación al lugar que se dejó atrás, sin sacrificar las metas de hijos o de una pareja mexicana, lo que da cuenta del peso que tienen los vínculos afectivos, como es la familia, los hijos o una pareja, en la construcción de planes futuros, así como en el arraigo y en los sentidos de pertenencia. En el resto de los entrevistados, la respuesta general fue un deseo de volver al país sudamericano, pero solo de vacaciones; a vivir, no. Hubo además, una inmigrante que afirmó estar culminando los trámites migratorios para traer a su padre de Venezuela, el único miembro que queda de su familia en ese país.

Al final, aunque los inmigrantes se siguen sintiendo venezolanos, en sus discursos se tejen conexiones bastante fuertes con Tijuana, en los que se expresa un deseo de retribución a la ciudad por haberles acogido, y por lo que han recibido y construido allí, y ello explica que en su integración cultural se valora del lugar actual las oportunidades y el sentido de bienestar propio y de sus familias, lo cual también facilita sus adaptación socio-espacial, aunque persista la añoranza por el paisaje venezolano y su cultura, haciendo que la negociación y el tránsito entre ambos mundos sean muy fluidos.

4.4. Reflexiones finales

En esta sección se abordaron las estrategias que desarrollan los venezolanos en su proceso de integración cultural en Tijuana, en las que expresan sus particularidades, pero también la huella que la sociedad de acogida en sus experiencias como inmigrantes ha marcado en esas manifestaciones. Por un lado, mereció un apartado especial las negociaciones culinarias que ejecutan los informantes como parte de los usos y costumbres que mantienen y que a la vez, se modificaron de alguna manera en su vida cotidiana en Tijuana. La gastronomía, aún con las adaptaciones que se hacen, ya sea aprendiendo a consumir la culinaria local o empleando productos e ingredientes que se buscan y los que están disponibles en el contexto de residencia, sigue siendo una práctica que actualiza la identidad individual y la pertenencia a una identidad colectiva.

Se revisaron también las estrategias colectivas y con ello, las tácticas que emplean los venezolanos para contactarse entre ellos, así como los significados que atribuyen a los vínculos con sus paisanos, en donde se evidenció que no todos los inmigrantes viven estos encuentros con la misma intensidad, pues mientras para algunos sus connacionales son como su familia y su apoyo; para otros, no constituyen el único lazo afectivo en Tijuana, sino una manera de recordar sus orígenes de vez en cuando. Mientras que hay casos de informantes que prefieren no relacionarse con paisanos, lo que da cuenta de cómo los círculos de pertenencia se reconfiguran en la interacción con la sociedad receptora, y más si ésta no los excluye o los relega a sus propios ámbitos identitarios.

Más adelante se mostraron dos tipos de actividades que generan el encuentro entre paisanos: a) las celebraciones, en las que se reproducen tradiciones venezolanas, especialmente las navideñas, pero también otras en las que se apropian de las mexicanas, como las relacionadas con las fiestas patrias; y b) la difícil situación que atraviesa Venezuela. Lo último ha dado pie a que en Tijuana el venezolano sea visto como sinónimo de política y asociado con la figura del fallecido presidente Hugo Chávez, un aspecto en el que expresan desapego los informantes en sus vidas cotidianas individuales, pero que de manera grupal sí exponen. De este modo, la dialéctica con “los otros” se nutre de una heteroadscripción que es

asumida colectivamente al llevarla a la práctica, incluso, en espacios que son representativos para los tijuanaenses y que les dan visibilidad ante ‘los otros’.

A continuación se mostraron los proyectos de vida de los venezolanos en esta ciudad fronteriza, lo que permitió determinar que hay vínculos con la sociedad receptora que parecen tener relación con el propio contexto socio-espacial de la ciudad. Además, otro factor que destacan es la calidad de vida, que comparan con aspectos que se alejan de su idea de bienestar y que representan una obstrucción a sus metas, como son la inseguridad y los problemas sociopolíticos de Venezuela.

CONCLUSIONES

En este trabajo se examinaron las experiencias de un grupo de inmigrantes establecidos en la frontera norte de México para comprender cómo a partir de la construcción de la diferencia, viven sus procesos de integración cultural, para lo cual se escogió como sujetos de estudio a los venezolanos residentes en Tijuana, atendiendo a una escasez de estudios en torno a los extranjeros procedentes de Latinoamérica que están en esta ciudad desde una visión distinta a la migración de tránsito hacia los Estados Unidos. Dicha elección se sustentó en las dinámicas identitarias detectadas en esta población en una exploración inicial, y en que la emigración venezolana es un fenómeno sobre el que existe atención académica en los últimos años.

Entre los hallazgos de esta investigación, precisamente se detectó que la llegada de venezolanos a esta ciudad fronteriza es reciente, teniendo como uno de los principales motivos de salida del país sudamericano la percepción de una falta de oportunidades y de sentido de bienestar ante la situación social y política que atraviesa Venezuela desde hace más de una década. Las trayectorias migratorias de los sujetos estudiados y los relatos sobre sus experiencias en la sociedad de acogida, dan cuenta de que Tijuana para los venezolanos es más que “la frontera”, y este aspecto se evidencia: a) en que dentro de sus planes migratorios, esta ciudad era vista como su destino final, y no como un lugar de tránsito hacia los Estados Unidos, salvo por un caso hallado; b) en su desconocimiento sobre “el otro lado” y por ende, de las dinámicas propias de este contexto socio-espacial; y c) en los vínculos que han construido con Tijuana y que para ellos no están condicionados a la cercanía con el vecino país, sino a proyectos de vida cimentados en esta urbe.

Con respecto a su sociedad de origen, los venezolanos esbozan diferencias socio-espaciales que les sirven de comparación para encontrar sentido en el actual universo simbólico, entre los cuales, el paisaje y lo estético son aspectos que entran en el plano de la añoranza, pero estas construcciones no limitan su adaptación a Tijuana, ya que esa nostalgia se compensa con otros indicadores que valoran del lugar actual, como es el sentirse más seguros y confiados aquí, en relación con Venezuela, de la cual se mencionan aspectos como la delincuencia y “un entorno hostil” que les impedían desarrollar sus vidas como deseaban allá. Otras elaboraciones subjetivas se dan en torno a que en Tijuana, el ser extranjero no representa

un problema, de acuerdo con sus percepciones, porque sienten que esta ciudad los acoge, porque se es “un inmigrante más” en su heterogénea conformación, y porque les da oportunidades y “calidad de vida”, tanto en lo social como en lo económico. Lo último es importante resaltar tomando en cuenta que en la mayoría de sujetos de este estudio, el ser profesionistas y mantener cierto nivel de vida en Tijuana es un factor que puede haber facilitado su inserción e incidido en su disposición para lidiar con la diferencia.

Ahora bien, es en lo cultural donde se ponen en práctica estrategias para la convivencia y se evidencia un tránsito entre adaptaciones y resistencias. En ese marco de análisis y como soporte del trabajo empírico, se recurrió a la teoría de las identidades desde una perspectiva constructivista (Barth, 1976) con el fin de evidenciar la importancia de las interacciones en la construcción de la diferencia a través de rasgos y atributos que emplea el individuo para distinguir la alteridad (Giménez, 2007), creando límites sociales que no son conflictivos necesariamente (Bartolomé, 2008); además, se situó la condición de inmigración de los sujetos de estudio como el eje articulador para el análisis de la integración cultural, concepto que desde un enfoque multicultural permite explicar las negociaciones que se dan en la sociedad de acogida para adaptarse, sin perder sus particularidades (Alarcón, *et al.*, 2012).

Así, hay fronteras simbólicas esbozadas por los venezolanos que están más marcadas que otras, como ocurre con las expresiones afectivas, y que en relación con sus referentes culturales les hace percibir a la gente del entorno actual como “seria” o “fría” para socializar. Ello les lleva a hacer reacomodos en los que se observa, por un lado, una voluntad de integrarse a las lógicas culturales del contexto para no estropear las relaciones sociales; y por otro, para evitar recibir imputaciones identitarias no deseadas, lo que confirma lo estratégica, posicional y relacional que es la identidad, y que la mirada del otro incide en ciertas pautas de comportamiento.

Se observan también ciertas resistencias en cuanto a los roles de género, dando lugar al surgimiento de estereotipos que suelen crear desencuentros en sus relaciones cotidianas con “los otros”, como son el machismo, que atribuyen a la sociedad mexicana, y la mujer ‘suelta’ adscrito a las venezolanas por su forma de ser extrovertidas e independientes. A lo anterior se suman otras heteroadscripciones que los sujetos dicen recibir de la sociedad receptora, y que

ellos reafirman de manera individual y colectiva afianzando el reconocimiento social, importante en la construcción identitaria, como son las imputaciones de que los venezolanos son sinónimo de petróleo; de mujeres bellas, y del fallecido presidente Hugo Chávez. Este último punto, aunque no es materia que se profundiza en esta tesis, evidencia cómo lo político no solo explica las causas de la migración y/o justifica un deseo de no retornar a Venezuela, sino que también opera como un elemento de identificación colectiva y visibilización de los venezolanos en Tijuana –al ser reproducida en medios de comunicación locales–, además de que llega a crear vínculos entre estos extranjeros fuera de su país.

Sin embargo, hablar de una comunidad venezolana en esta ciudad fronteriza puede resultar aventurado, y ello se debe a que en los propios relatos de los entrevistados predominan más las estrategias individuales que las colectivas en su proceso de integración, quizá porque, a diferencia de otros contextos migratorios, no hay una necesidad de apoyo colectivo para el desarrollo de sus actividades o para sortear dificultades de movilidad en la sociedad receptora; tampoco hay nichos laborales que los agrupen, ni se concentran en una zona específica de la ciudad. Más bien, al ser estos foráneos parte de una migración reciente y ser pocos, numéricamente hablando, se ven dispersos, aunque no aislados, y lo último, es posible a través de iniciativas como la de agruparse a través del ciberespacio en comunidades virtuales.

Por otro lado, la gastronomía especialmente constituye una frontera en donde las negociaciones son fluidas. Si bien hay adaptaciones a la culinaria local, la comida sigue siendo un ritual que actualiza y preserva las identidades individuales y hace notoria la pertenencia a una identidad colectiva que distingue a los inmigrantes de su otredad, aunque se circunscribe a ámbitos privados; es decir, se recurre a la culinaria de los orígenes como elemento para reforzar la identidad en momentos y espacios determinados, e incluso para unir a quienes comparten esos referentes en celebraciones y rituales comunes.

A todo esto se puede concluir que la integración cultural de los venezolanos en Tijuana no representa un proceso mayormente conflictivo para estos inmigrantes, sino que se da de manera ágil, pues aunque hay fronteras simbólicas que son objeto de límites y negociaciones para expresar sus particularidades, éstas no implican distanciamientos que interrumpen o impidan su convivencia con la sociedad tijuanaense, siendo un factor relevante en la puesta en

práctica de sus estrategias de integración, el que este contexto socio-espacial no los excluye. Este último factor es relevante en este análisis, puesto que en otros escenarios de estudio en los que las distinciones son más marcadas entre nativos y extranjeros, provocando incluso segregación, la relación conceptual diferencia-integración está atravesada por relaciones de poder donde la discriminación es un factor preponderante en la reafirmación y/o el reacomodo identitario, así como en la inserción a la sociedad receptora.

Sin embargo, aquí se halló dicha relación sin esa carga, de modo que el análisis de fronteras entre propios y extraños en un entorno escasamente conflictivo, constituye un reto para el investigador, porque las reconfiguraciones que hacen los inmigrantes se producen de manera menos forzada, dando lugar a tránsitos más flexibles entre uno y otro universo simbólico. La aportación de este trabajo al estudio de la identidades en condiciones de inmigración, desde una perspectiva constructivista, radica en que cuando las interacciones sociales se dan en entornos en los que los sujetos no experimentan exclusión, y además, las fronteras étnicas son escasamente visibles por existir similitudes –misma lengua, rasgos físicos, el ser foráneos entre foráneos–, construir la diferencia es un ejercicio más complejo.

Por un lado, esto corrobora la tesis de Barth (1976) en torno a que la necesidad de crear límites persiste, pues cuando se relacionan personas de culturas diferentes, es de esperar que sus diferencias se reduzcan, porque la interacción requiere y genera una congruencia de códigos y valores; sin embargo, este contacto provoca que surjan nuevos criterios y señales de identificación dando lugar a que se mantengan diferencias –aunque sean sutiles–, y ello puede verse inclusive en inmigrantes que desenvuelven sus vidas en ambientes donde no hay mayor conflictividad con la sociedad, ya que este ejercicio de contraste responde a una dinámica natural de distinción. De acuerdo a lo observado, el que en los testimonios aquí recogidos se exprese que Tijuana es una sociedad que acoge, incide en la disposición y capacidad de los inmigrantes por sintonizar con los códigos que ofrece su actual entorno y por construir valores compartidos [por ejemplo, al manifestar que los tijuanaenses son serios y fríos, pero nobles e incluyentes], de modo que las diferencias se vuelven llevaderas y se toleran al inclinar la balanza hacia otras cualidades que se aprecian y se aprenden.

Las expectativas y los vínculos desarrollados en su residencia actual, como los hijos criados en México y otros lazos afectivos que se generan con el paso del tiempo, también son importantes dentro del proceso de integración, porque alimentan los proyectos de vida, los cuales en concordancia con Alarcón *et al.* (2012), engloban la manera en que las pautas culturales son interiorizadas para satisfacer anhelos –en este caso más por iniciativa propia de los sujetos, que por presión del entorno–, dinámica que se complicaría más si no vislumbraran en el nuevo lugar un futuro acorde al que desean. El analizar los relatos de los inmigrantes sobre sus experiencias migratorias iniciales y aquellos que esbozan cuando los universos simbólicos en los que conviven ya no les son tan nuevos o ajenos, permite entender las transformaciones que se van dando en su sentir y actuar, pero también cómo buscan mantener demarcaciones con la alteridad que no tienen que ser problemáticas para que ameriten un abordaje académico de la relación diferencia-integración en los estudios migratorios.

Como líneas que quedan abiertas para investigación, cabe señalar que en el trabajo de campo se detectó el surgimiento de ciertas redes de venezolanos que están emergiendo no solo en Tijuana, sino también en varias ciudades de México, aspecto que se pudiera estudiar más adelante para ahondar en el rol que estos entramados están jugando en los proyectos de emigración de los venezolanos hacia este país. Otro hallazgo en el que no se indagó, por no corresponder a los objetivos de este trabajo, está en el componente de profesionistas y venezolanos con escolaridad superior que están emigrando a Tijuana, su inserción laboral y generación de fuentes de empleo. Dichos factores pudieran explorarse desde una visión de desarrollo regional, ampliándose inclusive a otros extranjeros residentes en esta ciudad para medir su impacto en la competitividad de este contexto fronterizo.

También en ciertas entrevistas y charlas informales se tomó nota de un problema que aqueja a los venezolanos al interior de su país, y que persiste en sus vidas como inmigrantes, y tiene que ver con la división que el tema político ha generado en Venezuela, lo cual brevemente se mencionó en uno de los apartados de este estudio sobre el estigma de “chavistas” y “escuálidos”. Así, hay casos de informantes que mantienen distancias con sus familias, no solo geográficas y físicas producto de la emigración, sino también ideológicas, y ello se refleja en rupturas que para algunos también marcan la idea de no retorno a su lugar de origen. A estos casos se suman otros en los que se señala que el haberse ido de Venezuela los

ubica en la mirada de los connacionales que siguen en su país como desertores; incluso, se habla de amistades que les imputan el haber optado por el “camino fácil” de dejar su terruño, en lugar de quedarse y hacer oposición al gobierno, lo que abre la puerta a otra dimensión para estudiar la emigración venezolana en la que se profundicen esas rupturas y sus afectaciones.

Finalmente, otro aspecto con potencial de exploración está en ciertas dinámicas de reencuentro cultural que se detectaron entre algunos venezolanos de Tijuana y de San Diego. En la recolección de datos se pudo conocer que unos cuantos inmigrantes que pueden cruzar hacia los Estados Unidos mantienen vínculos con paisanos que residen en el otro lado de la frontera y se involucran en actividades de recreación cultural allá, donde la comunidad del país sudamericano es más grande; pero además, se constató que hay venezolanos de San Diego que desarrollan parte de sus vidas en el lado mexicano y conviven con paisanos de Tijuana de manera periódica. Este es un tema en el que no se hizo exploración ante la delimitación del trabajo, pero que pudiera reflejar relaciones transnacionales circunscritas a la frontera –y no solo con su país de origen– las cuales también se podrían abordar con otros extranjeros que residen aquí.

En definitiva, en este documento se ha propuesto un acercamiento a experiencias de inmigración y de integración en las que predominan negociaciones identitarias, más que resistencias en la sociedad receptora. Se han podido observar cómo trayectorias de vida que partieron de decisiones coyunturales de emigración se convirtieron en proyectos de permanencia e ideas de retorno lejanas, ante la motivación de hallarse en un contexto socio-espacial y cultural que, según las percepciones de los sujetos, no los excluye, sino que les posibilita aprender de la diferencia sin perder o dejar de expresar la propia, así como construir vínculos y expectativas futuras que sintonizan con sus anhelos particulares y los de sus familias. Es notable en los inmigrantes de este estudio de caso una doble pertenencia que no es conflictiva, aunque sus posturas son ambivalentes y paradójicas: son venezolanos que añoran sus referentes culturales, pero no volverían a vivir en Venezuela por la situación de ese país; y además se sienten tijuanaenses, aunque hay elementos de esta sociedad a los que se resisten, porque integrarse a Tijuana les significa ser parte de una sociedad en la que suman, en donde, para ellos, no es problemático ser un foráneo más.

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Sams, Leila, 2008, *La alimentación como signo de identidad cultural entre los inmigrantes marroquíes*, España: Zainak, núm. 30, pp. 177-193.
- Acosta, Yorelis, 2006, “La dimensión psicosocial del petróleo”, en *Revista de Psicología*, Escuela de Psicología, Universidad Central de Venezuela, pp. 47-63.
- Alarcón, R., Lucas Escala, Olga Odgers, 2012, *Mudando el hogar al norte: trayectorias de integración de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles*, Tijuana, BC., El Colegio de la Frontera Norte, pp. 31-274.
- Alegría, Tito, 2005. “Tijuana, México. Integration, Growth, Social Structuring and Governance References” en *Bangkok, Berlin, Dakar, Karachi, Johannesburg, Naples, Sao Paolo, edit., International Migrants and the City*, Venecia, UN-HABITAT, pp. 258-266.
- Amtmann, Carlos A., 1997, “Identidad Regional y Articulación de los actores sociales en procesos de desarrollo regional” en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, núm. 1, Chile, Universidad Austral de Chile, pp. 5-14.
- Ascanio Sánchez, Carmen, 2002, *Los canarios en Venezuela: Identidad y diferencia*, Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, pp. 83-226.
- Avalos, Juan Manuel y Nancy G. Utley, 2014, “Aproximación al análisis de datos cualitativos con Atlas ti”, Documento de trabajo, Departamento de Estudios Culturales, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, B. C., México.
- Bajoit, Guy, 2003, “Todo cambia: Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas”, Santiago de Chile, LOM Ediciones, pp. 160-162.
- Barceló, Raquel, 2009, *Extraños en tierra ajena: migración, alteridad e identidad, siglos XIX, XX y XXI*, México, Plaza y Valdés, pp. 9-23.
- Barth, Fredrik, 1976, comp., *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferenciadas culturales*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, pp. 7-49.
- Bartolomé, Miguel, 2008, “Fronteras estatales y fronteras étnicas en América Latina. Notas sobre el espacio, la temporalidad y el pensamiento de la diferencia”, en *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, México, El Colegio de la Frontera Norte-Miguel Ángel Porrúa, pp. 35-77.
- Berger, P. y Luckman, T., 1984, *La construcción social de la realidad*, Argentina, Amorrortu Editores, pp. 120-204

- Brubaker, Rogers, 2001, "The return of assimilation? Changing perspectives on immigration and its sequels in France, Germany, and the United States", *Ethnic and racial studies*, vol. 24, núm. 4, julio, pp. 531-548.
- Bustamante, Jorge A., 2012, *Sembrar en el desierto. Crónicas de los primeros 30 años de El Colegio de la Frontera Norte*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 37-40.
- Caggiano, Sergio, 2003, "Fronteras múltiples: reconfiguración de ejes identitarios en migraciones contemporáneas a la Argentina", Buenos Aires, Cuadernos del IDES, núm. 1., pp. 3-23.
- Castillo, Adelys [tesis de licenciatura], 2006, "Yo Hablo a Venezuela. Microprogramas radiofónicos sobre la inmigración", Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, sin pie de imprenta.
- Ceballos Ramírez, Manuel, 1997, "La condición fronteriza: de línea de paso a espacio de identidad" en *Fronteras*, Año 5, núm. 2, vol. 2, agosto, pp. 2-9.
- _____, 2003, "Consideraciones históricas sobre la conformación de la frontera norte mexicana", en José Manuel Valenzuela Arce, coord., *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*, México: FCE, pp. 71-87.
- Clark, Fiona [tesis de maestría], 2011, "La política petrolera venezolana y su vinculación con el aumento en la emigración de recursos humanos calificados", Argentina, Maestría en Relaciones y Negociaciones Internacionales, Flacso.
- Corbetta, Piergiorgio, 2003, "From Theory to Empirical Research", en Piergiorgio Corbetta, *Social Research, Theory, Methods and Techniques*, Gran Bretaña, Sage, pp. 58-87.
- Cruz Piñeiro, Rodolfo, y Salazar, Saúl, 2011, "Mosaico migratorio. Tijuana y sus cambios en los flujos migratorios", introducción, en Cruz Piñeiro, Rodolfo y Quintero, Cirila, coords., *Ires y venires: Movimientos migratorios en la frontera norte de México*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 43-70.
- Delgado, Juan José, 1996, *Los migrantes en Tijuana*. núm. 21. México, Universidad Iberoamericana, pp. 13-19.
- Di Brienza, María, 1997, "Población y migraciones" en *Revista SIC*, núm. 60, pp. 474-479.
- Doncel, Juan Antonio, 2011, "Construcción de estereotipos y dinámicas sociales entre inmigrantes extranjeros en el área metropolitana de Monterrey", en José Olvera y Blanca Vázquez, et al., *Procesos comunicativos en la migración. De la escuela a la feria popular*, Tijuana, El Colef-UR-UDEM-Itesm, pp. 135-164.

- Echeverry Hernández, Ariel, 2012, “Análisis de la migración venezolana a Colombia durante el gobierno de Hugo Chávez 1999-2011. Identificación de capital social y compensación económica” en *Revista Análisis Internacional* 1, núm. 4, pp. 33-52.
- Félix Berúmen, Humberto, 2003, *Tijuana, la Horrible. Entre la historia y el mito*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte-Librería El Día, pp. 149-164.
- Freitez, Anitza, 2011, “La emigración desde Venezuela durante la última década”, en *Temas de Coyuntura*, vol. 63, pp. 11-38.
- GobBC, 2011, “Retos Demográficos para Baja California a partir de los datos del Censo Nacional de Población y Vivienda 2010”, en *Revista Estado en Movimiento*, núm. 2, año 2, Mexicali, Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado Coplade, pp. 1-15.
- Goffman, Erving, 1997, *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, pp. 11-87.
- Gómez C., Paloma, *et al.*, 2005, “La integración de los inmigrantes: Conceptualización y análisis” en *Puntos de Vista*, Cuadernos del Observatorio de las Migraciones y la Convivencia Intercultural de la Ciudad de Madrid, núm. 3, año 1, pp. 7-30. En http://www.uam.es/otroscentros/imes/docs/publi/pvista_3PGC.pdf, consultado en febrero de 2014.
- González Ordosgoitti, Enrique, 1991, “En Venezuela todos somos minoría” en *Nueva Sociedad*, núm. 111, pp. 128-140.
- Gordon, Milton, 1961, “Assimilation in America: Theory and Reality”, *Daedalus, Ethnic Groups in American Life*, vol. 90, núm. 2, Spring, pp. 263-285.
- _____, 1964, “Assimilation in American Life. The Role of Race, Religion and National Origins”, New York, *Oxford University Press*, pp. 80-82.
- Guardia, Inés, 2007, “Fuga de Venezolanos durante la revolución bolivariana (1998-2007)”. *Investigaciones Geográficas*, España, núm. 44, pp. 187-198.
- Grimson, Alejandro, 2009, *Fronteras y extranjeros: desde la antropología y la comunicación-cultura, identidad, frontera. Extranjeros en la tecnología y en la cultura*, Buenos Aires, Fundación Telefónica/Ariel, pp. 13-25.
- Geertz, Clifford, 1996, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, pp. 43-59.
- Giménez, Gilberto, 2001, “Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas”, en *Alteridades*, vol. 11, núm. 22, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 5-14.

- _____, 2005, *La cultura como identidad y la identidad como cultura*, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes: México, pp. 4-10.
- _____, 2007, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, México D.F., Conaculta/Instituto Mexiquense de Cultura, pp. 186-190.
- Hall, Stuart y Paul du Gay, 2003, comps., *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu Editores, Buenos Aires-Madrid, pp. 13-39.
- Herrera Carassou, Roberto, 2006, *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*. México, Siglo XXI Editores, pp. 160-195.
- Hirai, Shinji, 2009, *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*, Colección Estudios Transnacionales, UAM, México, pp. 50-125.
- INEGI, 2009, “Población extranjera residente en México por país de nacimiento, años censales de 1895 a 2000”, *Estadísticas históricas de México* en <www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/pais/historicas10/Tema1_Poblacion.pdf>, consultado en enero de 2014.
- _____, 2011, “Nacidos en otro país”, *Informativo Oportuno, Conociéndonos todos*, vol. 1, núm. 2, Mayo.
- Labrador, Jesús, 2001, *Identidad e inmigración: un estudio cualitativo con inmigrantes peruanos en Madrid*, Universidad Pontificia Comillas, pp. 13-276.
- Levitt, Peggy y Nina Glick Schiller, 2004, “Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society”, en: *International Migration Review*, 38 (145), pp. 595-610.
- Maestres, Raúl, 2011, “Venezuela: Reflexiones sobre la emigración”, en revista *Debates IESA*, vol. 16, núm. 2, pp. 10-11.
- Marconi, Giovanna, 2008, “Ciudades de tránsito, guardianes del primer mundo-entre desafíos, contradicciones y compromisos”, VI Encuentro Anual de RedGob, Migraciones, cohesión social y gobernabilidad, Lisboa, sin páginas, en <<http://campus.usal.es/~redgob/papers2008/marconi%20-%20redgob%202008.pdf>>, consultado en enero de 2014.
- Mateo, Cristina., y Thais Ledezma, 2006, “Los venezolanos como emigrantes. Estudio exploratorio en España” en *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, vol. 12, núm. 2, pp. 245-267.

- Montezemolo, Fiamma, 2006, "Tijuana, becoming rather than being: representando representaciones", *Arxius de sociología*, núm. 14, pp. 91-110.
- Narváez, Juan Carlos, 2012, *One Way Trip. Inserción, identidad y cultura transnacional*, 1ª ed., México, Segob-INM-Centro de Estudios Migratorios, pp. 121-135.
- Olvera, José, 2005, *Colombianos en Monterrey: origen de un gusto musical y su papel en la construcción de una identidad social*, México, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, pp. 9-20.
- Park, Robert y Burgess, Ernest, 1921, *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 396-421.
- Ramírez, Jacques, 2007, "Aunque se fue tan lejos nos vemos todos los días: migración transnacional y uso de nuevas tecnologías de comunicación" en Consuelo Albornoz, *et al.*, *Los usos de Internet: comunicación y sociedad*, Ecuador, Flacso/IDRC-CRDI, tomo 2, pp. 7-64.
- Rabikowska, Marta, 2010, "The ritualisation of food, home and national identity among Polish migrants in London", *Social Identities*, vol. 16, núm. 3, pp. 377-398.
- Retortillo Osuna, Álvaro, *et al.*, 2006, "Inmigración y modelos de integración: entre la asimilación y el multiculturalismo", *Revista Universitaria de Ciencias del Trabajo*, núm. 7, pp. 123-139. En <http://www.ruct.uva.es/pdf/Revista%207/7106.pdf> consultado en febrero de 2014.
- Rodríguez Chávez, Ernesto, 2010, "La inmigración en México a inicios del siglo XXI", en *Extranjeros en México. Continuidades y aproximaciones*, 1a edición, Centro de Estudios Migratorios-Instituto Nacional de Migración-Segob-DGE Ediciones, México D.F., pp. 89-132.
- _____ y Salvador Cobo, 2012, "Extranjeros residentes en México: una aproximación cuantitativa con base en los registros administrativos del INM", México D.F., Centro de Estudios Migratorios-INM-Segob, pp. 7-32.
- Rodríguez Ramírez, Nohemí [tesis de maestría], 2012, "Evolución de los procesos adaptativos de los migrantes venezolanos radicados en Monterrey de 1978–2010", Monterrey, Universidad Regiomontana, sin pie de imprenta.
- Rosaldo, Renato, 1991, *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México, Ed. Grijalbo, pp. 181-198.
- Salas Q., Hernán, 2005, "Introducción a la interpretación de las fronteras", en Everardo Garduño *et al.*, *La frontera interpretada: procesos culturales en la frontera noroeste de México*, Mexicali, Cuadernos-CIC Museo-UABC, Conaculta-Centro Cultural

- Tijuana-UABC y Gobierno del Estado de Baja California, pp. 5-18.
- Sandoval, Eduardo, 1993, *Migración e identidad. Experiencias del exilio*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 93-141.
- Schutz, Alfred, 1993, *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*, Barcelona, Paidós, pp. 105-112.
- Solís, Marlene, 2009, *Trabajar y vivir en la frontera. Identidades en las maquiladoras de Tijuana*, México, El Colef-Miguel Ángel Porrúa, pp. 130-142.
- Tajfel, Henri, 1982, “Social Psychology of intergroup relations”, *Annual Reviews of Psychology*, vol. 33, núm. 1, pp. 1-39.
- Trenado, Manuel, 2008, “Venezuela: izquierda, populismo y democracia en tiempos de Chávez”, *Documentos de trabajo: política y gestión*, Madrid, Universidad Carlos III, pp. 20-25.
- Valenzuela Arce, José Manuel, 2003, “Centralidad de las fronteras. Procesos socioculturales en la frontera México-Estados Unidos”, en José Manuel Valenzuela Arce, coord., *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*, México, D.F., FCE, pp. 33-67.
- Velasco, Laura, 2003, “Migración Indígena y diversidad cultural en Baja California”, en José Manuel Valenzuela Arce, coord., *Por las fronteras del norte. Una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*. México, D.F., FCE.
- _____ y Gianturco, Giovanna, 2012, “Migración internacional y biografías multiespaciales: una reflexión metodológica”, en Velasco y Ariza coords., *Métodos cualitativos y su aplicación empírica: por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 118-120.
- _____, 2008, “Introducción: Migración, fronteras estatales y étnicas”, En *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, México, El Colegio de la Frontera Norte-Miguel Ángel Porrúa, pp. 5-29.
- Wieviorka, Michel, 2003, *La diferencia*, Bolivia, Plural editores, pp. 121-144.
- Yarto Wong, Manuel, 2011, “Representación social de los regiomontanos, desde la óptica de las comunidades de Monterrey”, en José Olvera y Blanca Vázquez, *et al.*, *Procesos comunicativos en la migración. De la escuela a la feria popular*, Tijuana, El Colef-UR- UDEM-Itesm, pp. 107-133.

Referencias de fuentes periodísticas

- Blanco, David [conferencia], 2008, “La inmigración en Tijuana”, Tijuana, El Colef, 21 de abril, en <<https://www.youtube.com/watch?v=gHtwCWkAuB4#t=3>>, consultado en enero de 2014.
- El Mexicano, 2007, “Buscan venezolanos en Tijuana asociarse”, en “Estatal”, Tijuana, miércoles 2 de mayo, p. 12.
- Espinoza, Juan 2008, “Crean portal de Internet venezolanos en Tijuana”, *El Sol de Tijuana*, Sección Locales, Tijuana, 11 de octubre, en <<http://www.oem.com.mx/esto/notas/n886487.htm>>, consultado en febrero de 2014.
- Excelsior, 2014, “Ola venezolana llega a 7 urbes de México”, Sección Nacional, 21 de febrero, en <<http://www.excelsior.com.mx/nacional/2014/02/21/944955>>, consultado en marzo de 2014.
- Infobae, 2014, “Venezuela tiene cuatro tipos de cambio para el dólar”, Sección Economía, 24 de marzo, en <<http://www.infobae.com/2014/03/24/1552410-venezuela-tiene-cuatro-tipos-cambio-el-dolar>>, consultado en abril de 2014.
- Martínez Brooks, Darío, 2014, “Cada año más venezolanos dejan su país en busca del ‘sueño mexicano’”, *CNN México*, Sección Mundo, Ciudad de México, 17 de abril, en <<http://mexico.cnn.com/mundo/2014/04/17/cada-ano-mas-venezolanos-dejan-su-pais-en-busca-del-sueno-mexicano>>, consultado en abril de 2014.
- Nieto, Jorge [reportaje televisivo], 2013, “Venezolanos de la frontera”, Tijuana, *Síntesis TV*, 8 de marzo, en <<http://stmedia.net/venezolanos-de-la-frontera#.UykX8KiSzO0>>, consultado en marzo de 2014.
- Norzagaray, Jael, 2013, “Muerte de Chávez: asunto de reflexión”, *Diario Frontera*, Sección Noticias, Tijuana, 6 de marzo, en <www.frontera.info/EdicionEnLinea/Notas/Noticias/06032013/678277.aspx#.UurwMi_Nv4U>, consultado en enero de 2014.
- Ramírez, Ana Lilia [reportaje televisivo], 2014, “Concentración pacífica en frontera”, Tijuana, Televisa, 24 de febrero, en <<https://www.youtube.com/watch?v=R6knGY-JNEM>>, consultado en febrero de 2014.
- Tabasco Hoy, 2013, “Viven 3.737 extranjeros en Tabasco”, Sección Ciudad, Tabasco, 25 de noviembre, en <www.tabascohoy.com/2/notas/index.php?ID=161903>, consultado en febrero de 2014.

Referencias en internet

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía: www.inegi.org.mx
- Información sobre gastronomía venezolana: <http://www.venezuelatuya.com>
- Reporte del Instituto Nacional de Estadística de Venezuela:
<<http://static.eluniversal.com/2013/01/22/censoresultados.pdf>>, consultado en marzo de 2014.

Listado de entrevistas

- David [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Denisse [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Franco [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Gina [entrevista], 2014, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Glenda [entrevista], 2014, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Harry [entrevista], 2014, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Ivo [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Joe [entrevista], 2014, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Lauro [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Lucas [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Marina [entrevista], 2014, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Mauro [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Susana [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Wilfred [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.
- Yazmín [entrevista], 2013, por Lorena Mena [trabajo de campo], *Los otros inmigrantes, residentes venezolanos*, Tijuana.

ANEXOS

GUÍA DE ENTREVISTA

La presente entrevista tiene por fin recabar información para la realización de la tesis de maestría en el Colegio de la Frontera Norte sobre el tema de los venezolanos en Tijuana: identidades, diferencia e integración cultural. La información será utilizada sólo con fines de investigación y es anónima.

1. Ciudad de nacimiento, edad, estado civil, donde vive la pareja, los hijos, sus padres
2. ¿Cuándo llegó a México? ¿Llegó primero a Tijuana o estaba en otra ciudad? ¿Cuánto tiempo lleva en México?
3. ¿Qué forma migratoria o estatus migratorio tiene y con qué forma o estatus ingresó al país?
4. Para llegar a Tijuana ¿conocía a alguien? ¿Cómo fue ese proceso?
5. ¿Viaja a su país de origen? ¿Cada qué tiempo y cuáles son los motivos?
6. ¿Con quién vive en Tijuana (familia, pareja, etc.)? ¿Desde cuándo vive con ellos? ¿De qué nacionalidad son su pareja y sus hijos?
7. ¿En qué trabaja?, ¿qué tiempo lleva en ese trabajo?, ¿cuáles es su ocupación?
8. ¿Con quiénes se relaciona en Tijuana? ¿Se relaciona más con venezolanos o con mexicanos? ¿En qué espacios convive con venezolanos y mexicanos?
9. ¿Se siente parte de Tijuana?, ¿de la sociedad tijuanaense?, ¿de la cultura mexicana?
10. ¿Es naturalizado? ¿Por qué se naturalizó? ¿No es naturalizado? ¿Por qué no?
11. ¿Qué ha sido más difícil para usted en este tiempo que ha estado en Tijuana y qué ha facilitado el acostumbrarse aquí? ¿Qué aspectos le han chocado?
12. ¿Qué símbolos lo identifican con su país de origen? ¿Con qué símbolos cree o siente que los mexicanos lo identifican?
13. ¿Se comunica con familiares en Venezuela? ¿Con sus amigos? ¿Con qué frecuencia y por qué medios? ¿Intercambian información?
14. ¿Qué extraña más de su país? ¿Qué actividades que realizaba en su país lo realiza aquí y con quiénes lo realiza?
15. ¿Qué lugares frecuenta en Tijuana y con quiénes va a esos lugares? ¿Con venezolanos, mexicanos? ¿Familia, amigos, otros?
16. ¿Va a restaurantes de su país? ¿Tiene un significado particular estar en ellos o no? ¿Cocina comida de su país? ¿La comida es solo por gusto o tiene otro significado para usted?
17. ¿El tono de voz significa algo que lo identifica o no tiene importancia? ¿Las formas de hablar tienen importancia o no?
18. ¿Es usted o su comunidad fácilmente conocida o visible en Tijuana? ¿Qué ventajas o desventajas tiene para usted ser visibles o no en la ciudad?

ANEXOS

Cuadro 3. Operacionalización de conceptos

Conceptos	Dimensiones	Subdimensión	Componentes	Indicadores/observables
Construcción de la diferencia	1) Biográfica	Biografía personal	1) Trayectorias migratorias	<ul style="list-style-type: none"> - Motivo de salida de Venezuela (condición sociopolítica, inseguridad, calidad de vida) - Motivo de venida (laboral, pareja, familiar). - Idea de que venezolano preparado emigra. - Ocupación y estatus en Venezuela - Condición migratoria en Tijuana
	2) Socio-espacial	Diferencia socio-espacial	1) El Paisaje	<ul style="list-style-type: none"> - Conocimiento previo de Tijuana. - Imaginario sobre Tijuana/México - Tijuana fea, no verde, clima y playas frías. - Añoranza por paisaje venezolano.
			2) Percepción de (in)seguridad	<ul style="list-style-type: none"> - Vivencia de inseguridad en Venezuela vs seguridad en Tijuana.
			3) Noción de Frontera	<ul style="list-style-type: none"> - ‘El otro lado’ y cruce a EU (visa).
3) Simbólica	Atributos particularizantes/ caracteriológicos	1) Autoadscripción	1) Visión sobre sí mismo, forma de ser, estereotipos propios, el ser venezolano, roles de género.	
		2) Heteroadscripción	2) Cómo dicen que el otro (tijuanaense/ mexicano) los ve. Chávez, mujeres bellas y petróleo.	
		3) Construcción de ‘el otro’	3) Ideas sobre forma de ser de ‘el otro’ (mexicano/tijuanaense), estereotipos, roles de género. Machismo, mujer “suelta”. Patriotismo.	
		Estilo de vida	1) Hábitos de consumo	<ul style="list-style-type: none"> - Culinaria - Música, baile, “rumbear” - Vestimenta - Uso de la lengua (formas de hablar). - Comparación, diferenciación y/o similitudes con relación a los otros (sociedad receptora)

Conceptos	Dimensiones	Subdimensión	Componentes	Indicadores/observables
Integración cultural	1) Práctica	1) Estrategias individuales	1) Usos y costumbres	- Hábitos y consumos que mantienen (diferencialistas), hábitos y consumos que adaptaron (asimilacionistas). - Nostalgia de contraste.
		2) Estrategias colectivas	2) Relaciones sociales	- Círculo de amistades (relación con mexicanos en TJ y/o con venezolanos) - Formas de contacto con paisanos (internet, reuniones, celebraciones, manifestaciones públicas). - Noción de comunidad, visibilidad.
	2. Subjetiva	1) Proyectos de vida	1) Sentidos de pertenencia	- Sentirse venezolano, sentirse mexicano/tijuanense. - Vínculos con Venezuela, vínculo con Tijuana - Tijuana, lugar de apertura al extranjero, lugar para quedarse, lugar que acoge.
			2) Expectativas futuras	- Plan de retorno a Venezuela (vacaciones) - Preocupación por futuro incierto en Venezuela (tema político, escasez, violencia). - Naturalizarse para adquirir bienes. - Condición socioeconómica. - Hijos mexicanos y “mexicanizados” - Oportunidades y calidad de vida en Tijuana.

La autora es Periodista Profesional con mención en Cultura y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Ecuador. Ha ejercido el periodismo en medios de comunicación impresos de Ecuador, España y México y fue becaria del Programa Balboa para Jóvenes Periodistas Iberoamericanos (ahora Programa Iberis) en Madrid. Egresada de la Maestría en Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte.

Correo electrónico: lorenilla.mena820@gmail.com

© Todos los derechos reservados. Se autorizan la reproducción y difusión total y parcial por cualquier medio, indicando la fuente.

Forma de citar:

Mena Iturralde, Lorena (2014). “Los otros inmigrantes. Identidades y diferencia en la integración cultural de los venezolanos residentes en Tijuana”. Tesis de Maestría en Estudios Culturales. El Colegio de la Frontera Norte, A.C. México. 123 pp.